

CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL DE LOS DOMINICOS ESPAÑOLES

Año 31. - Núm. 183



Tomo 60. - Fasc. 2

Las corrientes de espiritualidad entre los Dominicos de Castilla durante la primera mitad del siglo XVI

IV.—VITORIA Y ERASMO

El reformismo de Hurtado, moldeado según al espíritu de Savonarola, informó la vida dominicana en España sin alteración sensible hasta que entró en escena el maestro Francisco de Vitoria. Este, aunque iniciado en la vida monástica en el observantísimo convento de Burgos, al trasladarse a París en 1507 experimentó allí, aparte de las que implicaba la reforma de la Congregación de Holanda, otras influencias que habían de dejar en él huella profunda. La principal fué quizá la de Erasmo, llegando por un momento a prevalecer en su espíritu. Mas a partir de la rebelión de Lutero y de las complicidades evidentes entre él y Erasmo, el entusiasmo de Vitoria por este último se fué enfriando hasta desaparecer casi del todo. La fase de 1527, hoy bastante conocida, es sobremanera interesante por coincidir casi con el principio de su profesorado salmantino (1526), el cual a su vez se inauguró a poco de la aparición del *Enquiridión* en romance, después de un trienio de enseñanza vitoriana en San Gregorio (1523-1526). Ningún puesto de observación mejor que éste para un espíritu advertido en orden al desarrollo del erasmismo en España. Por eso la entrada de Vitoria en la cátedra primaria salmantina señala un momento de trascendencia en la historia del pensamiento y de la vida religiosa entre nosotros. Por primera vez se encontraban en las aulas castellanas tres formas o manifestaciones del espiritualismo cristiano, que fundidas entre sí iban a transformar el ambiente cultural y religioso de nuestra patria. En Salamanca imperaba todavía en la enseñanza teológica el escolasticismo medieval, enormemente recargado por el abusivo afán terminista de los nominales. De esa realidad no había de quedar más que el puesto hegemónico que los siglos anteriores reconocieron a la ciencia sagrada. Pero además Vito-

ria, portador de una mentalidad influída, ya que no por Erasmo, al menos por la tendencia que él había patrocinado, encontraba en San Esteban profundamente arraigada una corriente savonaroliana, que ni podía ni quería extinguir. La superposición del erasmismo mitigado de Vitoria al savonarolismo de Hurtado se hizo, no sólo sin violencia, sino con la naturalidad de dos impulsos complementarios cuya fecundidad era difícil de prever. Quizá en este hecho se esconde el secreto de la exuberante manifestación de vida intelectual y religiosa que desde entonces comenzó a manifestarse en San Esteban, y en parte también, aunque con características propias, en San Gregorio de Valladolid. La singularidad de estos dos centros, entre tantos como existían en España, nos obliga a buscar la causa de su florecimiento en algo peculiar y exclusivo de ellos, que no puede ser otra cosa más que su savonarolismo fecundizado en hora oportuna por el erasmismo depurado en que se desenvolvía el alma de Vitoria. Escolasticismo medieval, espiritualismo savonaroliano y un dejo de humanismo erasmiano perfectamente hermanados son, pues, los elementos en que se descompone la vida dominicana en estos centros de Castilla durante el segundo cuarto de siglo, si la analizamos a la luz de las grandes corrientes y contracorrientes que influyeron en su formación.

Prescindiendo del escolasticismo, cuya presencia en los maestros de la escuela salmantina es manifiesta, e indicarla ya la realidad de una tendencia savonaroliana en los discípulos de Hurtado, que pasarían pronto a serlo de Vitoria en el orden doctrinal, réstanos señalar la actitud que éste adopta en su cátedra salmantina con relación a Erasmo.

El tono de oposición que predomina en las alusiones al humanista hará creer tal vez que existe entre ambos incompatibilidad absoluta; pero su primera actitud en París, según Vives francamente favorable al autor de los *Coloquios*, la moderación con que procede en las dos censuras que se han conservado de su actuación en la Junta de Valladolid, y la carta que le dirige Erasmo solicitando su apoyo a 29 de noviembre de 1527, y que por ir encaminada a la Sorbona no debió llegar a sus manos, le suponen claramente influído por el movimiento que representaba el holandés. Es de creer que el entusiasmo de Vitoria con respecto a éste se entibiaría no poco al advertir sus complicidades con Lutero. En años sucesivos irá avanzando en ese sentido hasta hacérsele sospechoso cuanto lleva el sello de su crítica demoledora. Pero el reformismo de Erasmo en lo que encierra de acierto y progreso en firme había sido ya acep-

tado desde primera hora por Vitoria, y no lo abandonaría jamás. Como tantos otros espíritus comprensivos, nuestro religioso, sin militar propiamente bajo la bandera del de Rotterdam, se beneficia de lo que hay en él de valor positivo, utilizándolo en la enseñanza con su peculiar habilidad. Cuando se consultan las fuentes de donde dimana su doctrina, sorprende el partido extraordinario que sabe sacar de textos e indicaciones que en los autores de donde los toma parecen carecer de relieve. ¿Cuánto más había de suceder eso con Erasmo, cuya pluma inquieta y atrevida es altamente sugeridora?

La actuación de Vitoria en Salamanca, sin ser pues erasmiana, está inspirada en gran parte por el reformismo de Erasmo. Aquí las coincidencias lo mismo que las discrepancias—pues de todo hay ejemplos—revelan en Vitoria una familiaridad insospechada con los escritos de Erasmo, y quizá más que con Erasmo, con la literatura europea influida por él, o que aún siéndole contraria, participa de sus anhelos de mejorar la cultura y la piedad. Baste citar los nombres de J. Fisher (el Rofense), mártir hoy canonizado, al que el dominico concede el primer puesto entre los obispos de su tiempo (1), Budeo, Lefèvre, Clichtoveo, Eck, etc., para fijar por semejanza con ellos la actitud de nuestro teólogo en su actuación salmantina con respecto a la reforma católica.

Entre él y Erasmo encontramos ya una marcada coincidencia en el carácter pacifista de ambos. Vitoria debía conocer la *Querela pacis* que sacó a luz Erasmo en 1516 y fué traducida al castellano cuatro años después. La dura acusación formulada por éste contra los príncipes belicosos que subordinan el bien de los pueblos al logro de sus ambiciones (cf. Bataillon, pp. 92-98), parece reflejarse en los cánones áureos con que Vitoria cierra su selección *De jure belli*. Ambos coinciden igualmente en lamentar el escándalo de las guerras continuas entre cristianos, mientras el Turco avanza por Europa amenazando destruirla.

En el programa de reforma religiosa que preocupa a la vez a Erasmo y a Vitoria aparecen en primer lugar los abusos de la curia romana.

(1) "Revera major pars episcoporum se contenta con lo que sabe el labrador. An ergo episcopi condemnentur. Quidam Parisius dicebat; dolendum est de illis. Et revera merito illud dicebat, postquam tantum honorem sibi vindicaverunt, et scientiam quae illis annexa debet esse, est quasi rara avis in terris, quandoquidem in paucioribus quam oporteat reperiatur; utpote multi insurgunt haereses, et quasi nullus episcopus hactenus inventus est qui eis obviam eat. *Solus unus episcopus est modo in Ecclesia, puta Roffensis, vir magnae doctrinae*, qui scribat contra lutheranos". VITORIA, *Comentarios a la Secunda secundae*, q. 2, a. 8, ed. BELTRAN DE HEREDIA, t. I, Salamanca, 1932, p. 76.

La distinta posición de ambos dentro de un deseo común se refleja en las conclusiones a que llegan, aventuradas y demoledoras en Erasmo a tono con su temple revolucionario, enérgicas y radicales en Vitoria en la medida que lo exigía la enfermedad. Resumamos aquí una parte de su reelección *De potestate Papae et Concilii*, la más violenta quizá que pronunció el dominico, y que más le aproxima a Savonarola y a Erasmo, y de la que nos extraña no encontrar ni una ligera mención en Baillon, como no menciona la interesantísima carta de Erasmo a nuestro catedrático, él que suele ser tan solícito en registrar los más ínfimos detalles de la repercusión erasmiana en España.

Nuestro teólogo había tratado de la potestad eclesiástica en dos reelecciones, donde acierta a formular con más precisión que el cardenal Torquemada y que el mismo Cayetano, especializados en la materia, las atribuciones del Papa en orden a lo temporal, echando por tierra lo que la adulación de algunos canonistas, en continuo pugilato con los legistas, habían otorgado a los pontífices. Era un mérito que nadie podía discutirle. Pues bien, en la reelección sobre la potestad del Papa y del Concilio general, que vino después, sin caer en el error de los teólogos sorbónicos y galicanos de otorgar la superioridad al Concilio, tratando del abuso y facilidad con que en Roma se concedía toda clase de dispensas, escribe estas palabras, cuya lectura debe emprenderse teniendo en la memoria el bajo nivel moral que reinaba en aquella Curia durante los Papas del Renacimiento:

“Porque según las conclusiones anteriores—dice—parece que el gobierno de la Iglesia queda al arbitrio de un hombre no confirmado en gracia, y que puede claudicar, es preciso proveer de remedio a tan grave peligro. Y así pongo la siguiente conclusión: El Papa dispensando en las leyes y decretos de los concilios y de otros pontífices puede errar y pecar gravemente. ¡Ojalá fuese permitido dudar de esta conclusión! Pero vemos que cada día vienen de Roma dispensas tan amplias y por decirlo así tan disolutas, que ya no se puede sufrir, no sólo por el escándalo de los párvulos, sino también de los mayores”. Prescindamos de todo comentario porque aún nos resta mucho que alegar.

Meditando y filosofando con nosotros mismos—escribe luego—, pudiéramos creer que los pontífices son varones sapientísimos y santísimos, que no dispensarán más que cuando haya causa legítima. Pero clama la experiencia en contrario, y vemos que no hay quien pretenda dispensa que no la obtenga; más aún, existen en Roma agentes que andan brin-

dándose para facilitarlas; de modo que al cabo del año son quizá más los que se acogen a la dispensa que los que guardan la ley. Para que la dispensa sea legítima es necesario que haya causa razonable, y en los diplomas pontificios siempre se pretende alegarla. Mas es extraño que todas las peticiones—puesto que todas se conceden—se hagan con causa legítima. Y aunque es verdad que entre los pontífices ha habido muchos sabios y santos, pero basta que uno no lo sea para desbaratar la obra de los demás. Dame Clementes, Linos, Silvestres, y todo lo dejaré a su arbitrio. Pero los últimos pontífices, por no decir algo más grave, son muy inferiores a aquéllos.

El remedio de tantos males no se ha de buscar en apelar al Concilio, como lo propusieron Occam y Gersón, autores infectados de opiniones nuevas acerca de la potestad pontificia, porque tales apelaciones nunca resultaron bien. Mejor sería que cuando el Papa, con dispensas arbitrarias, sin reparar en lo dispuesto por los Concilios, pública y manifiestamente destruye la Iglesia de Cristo, no los particulares, pero sí los obispos en Concilio o acordes entre sí, resistiesen su aceptación y cumplimiento, salva la reverencia debida al Pontífice. Así lo sostienen autores egregios y defensores acérrimos de la autoridad pontificia, como lo fué el cardenal Cayetano. Y se confirma todo esto; porque el Papa en su esfera no tiene mayor autoridad para gobernar la Iglesia que la que tiene el príncipe para gobernar la república temporal. Y si podría resistirse al príncipe que gobierna en detrimento y perdición de la república, también se puede al Papa.

Este lenguaje tan resuelto fué quizá lo que indujo a Sixto V a incluir en el *Indice* las *Relecciones* vitorianas. No lo hizo porque la muerte le sobrevino antes de su promulgación, y luego nuestro embajador en Roma, por encargo expreso de Felipe II, gestionó con el sucesor que se retractase aquella medida.

En las *Lecturas* de Vitoria asoman con frecuencia las mismas ideas. Y si las *Relecciones*, por haber tenido la suerte de una pronta publicación, contribuyeron a difundirlas por el mundo, no fué menor la influencia ejercida por el autor en la cátedra sobre sus numerosos oyentes al insistir una y muchas veces sobre el indicado tema. Esta colaboración directa al arraigo de un erasmismo moderado en los círculos académicos y en los directores de almas, adquiere proporciones insospechadas al recordar, por una parte el alto porcentaje de discípulos de Vitoria que a mediados de aquel siglo ocupaban cátedras en nuestras

universidades (2), y por otra el entusiasmo que entre ellos despertaba tan venerado maestro. La *Escuela teológica salmantina*, esencialmente vitoriana en su origen, se convirtió al correr de los años en la *Escuela teológica española*, actuando como tal en Trento. A ella corresponden, sin duda, muchas de las manifestaciones en que Bataillon cree ver un fruto de la influencia directa de Erasmo. Los ejemplos abundan, y para muestra bastará recordar la campaña emprendida por nuestro catedrático en sus lecturas y dictámenes y en una elección especial contra los simoniacos y contra la pluralidad de beneficios y contra el absentismo o no residencia de los prelados, encareciendo el abandono en que éstos dejan a sus ovejas.

En la lectura sobre la cuestión 185 de la 2. 2, *de statu episcoporum*, que formará parte del tomo sexto de sus *Comentarios a Santo Tomás*, toca lo relativo a los prelados. En ella reprueba primeramente, como lo había hecho ya fray Pablo de León, la multiplicación de obispos titulares o de anillo, porque confieren órdenes sin miramiento, y porque "regulariter omnes sunt simoniaci; omnia enim vendunt et quae possunt et quae non possunt" (a. 1). En cuanto a los residenciales, su conducta es también de ordinario poco ejemplar, pues ni se ocupan en la oración, como corresponde a su estado, ni en la lección, como lo hacía San Gregorio, que en medio de los cuidados pastorales hallaba tiempo para el estudio. "Putant modo praelati hujus temporis quod postquam sunt episcopi non debent videre librum nec orare. Putant enim quod totum negotium sit habere lites, excommunicare hunc et alium. Et hoc non dicitur nisi de episcopis illis qui nunc boni dicuntur" (q. 182, a. 1). El afán de riquezas y de honores es general en ellos, y así viven suspirando por ascender a puestos de mayor categoría (q. 185, a. 1). Con cualquier pretexto se eximen de la residencia, como si no fuese esta para ellos una obligación sagrada. "Mihi videtur quod omnes tales [los que no residen] sunt in statu damnationis. Nec minus credo hoc quam quod sim homo" (q. 185, a. 5). Y no sirve decir que residiendo en Roma se computa como si estuviesen presentes en sus iglesias, porque nadie puede dispensar en el derecho divino y natural. "Sed ipsi episcopi nolunt consulere nec juristam nec theologum. Sed si dicatur illis, dicunt: anda, que todas son opiniones y fantasías de teólogos. Et sic multi discedunt

(2) Cf. BELTRAN DE HEREDIA: Introducción al tomo tercero de *Comentarios del maestro Francisco de Vitoria a la Secunda secundae de Santo Tomás*, Salamanca, 1934, p. XXXVII.

cum isto errore; et perfecto credo quod in statu damnationis decedunt" (q. 185, a. 5).

Esta predicación continua, aparte de la resonancia que tuvo en la literatura teológica y en el concilio de Trento, contribuyó eficazmente a reformar el episcopado español, en el que veinticinco años después figuraban más de una docena de teólogos salidos del aula de Vitoria, sin contar los canonistas, que también solían frecuentar sus lecciones.

Con relación a la vida de piedad, carecemos de un cuerpo de doctrina de procedencia vitoriana que nos permita presentar en detalle su posición frente a Erasmo. Con todo hay fundamento bastante para asegurar que aquí como en lo demás adoptó conscientemente una actitud moderada que, cercenando algunos abusos, salvase lo que tiene arraigo en la tradición eclesiástica, aunque no se encuentre expresamente autorizado por la sagrada escritura. Su argumentación, más que contra Erasmo, al que trata generalmente con cierta deferencia, se dirige contra los luteranos. Sin embargo, no parece aventurado identificar a los *novi theologi* y *moderni* que aparecen a veces en sus lecturas con los discípulos del reformista flamenco. El recuerdo de éste en los problemas que el dominico suscita surge espontáneo al repasar las lecturas que aún subsisten, como debió estar en la mente del autor al escribirlas.

El tema de las ceremonias, contra las que tanto clamó Erasmo, nos ofrece un primer ejemplo de la posición de Vitoria. Aunque es fácil saber—escribe él—qué agrada a Dios y qué no, para conocer qué es lo que más le agrada, es preciso recurrir a la escritura y al testimonio de los santos. Por ellos sabemos que Dios se sirve de ciertos actos de culto, como los sacramentos. "Unde habemus argumentum contra hereticos redarguentes vitam christianorum, quia consistat in caeremoniis. Non attendunt qualiter Deus suaviter omnia disposuerit" (q. 184, a. 1).

Después de haber declarado guerra a las ceremonias, puede suponerse cuál sería la conclusión de los erasmistas en el conflicto entre la oración mental y la vocal. Ya que no pidiesen francamente la supresión del oficio divino, obligatorio para los ordenados in sacris—aunque Erasmo y Vergara lo posponían al estudio, y justificaban así su omisión (cf. Bataillon, pp. 476, 495)—debieron aplaudir la reducción del mismo introducida en tiempo de Paulo III al aprobar el *Oficio de Quiñones* para el rezo en privado. En cambio los teólogos sinceramente ortodoxos dieron la voz de alerta en sus lecciones académicas, y a la Curia del Emperador llegaron memoriales protestando contra aquel biblismo, en cuyo

fondo creían ver una tendencia luterana e iluminista (3). Tal vez a consecuencia de eso vino luego la supresión de semejante Oficio ordenada por Paulo IV. Vitoria no tuvo proporción para enjuiciar esta novedad, porque su lectura sobre el tratado *De justitia*, donde se habla de la oración, es anterior a la implantación de la misma. Pero los teólogos salidos de sus aulas se muestran, a lo que puede conjeturarse, unánimemente opuestos, y él mismo, al ventilar otra cuestión relacionada con las máximas erasmianas en pro del culto interior, nos da la norma de su modo de pensar sobre el caso. Siendo como es más provechosa la oración mental, dice, ¿puede sustituirse por ella la vocal? De ningún modo cuando se trata de la que cae bajo precepto. Y a quienes arguyen que la mental enciende más a los varones espirituales, se responde que cuando se manda una cosa a todos por razón determinada, "*quamvis illa causa vel finis aut ratio legis deficiat et non inveniatur in aliquo particulari, tamen satis est quod maneat in communi ad hoc quod obliget omnes. ...Ita licet aliquis in particulari magis inflammetur laudando Deum mentaliter quam vocaliter, tamen quia in communi magis inflammantur homi-*

(3) En 1535 se autorizó para el rezo privado el uso del Breviario llamado de Quñones, cardenal de Santa Cruz, con Oficio de un solo nocturno en maitines y notablemente abreviado en todo lo demás. En España surgieron inmediatamente protestas contra él, dirigiéndose varios prelados a Tavera, arzobispo de Toledo y presidente del Consejo de Castilla, haciéndole ver los peligros que implicaba. Entre otros el arzobispo de Granada don Gaspar de Avalos le escribía de esta forma: "La perversa opinión que Lutero y sus secuaces y la que han tenido los herejes que decían alumbrados estaba fundada, en muchos de sus errores, en la libertad que se da para gastar el tiempo a nuestra voluntad, diciendo que se empleará en devoción y contemplación, y que *no son menester las ligaduras y ataduras que tenemos para rezar las horas canónicas* y hacer nuestro oficio. Y estamos por nuestros pecados tan extraños y ajenos a espiritualidades, que si se nos diese el tiempo a nuestro albedrío, se daba tácitamente licencia para gastallo como agora se gasta el que queda del oficio divino en negocios y ofensas". Simancas, Est. 30, fol. 283. Tavera comunicó este asunto al padre Diego de San Pedro, confesor del Emperador, para que él lo tratase con su Majestad. El arzobispo de Granada había escrito también directamente al César, hablándole de los inconvenientes de aquella innovación, "porque aunque de presente no parezcan tan eficaces, certifico a V. Mt. que de cada día se conocerán ser mayores, porque tienen alguna similitud con opiniones heréticas y reprobables". Carta de 27 de abril de 1536. Simancas, Est. 38, fol. 216. Los teólogos en sus lecciones dieron igualmente la voz de alarma contra el nuevo Oficio. Soto se ocupa de ello en su *De justitia et jure*, lib. 10, q. 5, a. 3. Según él, en España alguna iglesia había intentado implantarlo en el rezo público. MENESSES es más explícito cuando escribe hablando de él, que algunos prebendados, creyendo cumplido su deber con ese rezo en privado, en el coro "*veluti muta animalia sint; et timendum est ne iste modus persolvendi horas canonicas publice ipsas subintret ecclesias, ut jam coepit in isto episcopatu Palentino*". Cod. ottob. lat. 23, fol. 314. El uso de semejante Breviario fué prohibido en 1558 por Paulo IV.

nes per orationem vocalem laudando Deum, et magis movent alios audientes ad amorem Dei, ideo non licet Deum laudare sola cogitatione, quia ad hoc quod magis incenderentur homines laudando Deum cogitatione quam laudando verbis, oporteret quod essent valde spirituales" (4).

En cuanto al culto de los santos, negado por los protestantes, y simplemente tolerado por Erasmo al principio, aunque luego se mostrase más indulgente, Vitoria sigue la corriente tradicional, calificando la tendencia contraria de errónea. "Error iste Vigilantii—escribe—nostris temporibus repullulavit, quem suscitaverunt isti haeretici lutherani, qui negabant sanctos esse orandos, et quod nec ipsi orabant pro nobis" (q. 83, a. 4).

En la práctica de la oración, como en cualquier acto de culto, es preciso guardar la forma y orden que exige la sana teología. Particularmente cuando la oración y culto van dirigidos a la Humanidad del Señor, teniendo en cuenta que "actiones sunt suppositorum et ipsi supposito tribuuntur", se ha de mirar si con ello nos referimos a la humanidad *per se*, o en cuanto está unida a la divinidad. En el primer caso no oran conforme al rito de la Iglesia los que emplean esta fórmula: "*O humanitas, da nobis beatitudinem*"; sed, *Christe, da nobis beatitudinem*". "Multo minus debemus orare loquendo cum plagis Christi, nec pedibus nec manibus. Non klico quod hoc facere sit malum, sed ut sciatis melius esse quod non fieret, et quod melius est colere humanitatem Christi in ipso Christo, quia cum adoramus Christum, illic totum hoc adoramus, scilicet plagas, manus, pedes et cetera omnia. Unde tales devotiones deberent emendari" (q. 103, a. 3). En el culto externo "maxime pensanda et attendenda est intentio ad hoc quod ille cultus exterior sit licitus vel illicitus" (ib.).

Los erasmistas españoles, siguiendo a su maestro, para desacreditar las prácticas del culto, ridiculizaban hasta la exageración la variedad de supersticiones que pululan entre los ignorantes bajo capa de piedad. Sin perjuicio de la buena semilla—advierte Vitoria—es preciso en tales casos arrancar la cizaña, instruyendo al pueblo acerca del sentido que tienen y debe darse a las prácticas y oraciones mal entendidas por el vulgo ignorante. Con ese motivo menciona el caso de la oración *Obsecro*

(4) *Comentarios del maestro Francisco de Vitoria, O. P. a la Secunda secundae de Santo Tomás*, q. 91, a. 1. Ed. de BELTRAN DE HEREDIA, t. 5, Salamanca, 1935, pp. 52-53.

te domina, a que se atribuía especial privilegio; las misas de San Amador, las que se celebran con determinado número de velas, los trentenarios que llaman *cerrados*, etc. La superstición es planta que se produce en todas las latitudes. En España se habían multiplicado los *saludadores*, que explotaban a los sencillos con título de poseer *gratiam sanitatis*. "Alibi non inveniuntur isti saludadores, nisi in Castella, y no en Francia, licet alia pejora habent, quia in Francia hay un sancto que dicen Sant Humberto o Alberto adonde hacen sus cerimonias, están treinta días y no comen asado ni se peinan; y si lo hacen y no faltan en ello, ninguno hay que no sane de la rabia; y si faltan en ello, rabian, y más que si está mordido, y no puede ir. Dándole licencia por más días, no rabia. Ita omnia de facto fiunt Franciae, ut mihi relatum est; sed non est dubium quin totum illud sit superstitiosum" (q. 96 a. 4; cf. q. 178, a. 2).

Con Erasmo y la totalidad de los teólogos ortodoxos, afirma Vitoria que la *Oración dominical* es la oración por excelencia. En cuyo supuesto cabe preguntar: "An melius esset dicere hanc solam orationem, vel etiam aliam, quia isti novi theologi et haeretici dicunt que es burla decir otra oración, sino la que Cristo enseñó a sus discípulos" (q. 83, a. 9; t. 4, p. 280). La oración, entre otros fines, se ordena a despertar la devoción. Y como de decir siempre el *Pater noster* podría engendrarse fastidio, "ideo utimur aliis orationibus, quae utilissimae sunt ad incitandam devotionem nostram". Pero de ahí no se ha de tomar ocasión para inventar abusivamente oraciones para uso común que, aunque no contengan herejías, no se amoldan bien a la costumbre de la Iglesia, pues o son largas, o inadecuadas, o impertinentes. Tratándose de oraciones o plegarias de uso personal cabe mayor amplitud si nos va bien con ellas, como hicieron algunos santos para despertar su devoción. Salvo ese caso, siempre se ha de dar preferencia a las oraciones propuestas por la Iglesia. Cuando nos dirigimos a la Virgen o a los santos, para orar religiosamente no debiéramos decir el *Pater noster*; pero los rústicos que ignoran otras oraciones pueden hacerlo así, enderezándolo a Dios por mediación de los santos.

En materia de oración es preciso proceder con orden para no malograr sus frutos. "Non debent esse eadem officia incipientium et ceterorum quia quando aliquis est in paenitentia, exercitium illius non debet esse idem officium sicut et perfectorum. Toti enim sunt in contemplatione; sunt omnino separati a quocumque periculo. Sed incipientes hoc

debent solum procurare, ut evitent pericula peccati, et sint contenti quod non habeant peccatum" (q. 183, a. 4).

Los herejes como Lutero afirman que la división de la vida humana en activa y contemplativa no tiene fundamento en la sagrada escritura, "sed esse inventum monachorum ad faciendum sectas, bandos" (q. 179, a. 1). Aquí toma Vitoria vida contemplativa en sentido genérico, como lo hace Santo Tomás. Al comentar los artículos primero y cuarto de la cuestión 182 precisa algo más el sentido, diciendo que la vida contemplativa de que tratamos es, "quae includit dilectionem Dei". En ese caso corresponden al ejercicio de la contemplación tres actos o funciones, que son: *oratio*, *meditatio* et *laudes*. "De *oratione* multas laudes invenimus... Laudes sanctorum doctorum de vita contemplativa—prosigue diciendo—accipiendae sunt prout includit orationem". San Crisóstomo "mira dicit de secunda alia parte contemplationis, quae est *meditatio*, studium scripturae sacrae et verae sapientiae meditatio. Etiam de tertia parte contemplationis mira habentur apud sanctos doctores, ut est *laudare Deum*, ut faciunt clerici et monachi in choro". A continuación de estas palabras tan precisas y terminantes, leemos el siguiente laconico enunciado: "De alio genere contemplationis, quod est meditari de Deo et de angelis, quod nunc habent monachi, qui manent per tempus longum elevati, nihil cogitantes, bonum quidem est; sed parum invenio in scripturis, et revera non est illud quod sancti viri commendant. Vera contemplatio est lectio scripturae sacrae, studium verae sapientiae. Alii vero qui non possunt studere, orent" (q. 182, a. 4). El texto paralelo que figura en el manuscrito del padre Solano, en lugar de aclarar, complica más las cosas. "De aliis exercitiis quae nunc contemplativi faciunt, ut *pensar* el Rosario tres veces al día—dice—, illud est bonum et meritorium, sed non legimus illud apud sanctos, sed laudare et orare et studere scripturam sacram, sicut Augustinus".

Aunque aquí se menciona el Rosario, parece obvio que no se refiere a su rezo, el cual *per se* debe clasificarse entre las oraciones vocales. Podría creerse que alude más bien a la meditación de sus misterios. Pero esta meditación no puede identificarse con la que indica la versión de Trigo expuesta en primer lugar, la cual habla de *meditar en Dios y en los ángeles*. Tal vez se trata de casos aducidos por el maestro por vía de ejemplo, y registrados uno por Trigo y otro por Solano, siendo en ambos una misma la razón formal. Con todo, aun así es difícil precisar el alcance del texto, pues mientras por una parte habla de *meditar* o de

pensar, por otra excluye *todo pensamiento*. La meditación está incluida en la contemplación, que acababa de describir Vitoria (oración, meditación o consideración, y laudes); luego aquí *meditar* parece que debe tener otro sentido. O el maestro o el discípulo no cuidaron de emplear la palabra adecuada. Pudiera creerse que se refiere a la contemplación infusa, clasificada por Santa Teresa en la cuarta morada como *oración de quietud*, ya que poco antes (q. 180, a. 5) nos había hablado el maestro de esa oración. Pero en tal caso no se concibe que se muestre tan poco favorable a la misma. Semejante modo de orar, *nihil cogitantes*, sin ser en sí malo, no tenía las simpatías de Vitoria. Sin duda su misma novedad y las afinidades que pudiera haber entre él y la doctrina de los alumbrados le hacen poco recomendable. Bien es verdad que el dominico salmantino, más que al grupo de los *dejados*, parece aludir aquí a los *recogidos*, puesto que los caracteres que él señala cuadran mejor con la tendencia patrocinada por éstos, según aparece en el *Tercer abecedario* de Osuna. Creemos pues en definitiva, *salvo meliori*, que la alusión se refiere a ellos.

Por lo demás conviene advertir que al lado de esa oración prolongada, en que intervienen, al menos pasivamente, las potencias superiores del alma, dejando ociosa la facultad discursiva, sin lo cual no sería oración ni contemplación, aparece luego otra que se estiló en la naciente Compañía de Jesús, basada probablemente en los *Ejercicios*, pero con caracteres que no eran de la satisfacción de todos. Acerca de ella encontramos, atribuidos a Domingo de Soto y a Pedro de Sotomayor, juicios harto más desfavorables. En efecto, escribiendo el padre Antonio de Córdoba el 17 de febrero de 1555 a San Ignacio, le dice así: "También se satisfizo mucho [D. de Soto] de la forma que se tenía en los colegios, aunque no lo debe acabar de creer, porque no hace sino darnos capelos por las *contemplaciones*. Y decíame el otro día, que si no era con el Evangelio delante, que no sabía pensar en Dios; que como era invisible, que no sabía qué pensaban algunos hincados de rodillas dos horas delante del altar; que él no podía hacerlo" (5). En cuanto al padre Sotomayor, escribe el mismo padre Córdoba: "También tratan [algunos] de los *Ejercicios*, y dice el maestro fray Pedro de Sotomayor

(5) *Monumenta historica Societatis Jesu*, t. 8 (*Litterae quadrimestres*, t. 3). Madrid, 1896, p. 308.

que le parecen calculaciones los exámenes". Lo mismo viene a indicar el padre Polanco (6).

El ejercicio de la contemplación requiere determinadas condiciones para que reporte frutos saludables. Debe el alma, ante todo, desembarazarse de las ocupaciones que sean incompatibles con ella. Necesita además desprenderse del excesivo afecto a las criaturas. Todavía ha de ejercitarse en las virtudes morales y fomentar en sí el deseo de amor de Dios. Y si persevera en el ejercicio de la oración, llegará a ser contemplativa, salvo que Dios quiera llevarla por otro camino, "nam Deus vult aliquos eligere ad vitam activam, alios ad vitam contemplativam". Por eso vemos que muchos religiosos no logran saborear los frutos de la contemplación (q. 180, a. 7).

En todo esto Vitoria habla como teólogo especulativo, fiel a la doctrina tomista, y así no es extraño que a veces se muestre reservado frente a las innovaciones de la piedad, por excelentes que parezcan. Procurando basarse siempre en la naturaleza de las cosas, esa objetividad da consistencia a su doctrina. Si en ciertos casos coincide con los reformistas erasmianos, no hemos de atribuirlo precisamente a influencias, siendo sus conclusiones fruto de un análisis personal. Aun en el caso de recibir sugerimientos extraños, los hace pasar por el tamiz de su crítica. Sirva de ejemplo la insistencia de Erasmo sobre el dicho del Señor, *yugum meum suave est*, para indicar la sencillez de la ley cristiana (cf. Bataillon, pp. 82, 135), palabras que el dominico recuerda también para excluir rigorismos impracticables (q. 125, a. 4). Igualmente la idea valdesiana que hace incompatible el casuismo de quien se aparta del pecado sólo por temor, con la generosidad que debe suponerse en el que aspira a la perfección (cf. Bataillon, pp. 378-379), aparece hermosamente expresada por Vitoria en la carta a una señora devota en esta forma: "Entre las personas muy espirituales no se trata cómo no se ofenda a Dios, sino cómo más se sirva"

(6) Id. ib., t. 9, pp. 418-419. Con todo, Sotomayor, lejos de ser opuesto a la Compañía, profesaba a sus miembros especial afecto, dado que se refiera a él, como parece, lo que comunica el padre Fernando GUTIERREZ, S. J., desde Salamanca a San Ignacio, en carta de 15 de diciembre de 1554, en estos términos: "Ceterum, hujus Universitatis doctores praeclari, tum propter summam erga nos caritatem, tum ut omnes nos doceant, quaestionibus libenter intersunt; unus maxime frater Dominicus [dominicanus?], qui publice in scholis hora vespertina sacram theologiam profitetur, doctus quidem, honestus et probus vir, nosque in Christo maxime diligit, quem nostrorum praeclaram modestiae virtutisque servatam normam non amisso animi ardore ingenitque acumine inter argumentandum apud fratres suos domi maxime laudasse nobis nuntiatum est". *Momenta*, t. 8, p. 199.

En lo que Vitoria se aleja más de Erasmo es en lo tocante a las órdenes monásticas. Y no es precisamente por lo que pudiera afectarle personalmente, puesto que tenemos pruebas de su imparcialidad en esto cuando reprueba, como hacía el de Rotterdam, la acumulación de legados en beneficio de las iglesias, estando como está suficientemente dotado el culto. Pero en la pertinaz manía de Erasmo contra el monacato, que es donde más se refleja su desequilibrio nervioso repercutiendo sobre su privilegiada inteligencia (7), veía Vitoria una prolongación de la campaña emprendida por Lutero, el cual a su vez se adiestró en esa estrategia leyendo el *Antibarbarorum liber* del holandés. Además, lo que en las provincias del Norte pudiera tener algún fundamento, en España, donde en general las Ordenes religiosas habían entrado por una reforma auténtica bastantes años antes de abrirse las sesiones de Trento, eso era puro sectarismo. Por carecer del cúmulo de reservas morales y culturales vinculadas al monacato ardieron Alemania y naciones vecinas, mientras que aquí la herejía quedó sofocada a los primeros chispazos. Vitoria, que presenciaba el vigor y lozanía de la vida claustral en su provincia de Castilla, no podía permanecer impasible ante la saña erasmiana. Si por deferencia se abstiene de mencionar a aquel crítico demoleedor, más de una vez debieron venir a su memoria las chanzas y burlas lucianescas que él prodiga contra el monacato en la *Moria* y en los *Coloquios*. Transcribamos algunos textos vitorianos en corroboración de lo dicho.

En primer lugar disiente de la tesis común a luteranos, erasmistas y alumbrados que identificaban preceptos y consejos en el Evangelio. "Moderni dicunt quod quando aliquis adimplet praeceptum, adimplet consilium. Sed hoc non videtur conformiter ad sanctos, quia alia est materia quae est proprie de praecepto, et alia est proprie de consilio (q. 184, a. 3). Y encarándose luego con los mismos sectarios, añade: "Sanctus Thomas dicit quod religio importat statum perfectionis. Aliqui [los dejados] dicunt quod importat statum damnationis (8). Nunc religiosi male audiunt ab haereticis... Quotquot sunt qui detrahunt publice religiosos, sunt ini-

(7) Acerca del temperamento neurasténico de Erasmo, que explica tantas de sus anomalías, véase la obra del médico J. J. MANGAN, *Life, Character and Influence of Des. Erasmus of Rotterdam derived from a study of his works and correspondence*, New-York, 1927.

(8) La proposición 30 del edicto de 1525 contra los alumbrados dice: "Que no estaba bien que los hombres se metiesen frailes". Los wicleffitas se habían anticipado en esto a los alumbrados, defendiendo la misma doctrina en forma más radical Cf: prop: 35 de Wicleff:

mici Ecclesiae" (q. 186, a. 1). Más expresivo es aún otro texto que encontramos en la q. 183, a. 4, donde dice así, refiriéndose a los luteranos: "Haeretici putant quod omnes debent esse conjugati, quia omnes debent esse aequales, et non debent esse clerici. Putant, inquam, quod omnes son tan bestias como ellos". Los erasmistas, siguiendo las huellas de Joviniano, victoriosamente refutado por San Jerónimo, ponían el ideal de la vida cristiana en el estado laico. En su afán de rebajar el prestigio del monacato, argüían así: Consistiendo la perfección en el amor de Dios y del prójimo, es preferible ejercitarse en ello a profesar el celibato y vivir según las observancias monásticas. Sin duda—responde Vitoria—es mejor el que en el estado del matrimonio y sin el peso de los ayunos lleva ventaja en el amor de Dios y del prójimo al que vive en el estado religioso. "Sed quis est hic et laudabimus eum?" (q. 184, a. 3). Por lo demás los adversarios tergiversaban con frecuencia el significado que tienen las observancias monásticas en la vida religiosa, profesadas con veneración, es verdad, dentro de cada instituto, pero subordinadas siempre a la práctica de la caridad. Conforme a ello advierte el catedrático salmantino al exponer el art. 3 de la q. 184 a sus discípulos: "Ex hoc loco poteritis videre quomodo Doctor, non solum non dicit quod caerimoniae monachorum sunt bonae, sed profecto parum illis tribuit, contra istos haereticos, qui dicunt quod monachi multum tribuunt suis caerimoniis". Pero la maniática oposición de los sectarios contra el estado religioso se manifiesta sobre todo al censurar la variedad de órdenes. "Isti novi sancti, ut sunt los alumbrados, dicunt quod quid opus sit tot religiones" (q. 188, a. 1). Otros se muestran más radicales. "Aliqui sunt quibus nulla placet religio" (ib.), y censuran lo mismo a los que viven en soledad que a los que se dejan ver en público. A estos tales se les podría aplicar cierta sentencia del Señor contra los judíos (Mat. 11, 16-19).

FR. VICENTE BELTRAN DE HEREDIA, O. P.

La realeza de Jesucristo en las obras de Santo Tomás

Santo Tomás no trató nunca expresamente de la Realeza de Jesucristo, bien que en sus obras aluda con frecuencia a Cristo *Rey* y a su Reino. No pretendemos, por tanto, klar como síntesis tomista la que no existe en el Angélico Doctor; nos limitamos sencillamente a aclarar y precisar el tecnicismo empleado por él.

Hablar de Jesucristo *Rey* equivale a plantear el problema de los nombres de Cristo: ¿en qué sentido convienen a Jesucristo los nombres que le damos en cuanto hombre, es decir, prescindiendo del de Verbo y de los que le son comunes con las otras dos Personas divinas? Los textos de Santo Tomás sobre el tema expresado en el epígrafe de este artículo, nos darán la solución con un caso concreto.

* * *

Primeramente, Dios es Rey. Este título da a Dios Santo Tomás en muchos lugares de sus obras, y sobre todo en la I parte de la Suma teológica; lo justifica con la misma razón por la que le atribuye el nombre de *Señor*. Como este último, el nombre de *Rey*, aplicado a Dios, implica relación a las criaturas; no le conviene, por tanto, desde toda la eternidad, sino en el tiempo (1). Es, además, supositivo de la persona, de las tres Personas divinas, más bien que de la esencia común a ellas (2). Pero, ¿cuál es la razón formal por la que conviene a Dios el nombre de *Rey*? La da el sentido natural de la misma palabra; con ella significamos la relación existente entre Dios y las criaturas, relación de gobierno: "*Ipse sua providentia gubernat et regit universa*" (3). Es una misma la razón por la que la Sagrada Escritura atribuye a Dios los nombres

(1) I, q. 13, a. 7, ad 1; q. 14, a. 15, ad 1.

(2) "Quandoque vero (nomen Deus) supponit pro persona, vel una tantum, ut cum dicitur: Deus generat; vel duabus, ut cum dicitur: Deus spirat; vel tribus, ut cum dicitur: *Regi saeculorum immortalis et invisibilis, soli Deo honor et gloria*". I, q. 39, a. 4 c.

(3) III Contr. Gent., c. 64; I, q. 103, a. 3, Sed contra.

de Señor y de *Rey*: "Regis enim est et domini suo imperio regere et gubernare subjectos". La Realeza es, como se ve, una derivación del atributo de la Providencia por la que Dios gobierna el mundo. Las leyes que regulan la distribución de los dones de Dios entre las criaturas, las ha establecido El mismo en cuanto "Rey de los cielos y Señor" (4). Dios, por su poder, conserva en el ser a los hombres, y ese poder lo da a entender la Sagrada Escritura cuando le aplica el título de Rey. Dios es Rey en sentido eminente, lo es más que todos los reyes de la tierra, puesto que su reino es infinito en extensión y duración (5).

Rey es uno de los nombres que los teólogos han dado a Dios para expresar en lo posible la riqueza inefable de la vida divina (6); es uno de los nombres más significativos, puesto que hace pensar en el "gobierno que Dios ejerce en todo el universo", al paso que los nombres de "principio" y de "fin" y otros significan algo ordenado a dicho gobierno (7). En el tratado del Pseudo-Dionisio sobre los Nombres divinos, hay un capítulo consagrado a explicar la atribución a Dios del título de "Rey de reyes", que comenta Santo Tomás exponiendo las cualidades del gobierno del Rey eterno (8).

* * *

No hay duda ninguna de que el nombre de Rey conviene a Jesucristo en cuanto Dios: "Nam secundum quod Deus, non differt a Patre et Spiritu Sancto in natura et potestate domini" (9). ¿Le conviene también en cuanto hombre? — Sí, por cuanto la naturaleza humana de Jesucristo participa de la omnipotencia de la naturaleza divina (10); la omnipotencia de Jesús en cuanto hombre, es la misma de la Persona del

(4) Sermón "Rigans mortis" en Vie de S. Thomas par Guillaume de Tocco; ed. Pègues-Maquart, 1924, pág. 365. Particularmente los actos humanos son "regidos por la divina Providencia (De Verit. q. 5, a. 5. Parma, t. IX, pág. 81). Citamos los textos por la edición de Parma, excepto los de ambas Sumas.

(5) "Commendat autem cum primo ex potestate; secundo ex naturae proprietate. Quantum ad primum dicit: Regi: Dominium suum est maximum, quia solus dominatur et habet liberam potestatem, non secundum statuta ut politicus: Deus autem unus est Dominus omnium; et ideo dicit Deo: Rex Regum et Dominus dominantium, Apc. 19, 16; Quoniam Rex omnis terrae Deus, Ps. 46, 8. Item alicujus regis potestas ut plurimum non ultra quam quinquaginta annis durat, sed iste est omnium saeculorum". In Ep. 1 ad Tim. c. 2; t. XIII, p. 590-591.

(6) Com. in lib. de Div. nominibus, c. 1, lect. 3; t. XV, p. 273.

(7) Ibid.

(8) Ibid. c. 12, p. 396-398; c. 4, p. 295.

(9) III, q. 26, a. 2 c.

(10) III, d. 14, q. 1, a. 4; t. VII, p. 158.

Verbo, pero amoldada a la naturaleza humana (11); por la comunicación de idiomas Jesucristo, también en cuanto hombre, puede ser llamado "Señor" (12).

Como se ve, Santo Tomás afirma muchas veces que Jesucristo es Rey (13).—Justificando la conveniencia del nombre de Jesús, que se le impuso en la circuncisión, el Doctor Angélico establece el principio de que "los nombres deben corresponder a las propiedades de las cosas", y le aplica a diversos nombres dados a Cristo (14); pero nada dice entonces del nombre de Rey. Y cabe preguntar: ¿Qué propiedades expresa este nombre cuando se aplica a Jesucristo?—Muchos textos de Santo Tomás, diseminados por todas sus obras, responderán satisfactoriamente a la pregunta. Indican con precisión lo que es y significa la Realeza de Jesucristo, cuáles son sus caracteres y cómo se ha manifestado de un modo progresivo en la economía de la Redención.

Jesucristo es Rey por derecho de *herencia* y por derecho de *conquista* (15). Por derecho de herencia lo es tan absoluto como su eterno Padre. No lo sería en tanto grado, si se le considerase solamente como descendiente de David. Es verdad que sucede a la dinastía de Israel; pero, siendo más que hombre, reina desde toda la eternidad a la derecha de Dios Padre (16). La unión hipostática hace que Jesucristo sea Rey en el sentido más estricto, y que su reino supere en amplitud y duración a todos los de la tierra.—Mas ha querido tener un nuevo título para serlo, comprando el poder real con los méritos de su muerte redentora: "Christus per crucis victoriam meruit potestatem et dominium super gentes (17).

Subsiste en Santo Tomás el concepto *soteriológico* de la Realeza de

(11) III, q. 13, a. 1, ad 1. Sobre los nombres de Cristo: Quaestio unica de unione Verbi Incarnati, a. 2; t. IX, p. 538.

(12) III, q. 16, a. 3 c.

(13) Jeremías encarece la dignidad de Jesucristo en cinco aspectos diferentes: "Quarto a regali dignitate ibi, Regnabit rex, Apc. 5, Rex regum, Dominus dominantium". Sermones dominicales, Sermón 160, de Dominica 25, ex Epistola; t. XV, p. 192.

(14) III, q. 37, a. 2.

(15) In Ps. 2; t. XIV, p. 154. El comentario de este salmo contiene una exposición bastante amplia de la Realeza de Jesucristo. "Item, secundum carnem erat ex semine regio". In Ev. Mt. c. 17; t. X, pág. 165.

(16) In Jeremiam, c. 23; t. XIV, p. 631.

(17) III, q. 42, a. 1 c.

Jesucristo, tan amado de la tradición cristiana de los primeros siglos. Retiene la idea también tradicional de que el nombre de Cristo significa la unción que le hace Sacerdote y Rey: "Ad sextum dicendum quod hac unctione, ut dicit Hugo de S. Victore, significatur illa unctio qua Christus unctus est ut rex sacerdos oleo laetitiae prae consortibus suis" (18). La unción material con que se unge a los sacerdotes y reyes, toma todo su valor de la puramente espiritual con que la naturaleza divina unge a la humana en Jesucristo (19). Como el nombre de Jesús es expresión del ministerio de Salvador, así el de "Cristo" significa su triple dignidad de Rey, Sacerdote y Profeta (20). "Unctio non convenit ei secundum divinitatem, quia ab ipsa procedit, sed secundum humanitatem". Jesús fué *consagrado* Rey, en su naturaleza humana (21). La unción visible de los sacerdotes y reyes de Israel era figura de la invisible y puramente espiritual de Jesucristo (22).

Al determinar la *función propia del rey* no se basa Santo Tomás en la autoridad de San Isidoro, como sus contemporáneos, sino que va hasta Aristóteles: "Sed secundum Philosophum, rex dicitur primus in quantum movet per suam voluntatem et imperium sibi subjectos" (23). Es rey quien tiene *potestad regia*; la potestad regia implica la de dar leyes (24), potestad que ejerció Jesucristo por sí mismo, o que ha otorgado a los legisladores humanos (25), haciéndoles así partícipes de su realeza. También ejerció la *potestad judicial* (26), triunfando del demonio en la Cruz y sustituyendo con su Reino al del príncipe de este mundo (27). Pero el Reino de Jesucristo, que por razón de su origen

(18) IV, d. 7, a. 2, sol. ad 6; t. VII, p. 570.

(19) In. Ep. ad Hbr. c. 1, lect. 4; t. XIII, p. 618.

(20) In Ev. Mt. c. 1; t. X, p. 3 y 12.

(21) In Ev. Mt. c. 16; t. X, p. 154. Santo Tomás cita el texto clásico en el siglo XIII para probar la Realeza de Jesucristo: "Regnabit rex et sapiens erit" (Jr. 23, 5). Véase también Ep. ad Hbr., c. 1, lect. 1; t. XIII, p. 572; v. la nota 13—In Ev. Mt. c. 1; t. X, p. 7; c. 2, ib. p. 24; In Ev. Jo. c. 12; t. X, p. 510; c. 19, p. 618. De Reg. princip. I, c. 14; t. XVI, p. 237.

(22) In Ev. Jo. c. 10; t. X, p. 494.

(23) II, d. 6, q. 1, a. 2; t. VI, p. 439.

(24) "Ad tertium dicendum quod Philosophus denominat regnativam a principali actu regis, qui est leges ponere; quod, etsi conveniat aliis, non convenit eis nisi secundum quod participant de regimine regis". II-II, q. 50, a. 1.

(25) "Cetera vero quae pertinent ad determinationem humanorum judiciorum, vel ad determinationem divini cultus, libere permisit Christus, qui est novae legis lator, praelatis Ecclesiae et principibus christiani populi determinanda". Quodlibet. IV, a. 13; t. IX, p. 514).

(26) IV, d. 47, q. 1, a. 3, sol. 1; t. VII, p. 1158.

(27) In Symbolum Apost. art. 5; t. XVI, p. 143.

no es reino de la tierra, tampoco lo es en cuanto al ejercicio; sólo se ha reservado el Reino *espiritual*, delegando su autoridad en sus siervos (28). Si San Pablo llama a Jesucristo "Hijo de Abraham", es para recordar a los romanos, que imperaban sobre los gentiles, la regia dignidad de Aquel (29) que, escogiendo para sí la humildad, prefirió la corona de espinas a todos los honores; así nos enseñó con el ejemplo a menospreciar las honras del mundo (30). De derecho El es el Rey supremo; supremo por la universalidad y duración de su Reinado y por la autoridad que tiene sobre todos los demás reyes. No sólo las naciones están sujetas a su imperio, sino también los príncipes que las gobiernan: es Rey de los mismos reyes (31).

* * *

La Realeza de Jesucristo aparece a través de la historia del mundo. Los personajes que la figuraron, como los profetas que la anunciaron, son numerosos en el Viejo Testamento. Isaías se complació en anunciar a Cristo bajo la figura del rey Ciro, y Santo Tomás reconoce a dicho anuncio todo el valor de una verdadera profecía (32). Jeremías le da ocasión para insistir en la universalidad del Reino de Cristo (33). Pero siempre el fundamento, para el Doctor Angélico, de la Realeza de Jesucristo es su Encarnación y la Redención (34). Las profecías sobre la Realeza del Mesías tuvieron en Jesucristo su pleno cumplimiento: "Rex clemens in parcendo, justus in judicando, bonus in retribuendo, sapiens in gubernando, omnipotens in bonis protegendo, terribilis in malos puniendo, aeternus aeternaliter regnando et regnum aeternum conferendo" (35). Estas son las funciones del rey, las solas que menciona Santo Tomás cuando habla de Jesús como Rey. Para él, como para toda la tradición, Melquisedec fué figura de Jesucristo en cuanto Sacerdote y en cuanto Rey (36). Mas la figura de Cristo Rey, por excelencia, es David (37); hasta parece que Santo Tomás da a

(28) "Sed rex supernus, quia potens est per seipsum, servis suis potentiam tribuit". In Ev. Jo. c. 18; t. X, p. 611.

(29) In Ep. ad Rom. c. 1, lect. 2; t. XIII, p. 6.

(30) In Symb. Apost. a. 4; t. XVI, p. 142.

(31) In Ps. 46; t. XIV, p. 330, n. 2; p. 334, n. 4.

(32) In Is. c. 9; t. XIV, p. 468-469. En este lugar habla el Santo Doctor del Reino que conquistó Jesucristo muriendo en la Cruz; ib. c. 62, p. 518.

(33) In Jr. c. 23; t. XIV, p. 632.

(34) "Rex Idumaeae Christus, qui communicavit carni et sanguini; Hbr. 2. Idumaea enim sanguinea interpretatur." III, d. 22, exp. textus; t. VII, p. 236.

(35) Sermones dominicales, Sermón 3; t. XV, p. 127.

(36) In Ep. ad Hbr. c. 7, lect. 1; t. XIII, p. 722.

(37) In Ev. Mt. c. 1; t. X, p. 7.

David más importancia como figura que como ascendiente de Jesucristo. Muchos pasajes de los Salmos, bien que se refieran a David y a Salomón, no tienen realización plena sino en el Reino de Jesucristo (38).

Santo Tomás se complace en aplicar a Jesús, aun *en su vida mortal*, el título de Rey con que le habían designado tantas veces los Sagrados Libros. Lo hace en la III parte de su Suma; pero ya lo había hecho también en sus obras anteriores.

En la genealogía de Jesucristo según San Mateo, se hace mención de reyes, sacerdotes y profetas, para indicar desde el principio del evangelio, que este triple ministerio alcanzaría su pleno desarrollo en el Mesías (39). La Virgen María ha sido sublimada sobre los ángeles, porque siendo Madre del Rey, verdaderamente es Reina (40). Desde su Nacimiento quiso Jesús aparecer como Rey del cielo, como Juez y como Vencedor del reino de Satán (41), al que tenía que arruinar, para redimir al género humano (42). Esto lo ignoró Herodes, que, por haberse engañado sobre el verdadero sentido de la Realeza de Jesús, martirizó a los Inocentes (43). Los Magos reconocieron la dignidad real de Jesucristo y sabiendo que su Reinado no era de este mundo, aceptaron reconocerla en un Rey pobre (44). La estrella que les guió significaba el carácter celestial de dicha Realeza (45).

Desde el principio de *su vida pública* presentóse Jesucristo como Rey, ejerciendo su potestad de legislador. Juan Bautista fué sólo su heraldo (46). En las tentaciones se vió frente al reino de Satanás (47). Cuando fué bautizado se abrieron los cielos, cuya puerta cerrada por

(38) In Ps. Proemium; t. XIV, p. 149; in Ps. 2 (ib. p. 152). "Hic Psalmus exponitur de Christo qui est rex, et de David qui fuit ejus figura, et ideo de utroque potest exponi; de Christo secundum veritatem, de David secundum figuram". In Ps. 20, ib. p. 214; Cf. in Ps. 44, ib. p. 323.

(39) In Ev. Mt. c. 1; t. X, p. 3. "Et ideo Mathaeus regiam personam Christi commendans quadraginta personas posuit, excepto ipso". III, q. 31, a. 3, ad 3.

(40) In Ps. 44; t. XIV, p. 324.

(41) III, q. 36, a. 2, ad 3.

(42) In Ev. Mt. c. 2; t. X, p. 22.

(43) "Non debbat esse rex terrenus, sed caelestis; quod si scivisset Herodes non esset impius" (Ib. p. 23).

(44) Ib. p. 25.—III, q. 36, a. 8, ad 3 et 4.

(45) III, q. 36, a. 7, ad 3.

(46) "Joannes praedicavit ut praeco regis; Christus ut rex et legifer noster, cujus erat sermo potestatem habens, ut dicitur Mt." IV, d. 22, q. 2, a. 3, ad 3; t. VII, p. 872.—"Joannes praecessit Christum sicut famulus dominum, et sicut miles regem, et sicut lucifer solem". In Ev. Jo. c. 1, lect. 9; t. X, p. 309.

(47) III, q. 41, a. 4, ad 7.

el pecado nos abrió Jesús como el emperador a sus vasallos (48). Los judíos reconocieron la dignidad de Rey del Hijo de David (49), o más bien rehusaron confesarla, aunque tuvieron conocimiento de ella; creyeron que el Mesías reinaría sobre ellos en un reino temporal, libre del yugo de la dominación romana (50), y se negaron a reconocer a un Rey que venía a librarles del pecado, por la humildad (51). Rechazándole, hacen consistir en sus pretensiones de Rey, el crimen de que le acusan y que explotan ante Pilatos (52). La misma dignidad de Rey será la que decida a Pilatos a condenarle a muerte: murió Jesús porque se decía Rey (53); mas precisamente muriendo merecerá ejercer bien pronto sus regias prerrogativas; por esto fué muy conveniente que su título de Rey lo proclamase la inscripción colocada sobre la cruz (54). Los soldados de Pilatos se mofaron de su Realeza, tributándole por burla los honores reales de la corona de espinas, del manto de escarlata y saludándole como a "Rey de los judíos" (55). Jerusalén, residencia de príncipes y centro del mundo, fué consagrada real ciudad por la muerte redentora del verdadero Rey (56).

Por haber visto despreciado su derecho a la Realeza obtuvo Jesucristo el de ejercerla y el de decir: "Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra". "Constat autem quod Christus, qui ab aeterno habebat regnum mundi ut Dei Filius, executionem accepit ex resurrectione, quasi dicat: Jam sum in possessione... Unde intelligitur quaedam praescientia actualis, sicut si exaltaretur Filius ad exercitium potestatis quam naturaliter habebat Apc. 5, 12. Dignus est Agnus qui occisus est,

(48) III, q. 39, a. 5 c.

(49) III, q. 31, a. 2 c.

(50) In Ev. Jo. c. 12, lect. 3; t. X, p. 510.

(51) "Item signatur in hoc regis potentia, in quantum in humilitate et infirmitate veniens, totum mundum attraxit". Ib.

(52) "Et nunc dicit ei: Tu es rex judaeorum?, ex quo patet, ut Lucas refert 22, quod judaei hoc crimen ei impossuerunt... Et multa alia crimina ei objecerunt: sed hoc magis tetigit cor Pilati, et ideo de hoc solo eum interrogat", In Ev. Jo. c. 18, lect. 6; t. X, p. 610.

(53) "Et ideo dicendum, quod hoc dixit Christus propter Pilatum, qui credebatur Christum affectare regnum terrenum, quo corporaliter, sicut et homines terreni, regnaret; et per hoc esset morte plectendus, quod illicitum affectavit regnum". Ib. p. 611.

(54) Hoc vero quod dicit, Rex judaeorum, pertinet ad potestatem, ad dominium quod ex passione promeruit". Ibid. c. 19, lect. 3, p. 618.

(55) In Ev. Jo. c. 19, lect. 1; t. X, p. 613, donde explica Santo Tomás los tres emblemas regios que hemos mencionado.

(56) III, q. 46, a. 10, ad 1; q. 36, a. 7, ad 1.

accipere virtutem et divinitatem" (57). En el texto "Attollite portas, principes vestras, et introibit Rex gloriæ" es presentado como Rey vencedor de Satanás, a su retorno de la bajada al limbo de los justos (58). Pero, sobre todo, después de su Ascensión, El solo sentado en medio de la corte celestial, disfruta de su dignidad real: sentado a la diestra de Dios, participa de su majestad (59); reina para siempre, para llevar a los hombres a la vida eterna y entregar a su Padre al fin del mundo este Reino, que El ha conquistado por la Redención (60). De allí vendrá a ejercer su poder judicial, pues como reina con su Padre, de El ha recibido a título de Rey, la potestad de juzgar (61).

Esto no obstante, la Realeza de Jesucristo no será reconocida de todos los hombres antes de la *parousía* y, por eso, debemos desear y pedir que *venga a nosotros su Reino*. Mas, al fin, todos han de someterse a El, o de buen grado en esta vida, o a la fuerza en el último juicio (62). Desde que le rechazaron los judíos, Jesucristo es Rey de los gentiles (63), en tanto que los primeros han parado en ser esclavos del César y de los poderes de la tierra (64). La Iglesia, por el contrario, es reina con toda la soberanía que encierra ese título; es la esposa de Cristo Rey, cuya unión celebra el epitalamio del salmo 44 (65). Los Apóstoles son príncipes (66) y Roma, la nueva Jerusalén, es la capital de la Iglesia, en señal de la victoria de Jesucristo y como para manifestar su poder (67). El Papa, él solo, es sacerdote y rey como el Rey de reyes, a quien representa: "Nisi forte potestati spirituali etiam saecularis potestas conjungatur, sicut in Papa, qui utriusque potestatis api-

(57) In Ev. Mt. c. 28; t. X, p. 277. Con el texto del Apocalipsis citado por Santo Tomás, se ha formado el intróito de la misa de Cristo Rey.

(58) III, q. 52, a. 1 c.; cfr. In Ps. 23, t. XIV, p. 229. La aplicación del texto está sacada de la glosa ordinaria a dicho salmo.

(59) In Ep. ad Hbr. c. II, lect. 2; t. XIV, p. 673.

(60) Ibid., lect. 4, p. 677. Aquí repite Santo Tomás que Jesucristo, en cuanto hombre, conquistó el título de Rey venciendo al demonio.

(61) Jesucristo es Rey y es Juez. El poder judicial es una derivación de la dignidad de Rey. Estos conceptos son frecuentes en Santo Tomás en III, q. 58, a. 1 c.; a. 2 c.; a. 3 c.; IV, d. 48, q. 1, a. 1, sol, t. VII, p. 1168; cfr. Contr. Gent. I, IV, c. 96; et in Ev. Jo. c. 5, lect. 5, t. X, p. 394.

(62) In Orat. Dominicam, petitio II; t. XVI, p. 126.

(63) In Ps. 47, n. 4; t. XIV, p. 331.

(64) In Ev. Jo. c. 19, lect. 5; t. X, p. 616.

(65) In Ps. 44, n. 1; t. XIV, p. 319. "Sponsa Christi est Ecclesia; sponsae regum dicuntur reginae". Ib. n. 7, p. 324 et passim.

(66) "Item dicuntur principes quia fuerunt et sunt Ecclesiae gubernantes". Ibid. n. 19, p. 325; cf. n. 6, p. 323.

(67) III, q. 35, a. 7, ad 3.

cem tenet, scilicet, spiritualis et saecularis, hoc illo disponente qui est sacerdos et Rex in aeternum, secundum ordinem Melchisedech, Rex regum et Dominus dominantium, cujus potestas non auferetur et regnum non corrumpetur in saecula saeculorum. Amen." (68).

Aquel por quien reinan los reyes ha organizado los diversos grados de poder de la Iglesia, en un perfecto régimen de gobierno, que realiza las profecías concernientes al reino mesiánico (69). El mismo poder temporal viene de Jesucristo: "Ipse enim est Rex regum per quem omnes regnant (70). El juzgará a los reyes, del uso que hayan hecho de su poder, y coronará a los que hayan sido fieles (71). Preocupados de conquistar el reino celestial, deben estar sumisos al Sumo Pontífice, cuyo sacerdocio va acompañado de la dignidad real por derivación del de Jesucristo (72). Después de haberse rebelado contra Jesucristo, deben ahora reconocerse vasallos de la Iglesia y, lejos de perseguirla, deben ponerse a su servicio para promover el reino de Dios (73). Toda jurisdicción en el pueblo cristiano deriva de Jesucristo y tiene el carácter de una función ministerial (74).

Todos los cristianos participan de la Realeza de Jesucristo, como lo significa la unción que reciben en el bautismo (75); en la confirmación reciben nueva unción y la señal de la cruz, por la que triunfó nuestro Rey (76). Su unción es una derivación de la de Jesucristo; su realeza, que no se hará patente sino en el reino futuro (77), consiste ahora principalmente en servir a Dios: servirle a El es reinar (78). Las armas que empleó nuestro Rey para vencer al demonio son las que debemos

(68) II, d. 44, expos. textus ad 4; t. VI, p. 791.

(69) Contr. Gent., l. IV, c. 76.

(70) In Ev. Mt. c. 17; t. X, p. 165.

(71) De reg. principum, l. I, c. 8; t. XVI, p. 231.

(72) Ibid. c. 14, p. 237.

(73) Quodlibet. XII, q. 13, a. 19, ad 2; t. IX, p. 625. "Sunt enim (principes) sub regimine Dei, quasi supremi Principi, tanquam ministri ordinati".

(74) In Ep. ad Rom. c. 13, lect. 1; t. XIII, p. 130. "Sed hanc etiam iudicialiam potestatem habent etiam praelati et reges: verum sicut ministri". In Ps. 44, n. 5; t. XIV, p. 322.

(75) "Unctio quae datur in vertice a sacerdote, significat dignitatem regalem et sacerdotalem in baptizato". IV, d. 7, q. 3, a. 3, sol. II ad 1; t. VII, p. 579; cfr. ib. q. 2, a. 1, p. 572.

(76) III, q. 72, a. 4 c.

(77) "Et Christus fuit unctus oleo Spiritus Sancti, Ps. 44. *Unxit te Deus*, etc., in regem et sacerdotem. Et haec unctio derivatur usque ad nos... Primo ergo unguimur sacerdotali unctione in figura futuri regni: erimus enim reges et liberi". In Ps. 26, n. 1; t. XIV, p. 236.

(78) Sermones dominicales. Sermón 120; t. XV, p. 180.

tomar nosotros en esta vida, a fin de merecer de El en la otra la corona eterna (79). Así son inseparables los diversos significados de la realeza de los fieles: el sentido soteriológico fundado en el sacramental y manifestándose en la vida ascética dentro del reino social de la Iglesia. Esta concepción tan lógica se realiza sobre todo en la Eucaristía; por eso el Oficio de la fiesta del Corpus había de contener muchas alusiones a la Realeza de Jesucristo: Rey por su muerte y por la efusión de su sangre (80), el mismo que se dará como premio en la gloria de su Reino (81), se da ahora en la Eucaristía (82), a fin de extender su dominio por todas las naciones (83). La Iglesia es "el reino de los mil años". "Per mille autem intelligitur totum tempus Ecclesiae, in quo martyres regnant cum Christo et alii sancti, tam in praesenti Ecclesia, quae regnum Dei dicitur, quam etiam in caelesti patria quantum ad animas" (84). El Reino actual de Jesucristo en la Iglesia realiza "espiritualmente" las profecías, es el reino anunciado por los profetas, bien que durante la vida de la Iglesia, lo mismo que durante la vida terrestre de Jesucristo, no se manifieste sino de un modo velado y sacramental (85).

Desde ahora deben rogar los fieles para que el Reino de Cristo se les manifieste (86), hasta que en la eterna Jerusalén, siendo todos reyes, reinen con Cristo, como los miembros con la cabeza (87); cuando hayan llegado al Reino de la gloria (88), contemplarán a su Rey en toda su magnificencia: "Regem in decore suo videbunt" (89).

(79) "Quanto magis debemus inluere arma caelestis et aeterni Regis?... Induamur ergo arma lucis, ut bene triumphantes aeternaliter tandem a rege nostro coronemur". Sermones dominicales, Sermón 4; t. XV, p. 128.

(80) "...Rex effudit gentium". Himno de Vísperas de la fiesta del Corpus; t. XV, p. 233.

(81) "Se regnans dat in praemium". Himno de Laudes; ib. p. 236.

(82) "In hac mensa novi Regis". Secuencia de la Misa; ib. p. 237; Cf. III, q. 81, a. 1, ad. 1.

(83) "Christum Regem adoremus dominantem gentibus..." Invitorio; t. XV, p. 234.

(84) IV Contr. Gentes, c. 83, hacia el fin.

(85) "Et quod regnavit Christus non contra prophetiam est; non enim saeculari honore regnavit; ipse enim dixit: Regnum meum non est de hoc mundo". III, q. 31, a. 2, ad 3.

(86) "Adveniat regnum tuum", glossa, "id est manifestetur hominibus, ut scilicet in nobis veniat et cum Christo regnare mereamur". III, d. 34, q. 1, a. 6, sol; t. VII, p. 389.

(87) De reg. principum, I, I, c. 9; t. XVI, p. 233.

(88) II-II, q. 83, a. 9.

(89) III, q. 76, Sed contra; Cf. Isaías 33, 17.

Si quisiésemos determinar más el sentido que en la tecnología cristológica de Santo Tomás tiene la palabra Rey, diríamos que expresa uno de los aspectos contenidos en la idea o palabra de *cabeza*. Además de la comunidad de naturaleza y del influjo causal que ejerce en todo el cuerpo, es propio de la cabeza servirle de timonel, el *gobernarle*. Esto es lo que hace Jesucristo en la Iglesia, que es su cuerpo. "Tertia (conditio) est quod regit omnia membra in suis actibus... Ratione autem proprietatis tertiae, omnis rector dicitur caput, sicut rex, dux, vel pontifex" (90). "Et ipse Christus est Dux, et Rex, et Pontifex" (91). Las diferentes funciones de Jesucristo fueron ejercidas en el pueblo elegido por sus jefes sucesivos, más todas ellas las reúne Cristo como cabeza y jefe supremo. Todas las riquezas de la gracia de Cristo como cabeza de la Iglesia las detalla la letanía de los títulos que le da la Sagrada Escritura. "Ad tertium dicendum quod, sicut supra dictum est, alii homines particulatim habent quasdam gratias; sed Christus, tamquam omnium caput habet perfectionem omnium gratiarum: et ideo quantum ad alios pertinet, alius est legislator, et alius sacerdos, et alius rex; sed haec omnia concurrunt in Christo tamquam in fonte omnium gratiarum. Unde dicitur Is. 33, 22: Dominus iudex noster, ipse veniet et salvabit nos" (92). Al modo que el demonio gobierna como rey a los hijos de perdición (93), así conduce Jesucristo a la vida eterna a los vasallos cuyo gobierno le está encomendado: "Christus constitutus est Rex a Deo ad populum regendum" (94).

Santo Tomás, como decimos al principio, no ha desarrollado *ex professo* la doctrina teológica de la Realeza de Jesucristo; jamás la consagró ni una cuestión, ni un artículo como al sacerdocio de Cristo, a su potestad judicial y a su dignidad de cabeza del pueblo cristiano. Así como era muy sistemático en teología, así no pretendió desarrollar su doctrina cristológica en torno a una idea central que, por otra parte, tampoco halló en la Tradición. La Realeza de Jesucristo no se trató en las Escuelas como una cuestión *especial*. Santo Tomás, lo mis-

(90) III, d. 13, q. 2, a. 1, sol; t. VII, p. 140; cfr. III, q. 8, a. 1; ad 2.

(91) In Ev. Mt. c. 1; t. X, p. 13, donde cita el texto de Isaías 33, 22, que enseguida verá el lector.

(92) III, q. 22, a. 1, ad 3.

(93) III, q. 8, a. 7 c.

(94) In Ps. 2, n. 7; t. XIV, p. 154.

mo que sus contemporáneos, la trató sólo como de paso; pero, muy dócil y respetuoso con las fuentes de la Revelación, no pudo menos de recoger sus testimonios sobre la Realeza de Cristo. Con mayor fidelidad que ninguno de sus contemporáneos transmite y explica esos testimonios, principalmente en sus comentarios a la Sagrada Escritura y en el uso que hace de ella y de los textos patrísticos en sus obras teológicas. Así, pues, bien que en él no se halle sistematizada la doctrina, se advierte de continuo la idea de la Realeza de Jesucristo. La falta de un tratado expreso sobre este problema y sobre su evolución a través de las obras del Doctor Angélico es lo que nos ha movido a agrupar los textos, que expresan la idea que tenía el Santo, de la Realeza de Cristo.

Llama la atención la constancia de Santo Tomás en dar un sentido preciso a las palabras que expresan su pensamiento en esta cuestión, a pesar de los textos innumerables y de los años que los separan en la cronología de sus obras. Afirma el Reinado de Jesús sobre los ángeles (95); pero siempre lo explica en relación a los hombres y en orden a la Redención (96). Rey desde su nacimiento, Jesucristo afirma que su Realeza es de carácter espiritual sobre todas las naciones. Santo Tomás funke el carácter soteriológico del Rey vencedor de Satanás, concepto que había predominado en la primitiva Tradición, con el aspecto social que se haría resaltar más tarde por el influjo de las polémicas políticas. Esta fusión hace que sea rico el pensamiento del Santo: la victoria de Cristo sobre el diablo es para él, el medio de merecer su Reinado social, así como éste es el medio para aplicar a los hombres los frutos de la Redención, en todas las manifestaciones de la vida de la Iglesia.

El pensamiento de Santo Tomás no está influido ni obscurecido por ninguna preocupación polémica. El lo expresa teniendo sólo en cuenta las fuentes de la Revelación. No da a la Realeza de Cristo el carácter de renunciación voluntaria que le había dado San Buenaventura y la escuela franciscana, en sus disputas sobre la pobreza. El tratado *Contra impugnantes* no contiene alusiones a la Realeza de Jesucristo (97).

(95) In Ps. 19, n. 1; t. XIV, p. 212.

(96) La conformidad de esta manera de considerar la Realeza de Jesucristo, con el carácter de la fiesta de Cristo Rey, la ha hecho notar el P. Hugon, O. P.; *La Royauté du Christ et le motif de l'Incarnation*. "Revue Thomiste", 1927, p. 343, sgs.

(97) *Contra impugnantes Dei cultum et religionem*; t. XV, p. 1 sgs.

El *De regimine principum* no es un tratado polémico; no se le debe considerar como tal y, además, hay que interpretarlo en el conjunto. Por no haberlo hecho así, algunos historiadores de ideas políticas, han deducido de la Realeza de Jesucristo y de la Iglesia, "la necesaria subordinación de los reyes a los sacerdotes". Comparando aquellos textos que ofrecen alguna dificultad con el conjunto de todos los referentes a la Realeza de Jesucristo, se tiene la clave de una recta interpretación (98). Entonces se verá que Santo Tomás no reivindica para la Jerarquía de la Iglesia ni un poder teocrático absoluto, ni la subordinación esencial del poder temporal, puesto que ambos son de distinta naturaleza.

* * *

En el pensamiento de Santo Tomás sobre la Realeza de Jesucristo se contienen también los fundamentos para una exposición sintética de la teología de la Iglesia. Sobre ellos han trabajado fieles discípulos del Santo Doctor. Monseñor Grabmann había insinuado que Jesucristo en cuanto Rey es la fuente del poder de jurisdicción en la Iglesia (99). Otros, y no sin competencia, han tratado esta cuestión (100).

La doctrina de la Realeza de Jesucristo no es monopolio de ninguna escuela teológica. Santo Tomás y sus discípulos dan prueba de la riqueza de esta doctrina por haber permanecido fieles al sentido que le daba el Angel de las Escuelas: "Christus constitutus est Rex a Deo ad populum regendum" (101).

DOM J. LECLERCQ, O. S. B.

Clervaux (G.-D. de Luxemburgo).

(98) Cfr. Ch. Journet: *La jurisdiction de l'Eglise sur la cité*; París, 1931. Difficultés à la doctrine de la subordination accidentelle tirée de deux textes contraires de Saint Thomas, p. 137, sgs.

(99) *Die Lehre des Hl. Thomas von Aquin von der Kirche als Gotteswerk*, 1903, p. 235; cfr. p. 194.

(100) Ch. V. Hérís, O. P.: *Le mystère du Christ*, París, 1927, cap. 5.º: La royauté sacerdotale du Christ, págs. 148-184.—E. Mura: *Le Corps mystique du Christ*, París, 1937, 2.ª ed., t. II, c. 6.º: La royauté du Christ Chef, p. 96-110 y *passim*.—Th. M. Käppeli, O. P.: *Zur Lehre des Hl. Thomas von Aquin vom Corpus Christi mysticum*. Friburgo, 1931, p. 44 sgs. y p. 85.—Th. Eschenmann, O. P.: *De societate*, en "Angelicum", 1934, p. 218 sgs.—M.-J. Nicolas, O. P.: *Le Christ Roi des Nations*, en *Revue Thomiste*, 1938, p. 437-481.—Nosotros preparamos un trabajo sobre las ideas políticas de Juan de París, O. P. (+ 1305), en el que aparecerá su doctrina teológica sobre la Realeza de Jesucristo.

(101) V. la nota 94.

Una Nueva Edad

La mentalidad mecanicista

III

En la trayectoria del Humanismo renacentista hacia su ocaso catástrofico del comunismo, es de singular relieve y ejemplar enseñanza el estudiar la formación y el sentido de la mentalidad mecanicista nacida por la aplicación del método racionalista.

Esta mentalidad mecanicista nos servirá más tarde para explicarnos el nacimiento de aquellos ídolos que tanto fascinaron a las masas en la época de la Ilustración y del cientismo y que fueron, por decirlo así, una especie de mística del furor revolucionario.

Como todos los estilos históricos, el Renacimiento surgió por la confluencia de diversas corrientes, no sólo de tipo ideológico, emotivo e impulsivo, sino también por la eficiencia de las causas políticas, sociales y económicas, que a la par que otros factores de índole material, ofrecían las condiciones climáticas para la cristalización de nuevas estructuras sociales y científicas.

En aquella nueva aurora que alumbraba a la civilización occidental con las luces de acontecimientos los más sorprendentes: la invención de la imprenta, la toma de Constantinopla, la escisión religiosa, el descubrimiento de un Nuevo Mundo y el conocimiento universal del planeta, el hombre parecía vivir en un nuevo recinto cósmico, y de esa sensación profunda e indescriptible nació en él una fresca ilusión por la vida.

Por diversos frentes se derrumbaba el mundo medieval y principalmente sus estructuras político-sociales, a las que iba vinculada en buena parte la supervivencia del característico estilo de vida de la Edad Media.

Era una irrupción tumultuosa de fuerzas espirituales, que por variados caminos se asomaba hacia el horizonte esperanzado de un mundo por descubrir.

El hombre se sintió entonces poseído de un entusiasmo indescripti-

ble, alimentado por aquella vocación cuyo ideal era crear, renovar y revolucionar; es decir, dibujar alegremente sus ilusiones y proyectarlas en el tablero intacto de lo desconocido.

Por eso precisamente el Renacimiento fué un movimiento cálido y hasta orgiástico, que nos explica la emergencia del voluntarismo y del vitalismo, singularmente en Telesio, que concebía al mundo entero como vivo y al alma como derivación del calor cósmico.

Se explica también que el panteísmo ejerciese una atracción fascinadora sobre los sistemas de esta época, singularmente en Giordano Bruno, y lo mismo se explica de la nebulosidad pseudomística que circunda las obras de Paracelso y Campanella.

Pero esta ola emocional, que se alimentaba al contacto ardiente de la naturaleza, estaba virtualmente negada, porque había confiado su expresión a un método demasiado racionalista y escuetamente empírico.

LOS FACTORES DEL MECANICISMO

El mecanicismo es una ideología dominada por una supervalorización de la materia y de lo que con ella guarda relación, una mentalidad habituada a juzgar "more geométrico", un método, en suma, que procura aplicar siempre y en todas partes el esquema propio del saber matemático.

Cuando Galileo dice en su "Saggiatore" que la filosofía está "scritta in lingua mathematica", no hace sino contemplar el universo a través de una mentalidad empirista.

El mecanicismo aparece también muy vigoroso en la ideología de Descartes, pues a su manera de juzgar matemática une la otra dimensión característica del pensar mecanicista, el absolutismo.

Hay quien cree muy erradamente, que las diferentes esferas del pensamiento y de la vida están separadas por departamentos estancos, cuando en realidad entre los elementos que componen el orbe de la cultura y de la vida hay por el contrario una marcada afinidad estructural.

Esto ocurre con el mecanicismo de Descartes, pues no se trata únicamente de una teoría matemática o cosmológica, sino que constituye un capítulo de su sistema general filosófico.

En ello ha influido principalmente el afán de Descartes de clarificar la filosofía y proporcionar un sistema racional y ajustado, de contornos precisos y de aristas cortantes.

Por eso debemos elegir como ángulo de visión la metafísica de Des-

cartes y ver desde ella los caminos que quedan expeditos para las direcciones de su pensamiento.

El prejuicio cartesiano, lo que hoy se diría en otro terreno su "parti pris", es el formalismo matemático, adoptado esta vez como un método de validez universal. El prejuicio se ejerce aquí de la siguiente forma: Lo que no se ajuste a una rigurosidad metodológica matemática, "ipso facto" sea desplazado y relegado en las tinieblas de lo incognoscible. Y a todo procuraremos hacerlo entrar dentro de los moldes prefijados, por estrechos que en algún caso resulten.

Así nace la miopía de Descartes para todo lo que no sea contenido de un concepto claro y distinto, tan claro y tan distinto como lo es el número en el lenguaje matemático.

Por eso Descartes apenas percibe las cosas si no están separadas por una marcada contrariedad. Y esto es lo que le ha hecho ver el universo entero escindido en dos reinos; de un lado el espíritu y lo que con él guarda relación, y por otro lado la extensión y lo que a ella atañe, y entre ambos un abismo insondable en el que no cabe sino una artificiosa relación.

Al opinar Descartes que la extensión es la esencia de los cuerpos y que todos ellos son idénticos, se colocaba a las puertas del panteísmo, aunque él por razón de sus creencias, de su educación y de sus sentimientos, no lo sospechase. Pero si a él le falló la lógica por esta causa, ¿qué duda cabe que el judío Spinoza aprovechó sus principios para llevarlos a la conclusión que estaba en ellos virtualmente contenida?

Otra prueba de que la dialéctica cartesiana está diferenciada por una divisoria de estrecha contrariedad, está en el hecho de que en dicha filosofía no hay lugar posible de inserción para los accidentes, las cualidades, e incluso para la propia vida.

La vida, la variedad, la armonía, la rica gama de matices y formas, han muerto en ese cosmos inerte de Descartes, inmenso mecanismo como una mole inmensa repleta de cantidad.

EL ANTECEDENTE MECANICISTA EN LA FILOSOFÍA GRIEGA

En este momento la analogía nos fuerza a evocar aquella situación, tan semejante a la del mecanicismo, en que se debatía la filosofía griega eleática, no por servir a un capricho de erudición o de dilettantismo,

sino por la luz que aquella contienda puede reflejar en el problema presente.

En el centro de todas las disputas de la filosofía griega se anudaba un mismo problema que parecía inextricable, y que ofrecía sus múltiples caras hacia varios horizontes, bien sea en dirección de la metafísica, de la cosmología, de la psicología, de la moral o de la lógica.

Cada filósofo o cada escuela ataca al problema por el lado de su disciplina predilecta. Si unos lo plantean en el terreno cosmológico, los otros se creen más afortunados trasladando la misma cuestión al terreno metafísico o al epistemológico. Pero las dificultades que parecen desatarse en un terreno reaparecen en el otro, y es así que todos sacrifican alguna parte en tributo al error con tal de salvar el resto y poder desplegar al viento cada cual su bandera.

Esta situación dura en realidad hasta Aristóteles, que es el que desata el nudo inextricable, comunicando una movilidad mucho más amplia al pensamiento.

Parménides de Elea puede servir aún mejor que el personaje de Shakespeare para pronunciar la celebrada frase: "Ser o no ser; la alternativa es ésta".

Pero como el "no ser" no es sino un nombre, todo es ser: *εν και παν*. Y nacen las siguientes consecuencias: que el ser era uno, indivisible, increado, continuo, de la misma naturaleza, e idéntico a sí mismo en todas sus partes.

Este panteísmo hacía al pensamiento eleático, inmoble, estático y riguroso. La afirmación de la univocidad del ser le imponía ese esquematismo rígido, incompatible con la riqueza y variedad del pensamiento y de la vida.

Si todo es ser y no hay sino un solo ser idéntico a sí mismo, ¿dónde situar la mutación, la vida, el ritmo, el movimiento y el fluir de las cosas perecederas, que con tan crudos relieves se ofrecen a los sentidos?

¿Cuál será el mundo real? ¿Aquel que reflejan los sentidos o el que descubre la razón?

Entre el discurso, que se pronunciaba a favor de la univocidad del ser, y los sentidos, que ofrecían una cinta caleidoscópica de las más variadas y ricas impresiones, se entrelazaba el nudo inextricable que la filosofía griega trataba de desatar.

Parménides, que había admitido como divisa y método el principio de que el pensamiento se ajusta en un todo a la realidad, "ἵκτεν ἐστὶν κο-

gitari et esse", del mismo modo que más adelante lo identificaría Spinoza, y en cierto sentido el idealismo, se ve ya abocado a desechar el testimonio de los sentidos, negando el mundo concreto y real, el de los colores y las formas, el de la cantidad y la vida, el de los accidentes sin número, como si se tratase de un espejo ilusorio que ejerce siempre el sortilegio del engaño.

Bien podía cantar la poesía si le pluguiese a la vida y a la muerte; pero la razón estaba condenada a contemplar un ser solo y único, inexpressivo e inerte.

Y ¿el movimiento? La filosofía de Parménides en un universo homogéneo y unívoco, no presenta ninguna hendidura para que por ella pueda fluir el curso del movimiento.

Es preciso pensar que se trata de un nuevo engaño de los sentidos, aunque sea irrecusable negar su testimonio, el de las sensaciones cinestésicas y musculares, el de una gama infinita de vivencias y el de la propia experiencia personal.

Y así vemos que esta mentalidad es la que fuerza a Zenón de Elea a realizar aquellos cuatro célebres juegos de artificio dialéctico en contra de la existencia del movimiento.

La inmensa contienda entre lo uno y lo múltiple, el movimiento y el reposo, se resolvía en lucha de antinomias y equívocos y no fué orillada hasta tanto que el genio de Aristóteles pudo contemplar la riqueza inefable que encierra la analogía del ser y descubrir en ella las nociones de acto y de potencia, broches de oro que abrieron el camino para una solución comprensiva del mundo.

¿Quién puede medir lo que ganó la Civilización Occidental con el maravilloso descubrimiento? La inalterabilidad de un pensamiento marcadamente estático y por añadidura unívoco, hubiera derivado necesariamente hacia una visión panteística del mundo, con todas las consecuencias que para el sentido de la vida y de la historia cabe de ello deducir.

La cultura se hubiera anquilosado en una contemplación estéril que, gracias al impulso de una filosofía más flexible, capaz de asegurar la libertad y la perfección del hombre, triunfó en Occidente.

Bien es cierto que el Cristianismo traía una luz aún más alta, capaz de alumbrar los insondables misterios de la libertad, doctrina que traía al hombre el mensaje de su salvación.

Y como ha dicho muy bien Macztu, decir en lo teológico que el hom-

bre puede salvarse, es afirmar en lo político que puede perfeccionarse y en lo humano que puede progresar.

Esta filosofía de la analogía del ser fué la que permitió a aquellos grandes cerebros que se llamaron San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino proporcionar una visión panorámica aún más vasta que la arquitectura de las catedrales góticas.

EL RETORNO DEL MECANICISMO Y DE LA FILOSOFIA ESTATICA

Descartes fué el más decisivo forjador de la mentalidad moderna, ávida de luz, enemiga de la fecunda imprecisión de la analogía. ¿Qué acontece dentro del ámbito de esta filosofía que tiene por método la univocidad?

En primer lugar, que la realidad desborda los límites de los conceptos claros y distintos de la filosofía cartesiana, entregada a la inflexible dialéctica matemática.

Singularmente lo vital y lo orgánico son inapresables en tales estrechos molles, y ello nos explica que la filosofía de Descartes se encuentre en una situación paradójica cuando trata de explicar la vida.

Si examinamos los fundamentos que gobiernan esta dirección del pensamiento, veremos que están contruidos por sendas teorías que parten, respectivamente, de la gnoseología y de la ontología.

Entrambas cosas influyeron para que el mundo apareciese como una imponente y colosal arquitectura cósmica, regida por el Supremo Arquitecto de la naturaleza.

Una arquitectura de líneas rígidas mensurables, cuánticamente escrita, como se dijo antes, en lengua matemática.

Como ya se ha recordado repetidas veces, es significativo el hecho de que una mentalidad general e indiferenciada comporte y desenvuelva toda una serie de sentimientos y gustos correspondientes, que repercuten, por ejemplo, en la misma denominación predilecta de la divinidad del Arquitecto Supremo del Universo.

En un universo así enteramente, y esto si se va a apurar lógicamente la conclusión que encierran los principios generales establecidos, se comprende que el pensamiento de Descartes había de aflorar en un laberinto de dificultades, muy semejante a aquel en que se agitaba la escuela eleática.

Ya vimos cómo esta escuela no podía abrir la vía por la que discurrese el curso del movimiento.

El esfuerzo de Demócrito, encaminado a explicarlo, tropezaba con la dificultad de situarlo en el marco ontológico de un ser universal y único.

Entonces se acoge al recurso de hipostasiar el no ser. El ser es lo lleno; el no ser, lo vacío. Lo lleno puede circular por lo vacío, es decir, el ser por el no ser.

Al cabo de tanto tiempo, Descartes, hallándose en una situación parecida, resucita una solución semejante.

¿Cómo cabe el movimiento en un universo extenso, homogéneo y sustancialmente inalterable?

En tal número cree Descartes que no es posible sino un movimiento circular.

Un cuerpo que abandonase su propio lugar, se vería obligado a expeler al contiguo del suyo, y así sucesivamente se construiría el anillo de un movimiento circular.

Sin embargo, Descartes se vió obligado, en cierto sentido, a contrariar la fundamentación metafísica de sus teorías cosmogónicas, introduciendo el movimiento uniforme y relativista en el plano de las coordenadas geométricas.

La fuerza de la realidad ha vencido esta vez a la lógica de las ideas claras y distintas, y esto que podíamos llamar las impurezas de un método cuidadosamente racionalista, es, sin embargo, una garantía del progreso científico.

De esta suerte podría aplicarse libremente el método matemático en el campo de la geometría euclidiana, como si el orbe cósmico fuese un recinto rectilíneo y cuadrangular de líneas erectas, siendo así que, contrariamente a eso, la metafísica de Descartes demandaba un mundo curvilíneo, según las exigencias del movimiento circular.

La mentalidad mecanicista encarnaba plenamente en los más altos representantes de la gloriosa física de Occidente: Cusa, Keplero, Galileo, Gasendi y Newton.

Singularmente este último había imaginado un universo infinito, arquitectónico e imponente. Espacio y tiempo eran las dos dimensiones insondables de esa inmensidad cósmica.

“El espacio absoluto permanece inmóvil, debido a su propia naturaleza... El tiempo absoluto, real y matemático en sí mismo e indepen-

dientemente de todo objeto exterior fluye uniformemente...", nos dirá en su *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*.

Pero análogamente a lo que aconteció con el mecanicismo de Descartes, también el de Newton lleva envueltos los gérmenes fecundos de una desviación lógica, al admitir ciertos conceptos nacidos de la teoría gravitatoria, que salen de la órbita de la pura geometría.

EL MECANICISMO Y EL SENTIDO DE LA VIDA

¿Qué consecuencias desarrolla en la vida humana la mentalidad mecanicista?

1.º La proyección de un modo de intuir y juzgar "more geométrico" había de repercutir incluso en los problemas políticos y sociales, con menoscabo de las concepciones que concebían las estructuras social-políticas al modo de un organismo.

Ciertamente se señalaba una miopía para apreciar lo vital y lo que pudiese representarse analógicamente mediante esta imagen.

2.º La excelencia de dicho método, avalado por la obtención de indiscutibles resultados prácticos, originó un mimetismo supersticioso al tratar de aplicarlo a las restantes disciplinas del espíritu, no sin herirlas en su propia sustancia.

3.º La hegemonía del pensar matemático introdujo una adulteración en las perspectivas y en el sentido de la teoría del conocimiento, en detrimento principalmente de la biología, de la psicología y de lo que hoy se ha convenido en llamar ciencias del espíritu.

4.º El simplicismo y absolutismo que caracterizan el método matemático se impusieron paulatinamente como condiciones imprescindibles de toda intuición certera y de todo juicio recto.

5.º Esta tendencia a reducir al campo de lo inerte lo vital y el propio espíritu, es el preludio de un proceso que tiene por meta el materialismo.

¿Qué acontece al hombre en consecuencia y cuáles son las perspectivas de su destino sobre el mundo?

A causa de que lo vital, y, consiguientemente, lo humano queda cada vez más alejado del foco mental del hombre mecanicista, va paulatinamente reduciendo lo vivo a lo muerto (Lamaitre), lo psíquico a lo biológico (asociacionismo), el trascendentalismo religioso al immanentismo evolucionista (Spencer, Comte), la moral teológica al utilitarismo.

UN MOVIMIENTO PARALELO EN EL TERRENO POLITICO

Según lo que llevamos dicho, por muy profunda que discurriese la corriente del mecanicismo filosófico en el seno de la Civilización occidental, no hubiese llegado a infundir en la mentalidad europea una marcada tendencia hacia el "homo faber", de no haberse entramado con otros movimientos de señalada afinidad.

Una de estas corrientes afines fué la que en el orden político promovió Maquiavelo. Su revolución no hubiese tenido resultados prácticos, de no haber mediado factores de índole material que coadyuvaban a la abolición del feudalismo y de las estructuras orgánico-corporativas de la Edad Media.

También en esta ocasión nos encontramos frente a una mentalidad primaria y simplista que se desentiende de la rica trama de las configuraciones político-sociales y lo somete todo a la fuerza y a la utilidad material.

La utilidad representa el supremo valor político, al que se supeditan intereses inviolables los más altos. La astucia y la desaprensión, las pasiones y los ímpetus primarios de la naturaleza campean en esta concepción elemental e ingenua. Ella lleva la vida al galicanismo francés, al absolutismo de Enrique VIII, monarca y pontífice al mismo tiempo, y prepara el camino de la democracia liberal y racionalismo y a la irrupción de las masas mediante la atomización de las estructuras político-sociales.

IV

CONTRADICCIONES EN LA DIALECTICA DEL HUMANISMO RACIONALISTA

En la dialéctica del Humanismo antropocéntrico, aun dentro de un mismo sistema, se ofrece el paradójico fenómeno de que el pensamiento flamee en direcciones opuestas.

Hemos señalado ya la dirección empírico-mecánica de la filosofía de Descartes y las consecuencias historiológicas que de ello fluyen.

El corte abismal entre la extensión y el espíritu señala asimismo la dirección de la corriente racionalista como línea que había de remontar paralelamente a la del empirismo el curso del pensamiento moderno, ora apareciendo, ora sumergiéndose en el ondulado relieve del suceso histórico.

Esta escisión inmensa que operó Descartes en el cuerpo de la filosofía, separando el pensamiento de la extensión, dejaba fuera de lugar los problemas nodales de la vida.

¿Qué se hacía del hombre? ¿Qué se podía pensar sobre su cuerpo y sobre su espíritu, separados por barrera infranqueable, y cómo podría en adelante explicarse su mutua interacción?

¿Qué nuevas perspectivas nos ofrecía esta doctrina para la visión del mundo?

Desde luego, el pensar que el cuerpo y el alma, la extensión y el espíritu, estaban enteramente separados, conducía al pensamiento a elaborar una doctrina absolutista, cimentada sobre cada uno de estos dos polos opuestos, la una en dirección del idealismo, la otra en dirección del materialismo.

En efecto, la filosofía erigida sobre el cimiento del espíritu y que prescindiese del cuerpo, tenía por efecto de sus abstracciones una gran propensión a olvidarse de las condiciones materiales de nuestra existencia, de que estábamos sujetos al dolor y a la miseria, al juego quebradizo de las vicisitudes humanas, que existía un mundo inagotable al que nos asomábamos por las puertas de los sentidos, y en fin que había otro mundo en el que podíamos penetrar en cualquier momento por el misterio de la muerte.

También para una tal manera de pensar podía creerse que estábamos situados cada vez más lejos del centro de la realidad, porque un puritanismo que tenía todas las trazas de un pecado de soberbia nos iba alejando cada vez más de comprender que nuestra naturaleza no sólo era racional, sino también animal.

Por esta línea había de avanzar más tarde el espiritualismo exagerado, padre del liberalismo, hasta llegar a inficionar incluso la mente de algunos pensadores católicos con su liberalismo blanco y falaz.

Pero al fin de cuentas el sistema de Descartes, a pesar de servir a esta tendencia en lo que él tiene de ideología racionalista, aparecía en cierto sentido disimulado por el contrapeso del mecanicismo que también alberga en su seno.

Las dos tendencias, por causa de estar dissociadas en su punto de entronque, es decir, en el problema de la unión del cuerpo y del alma, habían de separarse más y más hasta tanto que sobreviviese su agudización.

La tendencia del racionalismo era un movimiento de ensueño, como una flecha lanzada a un espacio de quimeras, al paso que el mecáni-

cismo era una torre cuadrada y pesada que, como Anteo, recibía su fuerza de la tierra.

¿Hasta qué esferas de ensueño había de volar el pensamiento racionalista, cada vez más imponderable y difuso? Veámoslo.

LAS DERIVACIONES DEL ANTAGONISMO DEL ESPIRITUALISMO Y DEL MECANICISMO

Malebranche, que se desentiende de la tradición mecanicista de su maestro Descartes, se entrega ardientemente al racionalismo y asciende por medio de él voluptuosamente a un mundo de quimeras y de sueños sublimes.

En su visión, fuertemente acentuada por el racionalismo, el espíritu se separaba más y más del cuerpo. Ya no podía existir entre ellos ninguna unión real. El pensamiento vería aparecer siempre junto a sí la sombra de su cuerpo y éste sería como el asistente infatigable que le había de acompañar siempre en la mortal peregrinación.

¿No existía el peligro de que alguien llegase a pensar que se trataba de un sueño siempre presente a los ojos del espíritu?

Entonces ¿cómo podría obrar el alma sobre el cuerpo o recíprocamente éste sobre aquél? No había manera de hacerlo.

Aunque Malebranche no niega la actividad del espíritu del hombre ni la de los espíritus angélicos, los demás seres de la naturaleza resultan en su ideología inertes.

Ningún ser material obra y ni el cuerpo ni el alma son la causa de aquella actividad de interacción que se les atribuye, sino que es Dios quien, con ocasión de las impresiones del cuerpo, produce en el espíritu los fenómenos correspondientes; El es el acuerdo, la correspondencia de fenómenos psíquico-fisiológicos de ambas series.

El universo de Malebranche es una cadena de seres muertos, inmenso cementerio de realidades aniquiladas, donde apenas hay un soplo de actividad que no provenga de Dios.

Nos encontramos aquí ante una interpretación pesimista de la obra de la creación, aunque parezca desvirtuar esta afirmación el optimismo de Leibnitz, que bien examinado es, por el contrario, una confirmación de lo que aquí queda dicho.

CONSECUENCIAS HISTÓRICAS DEL OCASIONALISMO

Es ahora el momento de preguntarse por las consecuencias históricas

que una valoración ocasionalista de las realidades y de los fenómenos del mundo ha podido comportar frente a los problemas de la existencia.

Ante todo se trata de una actitud de renuncia de la vida.

El Universo no es ya contemplado como un orden luminoso de seres y causas, peldaños de una escala que asciende hacia Dios, un orden, por añadidura, colmado de vibraciones y armonías como una jerarquía incommensurable, en cuya cima aparece el Supremo Hacedor, sino como inmenso y mudo mecanismo.

Esta mentalidad considera el universo como un inmenso cúmulo de símbolos, a través de los cuales Dios mismo manifiesta su actividad.

También en el orden teológico significa un alejamiento creciente del misterio de la Encarnación y de la epifanía triunfante del cuerpo glorificado, según el dogma de la Resurrección de la Carne.

La proyección de este pensamiento sobre el proceso histórico provoca una derivación panteística propicia a hipostasiar la Historia. No obstante, este efecto no se deja sentir de momento, pero trabaja lentamente en el subsuelo de la conciencia colectiva moderna.

La anulación de las causas segundas a favor de la "Causa Prima" exagera el influjo de la acción divina, que llega tarde o temprano a provocar la absorción del hombre. El panteísmo irrumpe por la vía de este misticismo cosmogónico, aunque se vea atenuado en los escritos de los pensadores ocasionalistas católicos, debido en buena parte a sus hábitos y a sus creencias.

Pero ¿no habrá quien se crea en derecho de demandar lógicamente las consecuencias, una vez establecidos los principios que las contienen?

¿Cuál es la psicología que habrá de despertar en el hombre semejante actitud de renunciamento al ejercicio de su actividad?

La libertad humana corre el peligro de perecer y de reabsorberse lentamente en el seno de la naturaleza. El hombre es cada vez menos responsable de sus actos y en menor grado artífice de su propio destino personal.

De esta suerte esta actitud propia de contemplativos inactivos, viene a reproducir los errores del quietismo religioso de los siglos XVI y XVII, que tan hondo calaron en la conciencia piadosa francesa, soñando en un Dios indeterminado en el que se refundía toda la vida y la actividad humana.

No obstante, no amenguaba el impulso que experimentaba el hombre renacentista hacia el dominio de la naturaleza, porque este afán de con-

quistar el mundo circundante estaba primordialmente sugerido por el mecanicismo, que se desenvolvía con absoluta independencia.

De mayor interés aún, en orden a la efectividad histórica del ocasionalismo, es su consideración global como imagen del mundo.

Bajo este aspecto contemplamos ya la violenta declinación del ocasionalismo hacia el panteísmo.

Si el hombre y los demás seres creados han perdido primeramente su actividad y por ello su poder causal y más adelante (según la orientación implicada por estas doctrinas) su sustantividad, ¿dónde podrá afirmarse en el escenario del mundo?

Si su ser endeble ha perdido consistencia y hondura, ¿dónde podrá sostenerse?

Sobre estos seres, convertidos paulatinamente en leves sombras, tiene lugar la atracción violenta que ejerce desde el fondo la monstruosa sustancia universal.

Al transformarse, según esta ideología, la realidad en algo efímero y volátil, falta de algo de consistencia propia, sobreviene la reabsorción en ese inmenso monstruo cósmico que es el panteísmo.

Todos los antecedentes históricos nos dicen que la declinación hacia el panteísmo es inevitable doquiera se niega la causalidad de las causas segundas o se menosprecia su sustantividad.

Ya Avicébron, en su ensoñador libro "Fons Vitae", había sostenido que los seres inferiores nada podían obrar y que una sutil sustancia espiritual, que no era propiamente el mismo Dios, operaba a través de todos los cuerpos en los que se hallaba perfundida. Anteriormente habían animado al cosmos con un alma universal, el panteísmo teúrgico de los neoplatónicos y el místico de los gnósticos.

También es explicable, teniendo presente el estilo indiferencial de esta ideología inclinada a la supresión de las causas segundas, la eclosión simultánea del fideísmo, del iluminismo y del misticismo desperitados a su conjuro.

Así como en el organismo la parte es solidaria del todo, de parecido modo aquí una doctrina general compromete consecuencias muy lejanas con las que guarda estrecho contacto.

Así se explica que siempre que aparezca una doctrina fundamental, con tal de que no queden eludidas sus consecuencias, se reproducen determinadas soluciones afines acerca de los restantes problemas.

Por eso el ocasionalismo ha reproducido el ontologismo. Porque ¿qué

otro camino cabe para el que ha negado todo medio de comunicación del espíritu con el mundo exterior y apenas considera el valor de los sentidos, sino el de una iluminación interior o una contemplación mística?

En realidad la visión del abismo que separaba la extensión del espíritu era un incentivo poderoso para la formación de la nueva mentalidad.

Era aquello como una composición de lugar sobre cuyos contornos se iba dibujando el sistema, pues es indiscutible que los factores imaginativos e histórico-sociológicos, que son a la manera del lecho sobre el cual discurre la elucubración filosófica, influyen poderosamente en la marcha de ésta.

Ya con ello se esclarece en gran parte el valor representativo y formativo que cabe asignar a estas teorías.

Olvidados los sentidos y aborrecida la experiencia, Malebranche cree ascender al piélago de la luz divina, para beber en la contemplación de las ideas arquetipos de Dios las esencias puras de las cosas. Esta contemplación natural de las ideas divinas es el bello sueño de este misticismo, extravagante y grandioso a la par.

Efectivamente, vemos que allí donde se rompe el puente entre el cuerpo y el alma, es decir, la comunicación del espíritu y de la materia, sobreviene por el curso natural de las cosas, más o menos tarde, el innatismo o el iluminismo dionisiaco.

Este fué el origen del ontologismo de Malebranche y de Rosmini y en la Antigüedad el de Platón, que encajaba en sus bellos sueños, envueltos a veces en los celajes de la alegoría y del mito.

Se explica también por la misma razón el origen del método intuitivista, sea de base innatista o contemplativa y la fuerte inclinación que toda teoría de este estilo experimenta hacia el misticismo fideísta.

JOSE IGNACIO ALCORTA, Pbro.

Sillares para la reconstrucción de España

I

El hogar bonaerense «Mercedes Dorrego» institución modelo para salvar las familias caídas de fortuna

Llevamos varias conferencias de temas obreristas. En algunas de ellas, aunque el título no siempre lo indicase, la realidad, la sustancia, el contenido principal se refería al bienestar del proletario, al mejoramiento de esas masas, que con algo de impropiedad solemos llamar *clases humildes*, y con no poco de indelicadeza *clases bajas*; ya que muchas veces no tienen la suerte de ser *humildes*, por estar engreídas; ni la desgracia de ser *bajas*, por la altura moral que las exalta.

Observaríais que habiendo presentado en las conferencias pasadas proyectos regeneradores de las masas, he sido con ellas exigente. Halagar la masa, aunque se lleva mucho en estos años, no es conforme a mi temperamento. Por lo mismo que ella mandaba, el halagarla sonaba más a adulación que a valentía.

Al obrero, por eso de que hay que amarle, hay que decirle las verdades, aun las que amarguen, que suelen ser las provechosas.

So pena de hacerle peor, y de ser injustos con quienes, no siendo apellidados tales, por no ser obreros del músculo, son hijos del trabajo, de un trabajo frecuentemente más agobiador que el muscular; y acreedores a todos los respetos.

No nos vaya a ocurrir lo que a aquel predicador que bramaba un día contra la buena vida de los patronos y contra las privaciones forzadas de los obreros, en una Junta en la cual los patronos asistentes eran gente laboriosísima, y los obreros concurrentes unos zánganos de colmena y bebedores impenitentes; resultando el sermón una apología de los perezosos y gastadores y una catilinaria contra los hacendosos, que habían cometido el pecado de economizar.

Hoy corresponde el tema al modo de ayudar a las familias “bien”,

pero caídas de fortuna, y dignas de un porvenir honroso y sosegado.

Amantes de nuestras tradiciones y deseosos de que se implanten de nuevo, remozadas, las que habiendo sido beneficiosas en nuestros buenos tiempos, quedaron en desuso, no desconocemos los adelantos de los pueblos modernos, que se han constituido sin esos apegos tradicionales, provocadores de románticos lirismos, que alguna vez detienen nuestra marcha de progreso legítimo.

Uno de los pueblos nuevos formados con más elementos novedosos y de acarreo, y más ansiosos de progreso moderno, es la República Argentina, que por su riqueza de suelo y buen gobierno, marcha en cabeza entre los pueblos civilizados.

Muchas son las instituciones magníficas modernas de que hace gala aquel pueblo joven y poderoso, que del nuestro procede en línea recta y del nuestro recibió lengua, religión y costumbres; y del nuestro se separó hace poco más de un siglo. Sólo el visitar, y bien al trote, las de Buenos Aires lleva varias semanas.

A nosotros la institución de orden social que más nos sorprendió por su originalidad y por su acierto fué la del HOGAR DORREGO, que estudiamos en Agosto de 1923, y de la que hemos leído que logró posteriormente nuevas filiales inauguradas por el Jefe de Estado Argentino. Bien merecía la pena que asistiese a la iniciación de obras sociales tan redentoras el primer Magistrado de la nación.

Este hogar argentino es una manzana de viviendas (una cuadra se dice allí), con cuarenta hogares en el piso de abajo y cuarenta en el de arriba, para otras tantas familias de viudas con sus hijos pequeños o de huérfanas. Los parvulitos no han de pasar de los seis años, pues a esa edad se les busca un asilo, un colegio o una casa particular fuera del Hogar.

Sólo se abre la mano, a veces, hasta los ocho años, que es el tope.

El Hogar Dorrego soluciona el problema económico, moral y religioso a las viudas, a las huérfanas de toda edad y a los huérfanos anteriores a los seis años. ¿Cómo soluciona esos difíciles problemas?

a) El de habitación está muy sabiamente resuelto, proporcionando a cada familia cuartos enteramente independientes (con entrada directa al patio bajo o a la terraza de arriba), sala de trabajo y de recibir, dormitorios, cocina y cuarto de baño. El atrio con la puerta de entrada de cada vivienda tiene que estar adornado de flores; y las viviendas, limpias como un cristal. Es condición impuesta por los estatutos, y se

hace todos los días en algún cuarto la visita de comprobación. Esa nota luminosa da a las viviendas, de suyo ya amplias y elegantes, aspecto señorial y aroma de perpetua primavera: La solución de la vivienda es magnífica: morada familiar distinguida, higiénica y de suficiente capacidad e independencia, por una pequeñez, pues gratis no se admite a nadie.

El establecimiento tiene cocina común para quien prefiera que le preparen la comida. Lo que no hay es comedor común. Unas niñas vestidas de blanco, en unas cestitas "ad hoc", llevan la comida a los que lo soliciten. Cada plato de la común cocina (servida por monjas) costaba en aquel entonces tan sólo diez céntimos de peso a los inquilinos, aunque al establecimiento le costaba algo más. En ese capítulo perdía el establecimiento, que ante todo y sobre todo tenía que conjurar el problema del hambre.

b) El Hogar Dorrego tiene montados talleres, donde pueden trabajar todas las internadas (esa es una de sus grandes ventajas); y como la alimentación es allí tan barata y la casa cuesta muy poco (para cubrir entre los ochenta alquileres el 2 por 100 de su costo, poco más o menos) resulta que una persona sola que trabaje allí, puede sostener el gasto de toda la familia. Por los tres pesos, que suelen ganar, como *mínimum*, le darán 30 platos.

Si trabajan dos personas de la familia, les queda un sueldo para vestir, pagar la casa y para ayudar al sostenimiento de algún niño que por pasar de los seis años, tengan necesidad de sostenerlo fuera del Hogar.

Si trabajan tres, y no tienen niños que sostener, ya se piensa en estudiar carreras, o en aprender oficios de más cuenta, o en ir haciendo ahorros.

Los inquilinos del Hogar pueden trabajar fuera, si les va mejor. En el año de 1923 había viviendo allí algunas profesoras, que pasaban el día en sus escuelas. Esas en los días laborables no utilizaban el Hogar más que para comer y dormir, teniendo que llegar por la tarde antes del cierre de la puerta general, que ya no se abre más que para el médico o para el sacerdote.

c) Las niñas (y los parvulitos, hasta los seis años) reciben instrucción en el Hogar, donde viven también las profesoras, que son las religiosas encargadas de la administración y dirección del establecimiento.

Es una maravilla la puntualidad de la grey infantil en la asistencia

a clase, que tiene después el aliciente del recreo común en el gran patio del centro del edificio, a la vista de todas las familias, que no reciben menos satisfacción en ver a sus chiquitos solazándose sin peligro ninguno, que el que sienten los pequeñuelos en jugar. Tranquilidad tan grande en aquella Babel de Buenos Aires, no es poco de estimar.

El juego muscular se alterna con el canto y con el cuidado de las flores, que constituye en el Hogar un verdadero Ministerio. En la escuela del Hogar se le enseña también a llevar la cocina y a hacer las compras y a analizar los alimentos y a atender a las primeras curas.

No hay necesidad de añadir que todo gratis.

k) Para el caso de enfermedad cuenta el establecimiento con sala de operaciones, y con una botica surtidísima, que es una de las maravillas de la casa, y que pudiera llamarse un centro autónomo dentro de la administración general y de la particular de cada familia. Se creó, efectivamente, para los efectos sanitarios una Mutualidad, a la que cualquiera es libre de pertenecer con una cuota mínima. Esta Mutualidad está favorecida por las grandes farmacias y droguerías de Buenos Aires, que con frecuencia les envían productos farmacéuticos en tanta abundancia, que apenas tienen necesidad de comprar drogas. Los días que yo estuve llevaba la Mutualidad ahorrados cinco mil pesos, con los que bien podrían hacer frente a los gastos de operaciones y de nuevas medicinas.

La Presidenta de la Junta mutual era también una de las profesoras, maestra singular en dar sablazos a los grandes establecimientos, invitando a todo el mundo a visitar aquel botiquín tan completo, que puede servir de modelo a todos los botiquines familiares.

e) En el Hogar no se exige práctica ninguna religiosa. No obstante, me dijeron que no había una sola familia que prescindiese de ellas. La instrucción religiosa es esmerada; la clase de religión es diaria y es gratuita, como todas las otras clases del Hogar. A fin de que las monjas no sean interesadas y se preocupen sólo de los valores morales de la casa, tienen todas su pensión diaria fija.

En medio del inmenso patio y unida a las escaleras centrales por una extensa marquesina, hay una amplia capilla, en la que se dice todos los días el santo sacrificio bien temprano, y se reza el Rosario al atardecer y se celebran fiestas en los días señalados.

Cualquiera pensaría que no estando consignada en las condiciones de admisión la asistencia a los cultos, será poca la gente que concurra.

Pues, no señor: se nota interés especial en tenerla cuajada de flores, en agotar en ella el repertorio de cantares, en no tener el Sacramento solo, y en que la capilla esté colmada en los días de repique. Es su capilla, es su cariño, es el lugar donde las monjitas aprenden aquella mansedumbre con que gobiernan la Colonia, la Familia, el Hogar. La mansedumbre, la dulzura de carácter hay que aprenderla allí, porque es la virtud característica de aquella casa. A mí me hicieron predicar en la capilla en un día de labor y puedo responder que la concurrencia casi no podía ser mayor.

La familia que, después de mil solicitudes, logra ingresar en el Hogar, ya sabe que no carecerá de nada, siempre que pague las pequeñas cuotas y que no sea desaseada ni reñidora. El código penal de aquella casa no señala más crímenes que la suciedad y la discordia.

Nosotros tuvimos no diremos la paciencia, porque se trataba de una ocupación grata, sino la constancia de visitar las ochenta viviendas; en todas advertimos una limpieza extraordinaria: en las habitaciones y en los habitantes.

Es corriente el decir, que al mes de llegar al Hogar las familias, las mismas que entran empobrecidas y acobardadas, parecen Princesitas, si no por el valor de sus trajes, por el aseo, garbo y salero con que los llevan. Responde a imperativos de su sangre, al igual que a exigencias de compañerismo y de costumbre. Ambiente distinguido que engendra distinción y la conserva. Mucho influye en esto la selección que las monjas hacen antes de admitir a nadie en el Hogar, no aceptando a quien por sus antecedentes no ofrezca garantías de ser persona decente y aseada, para no verse en la precisión de despedirla. Cuentan que al principio se recibían familias por recomendación de los fundadores; sistema que dió lugar a tantas expulsiones, que ellos acordaron no se admitiera a nadie, sino mirando los antecedentes.

El Hogar, pues, está establecido para viudas y huérfanas caídas de fortuna, de buen carácter, de cierta laboriosidad y que rindan culto al aseo. Familia de éstas que caiga allí, levanta enseguida cabeza y queda asegurada para toda la vida.

A cualquier observador sociólogo se le alcanza que esa exquisitez de vida corporativa necesita un alma, un ventilador de disciplina y de moralidad, y que éste es el secreto de floración tan espléndida y tan sencilla. Indudablemente, el secreto de aquel florecimiento, de aquella honradez, de aquel pueblo satisfecho, nunca necesitado, nunca mal pre-

sentado, nunca en guerra ni en indigencia, es la comunidad de monjas españolas a quienes los fundadores encomendaron la dirección e inspección; el *Instituto de religiosas de la Anunciata*, que dirige en Madrid la escuela del Hogar.

Quítale ese gobierno; y aquel complicado y armónico Hogar se tornará en aldehuela de chismes, enemistades y alborotos. En una algarrabía, recordando una comunidad, que describe Santa Teresa.

Me parece duro llamarlo *gobierno*, siendo tan sin preceptos y sin penas, que no hay más que una, y es la expulsión, por uno de esos dos delitos: la suciedad y el cisma.

No es menester que sean monjas las directoras; mas sí que procedan con espíritu análogo, a mi modo de ver.

No sé el efecto que causará una presentación tan pobre de una obra tan original y tan excelsa. Si alguno no siente entusiasmo por ella, culpe a mi torpeza en lograr una reviviscencia adecuada. A mí me impresionó de tal manera aquella obra social de la ciudad mayor que cuenta la lengua castellana, que habiéndome tenido que contentar con una rápida visita a sus exposiciones, palacios de prensa, magníficos centros de enseñanza, asilos modelo, al Hogar me vi forzado a ir muchas veces, y no pude venirme sin tomar dibujos y planos de una obra que es menester organizar en todas las naciones y particularmente en la nuestra.

En Madrid hubo algo parecíro: *la casa de "Doña Victoria"*, Viuda de Labarta, de la calle del Marqués de Urquijo, donde esta señora consagraba todos sus haberes a sostener viudas y huérfanas venidas a menos.

Algo más heroico, si se quiere, porque se hacía sin medios, sin cobrar nada y sin tener talleres para los cobijados en aquel Hogar; y algo menos vistoso por la misma razón, y llamado a desaparecer pronto.

La resistencia de una persona aislada y ayudada de pocos tenía que agotarse forzosamente; y ese camino llevaba la institución benéfica de aquella dama virtuosísima, que consagraba a familias caídas de posición todos sus recursos y toda su salud. No obstante, otro fué el puñal que le dió muerte

Recuerdo que pocas semanas antes del Alzamiento de Julio, me dijo que le había salido un enemigo con el que no contaba en una obra tan personal y de puro sacrificio: Los centros socialistas la habían amenazado con imponerle familias de su gusto. Con una sola, indisciplinada o desmoralizada, tenía bastante para descomponer la paz de aquel hogar, que sólo a la sombra de la cruz podía tener calor y vida. Ella veía tan

claro el derrumbe de aquella hermosa obra, que al ir yo a Italia en Mayo, la dejé buscando casita sólo para ella y renunciando por entonces al sueño más acariciado de su vida: el de redimir familias venidas a menos.

Para esas familias, que son muchas y que están olvidadas, con esta manía que tenemos hoy de no hablar más que de *cuestión obrera*, para esas dignísimas y necesitadas familias, hay que crear instituciones adecuadas.

La más acertada, la más práctica que hemos visto en la vida es esa de Buenos Aires dirigida maravillosamente por monjas españolas.

No se trata de organizar Asilos de Misericordia, sino establecimientos de entera independencia, dentro de la suave disciplina que reclama un centro de personas finas. Las inquilinas trabajan, y con su trabajo pagan su manutención y su casa, compran su ropa y se procuran sus medicinas. Sólo la enseñanza es enteramente gratuita, cuando se quiere recibir dentro del establecimiento. No hay, pues, en él nada humillante, nada que cohíba la noble independencia de una familia antes acariciada de la fortuna.

La Institución, aunque hace tanto bien, no es enteramente benéfica en el sentido de que no se obtenga en ella saneada renta. Es muy de agradecer que se den las viviendas por la tercera parte de lo que pudiera cobrarse, y que las que pudieran rentar quince pesos mensuales, por ejemplo—no recuerdo las cifras exactas—se disfruten por cinco. Con todo, ochenta viviendas, que siempre están colmadas, multiplicadas por cinco, arrojan una suma de cuatrocientos pesos mensuales y de cuatro mil ochocientos al año.

El beneficio de los talleres en casa, con ocupación suficiente para todos, es una lotería a la que contribuyen el establecimiento, las monjas y las mismas viudas y huérfanas del Internado. Del prestigio de su labor pende la continuidad en los encargos.

La enseñanza gratuita, el gobierno con mano de seda, el cuidado de los enfermos y la estricta moralidad del Instituto es beneficio que irradia de la comunidad de religiosas, que, además, en la parte económica dan normas para evitar sean estafadas las personas sencillas e inocentes que allí se recogen.

Acaso el beneficio mayor que les proporcionan es el de escoger con esmero personas educadas y finas para muradoras de aquel pueblo modelo.

La convivencia con personas de trato distinguido, caídas de posi-

ción por azares inevitables de la vida, pero poseídas del sentimiento del honor y educadas en buena sociedad, levanta el espíritu de los que allí llegan acobardados por la indigencia. ¡Pobrecillos náufragos de este revuelto mar de la existencia! Habían salido en brillante bajel, cruzando las ondas vagarosas, y regresaron sin patrón, entumecidos, depauperados, como piltrafas de la vida destinadas a morir de angustia y de necesidad, si un Hogar noble y caritativo no les presta el calor y el arrojo para emprender de nuevo el sendero del triunfo...

Tal es el Hogar DORREGO. Un perfeccionamiento, un complemento, una forma social más comprensiva y más moderna de los colegios clásicos de huérfanas tan conocidos en España; un colegio acogedor de familias distinguidas por su educación y por su trato.

¿De dónde saldría esa idea tan sublime cristalizada en la Argentina?

Muchas veces lo pensé, sin dar con la clave, hasta leer, años después de mi paso por Buenos Aires, la *Economía Política* de Alban de Villeneuve. En ella describe un establecimiento similar que se había ideado en Francia y que no pudo realizarse por los acontecimientos políticos de entonces. El eminente economista creía que esa Institución, una vez implantada, tendría imitadores y cooperadores en las principales ciudades de Francia. Lo mismo pensamos nosotros de España, si en ella llega a ser bien conocida la Institución Dorrego; si en ella cuaja.

La idea y los reglamentos habían pasado ya hace poco más de un siglo por la mente iluminada de una joven inteligente y virtuosísima llamada Amelia de Vitrolles, que falleció en la Embajada francesa de Florencia en 1829 con fama de santa, después de haber consagrado su vida al alivio de las familias empobrecidas. De progenie santa tenía que venir idea tan generosa, proyecto tan sublime, que trueca en primavera deleitosa el invierno helado de esos lloraduelos de familias venidas a menos. Que cambia en flores las espinas de tantas vidas derrotadas.

Esas Colonias formando una familia, un hogar, según el patrón material del Hogar "Mercedes Dorrego", se adaptan mejor a personas de alta sociedad caídas de fortuna, que a las de extracción más humilde; porque en ellas parece más fácil encontrar la finura, la elegancia, la educación, camino para la paz que allí se busca, y sello diferencial de aquellas multitudes escogidas.

El Instituto, el Hogar "Dorrego" tiene ese carácter singular, que

es también su defecto: el que no se pueda implantar más que en poblaciones de consideración; porque sólo en ellas es posible encontrar ocupaciones y empleos para personas realmente distinguidas y en número crecido.

La clase media, más numerosa en sí, ofrece para la selección una enormidad de familias verdaderamente distinguidas, que vinieron a menos, generalmente, porque el cabeza de familia *se llevó*, al fallecer, *la llave de la despensa*, como suele decirse. Su empleo es más fácil de buscar en poblaciones de menor importancia, porque a la instrucción de las clases altas suelen añadir una preparación de oficios humildes, que les prestan armas en la lucha difícil de la vida, casi en la misma forma que a las clases trabajadoras.

En éstas, con un poco más diligente examen de los antecedentes, es fácil hallar muchas familias que por su delicadeza de modales no desentonen de las seleccionadas de las otras clases. No obstante, como no suelen estar instruídas en pintar, bordar, traducir, copiar, dar clases, llevar los libros de contaduría, por regla general, será preferible modificar el tipo de Hogar aristocrático argentino, para establecer otro más a tono con las acostumbradas ocupaciones de clases más modestas.

Y como entre estas ocupaciones entran por mucho las agrícolas, los Hogares de las clases humildes, y aun entiendo que los de las medias, por regla general estarán mejor emplazados en las afueras de las ciudades y en los pueblos pequeños, con vistas a las explotaciones agrícolas. La miel, las frutas en conserva, la leche y sus derivados ofrecen dilatado campo de ocupación a esos ejércitos de viudas y huérfanas, que andan por ahí famélicas, deseosas de trabajo y en peligro de corrupción, y que después de la guerra han de aumentar en número en nuestra Patria.

Un filón abundantísimo, de inmediata explotación y fácil para la mujer, nos lo ofrece la industria avícola.

Estos años de atrás estábamos leyendo siempre en la prensa que importábamos huevos por valor de sesenta, setenta, ochenta y más millones anuales...

Pues, señores; aunque no fuera más que para evitar esa salida de millones, merecía la pena de establecer en cada Provincia unos cuantos Hogares de viudas y de huérfanas con la encomienda de explotar la industria avícola y libertarnos de esa sangría enorme y en cierto modo vergonzosa, y hasta absurda; pues además de comprarlos fuera, co-

memos los huevos viejos ya y carentes de las principales vitaminas, pudiéndolos tener frescos y de casa.

Si a eso se llega—y se debe llegar antes con antes—, la construcción de los Hogares, lejos de ser un censo, sería un beneficio económico palpable.

Con economía y sin ella, la condición de las familias españolas venidas a menos en todas las clases de la sociedad, está pidiendo inmediato remedio. Por ser sufridas y estar humilladas esas familias, no levantan el grito, como la masa de obreros proletarios. Por esa callada condición suya, que se traduce en lágrimas, la sociedad se da poca prisa a cortar sus agobios. Una razón más para que nosotros, adivinando la tragedia, fomentemos estas instituciones salvadoras, de las que nos ofrece un modelo, con réplicas, una de nuestras hijas mayores: la floreciente República Argentina. Instauraremos en las ciudades esos excelsos recogimientos hogareños, prefiriendo en los pueblos pequeños los de tipo agrícola y aun de industrias caseras.

En Alemania, con una base menos familiar, pero más amplia, el *Nacional sindicalismo* acaba de construir unas cien mil casas de tipo campesino.

A mí me parecía una cifra equivocada por su volumen, ésta que acababa de leer en una revista alemana, porque se trataba de construcciones realizadas en menos de tres años. Pregunté a cuatro alemanes y me contestaron que las tomara por exactas. Hay otra cifra en esa revista alemana, que me encanta más por ser más accesible a nuestra capacidad, y venir más a pelo con nuestro tema. El Frente del Trabajo alemán va a construir en tres años tres mil Hogares Familiares para una o dos familias cada uno, en áreas que tendrán como *mínimum* mil metros cuadrados de terreno útil. La decisión no necesita comentarios para nosotros.

Es un pueblo industrial el que da la lección a un pueblo agrícola.

Quizás entre los colosales proyectos desarrollados estos años por el pueblo alemán éste sea considerado con el tiempo como el de mayor importancia social. Este pueblo alemán, tan laborioso, tan tenaz, tan inteligente, con ese sistema de organización agraria, busca la independencia económica del país. Nosotros no menos la necesitamos, y necesitamos también escuchar los clamores de tantas familias buenas, que han perdido su posición grande o chica y han de redimirse con la implantación de un Hogar análogo al argentino y adaptado a nuestra idio-

sincrasia. Afortunadamente, el procedimiento alemán no es incompatible con el argentino.

Es más universal, más fácil de establecer, más apto para la economía, aunque mire menos por los valores de compenetración familiar, de vida pacífica y moral, de instrucción religiosa.

Por cima de todas las variantes debe destacarse la línea firme, el propósito decidido de salvar las Familias caídas. La solución argentina es la más perfecta; la solución alemana es más fácil de generalizar.

Otras muchas habrá. Que cada uno aporte un grano de arena hasta llegar a la meta de esta sublime y cristina aspiración.

¡Miremos por las familias venidas a menos!

II

El Cine

Hay un invento de los tiempos modernos, que excita constantemente la hilaridad y la apetencia de las gentes y el ceño de los moralistas: EL CINE.

Se ha hecho tan necesario, que pocos saben pasar sin él; hasta el punto de que es inútil pretender suplantarle y menos suprimirlo...

Se ha hecho tan peligroso; es vehículo de tan escandalosas escenas, que muchos tienen por ideal tan apostólico el acabar con él, como el desarraigar las malas costumbres, puesto que su pantalla es un ostensorio de todas ellas.

En el CINE se enseña a robar, a asesinar, a corromper. La sola revista del kaleidoscopio cinematográfico, donde se exhiben las miserias físicas y morales de la humanidad y hasta las fantasías de las imaginaciones perturbadas; la respiración de esa atmósfera criminosa, familiarizada con el crimen, que luego ni horror, ni casi impresión causa, ponen pavor...

Al año de frecuentar toda clase de Cines, el espíritu más pudoroso y delicado se siente encallecido. De ahí que esa virginidad espiritual tan frecuente en los pueblos cristianos, vaya mirándose como flor indígena de apartadas aldeas, donde los estragos cinematográficos llegan de tarde en tarde. El recato de hace unos años casi parece un mito, el libertinaje de ciertas playas ha desbordado las poblaciones del interior y se ha universalizado. La disolución se bebe como el agua, se respira como el aire, sin escrúpulo, y como natural y autorizada escuela de costumbres.

Tal es la realidad sangrante en que se apoyan muchas buenas per-

sonas para aconsejar a todo el mundo que no cruce las puertas del Cinematógrafo.

Empeño inútil. El Cine no puede suprimirse mientras no se dé con una competente sustitución. El Cine es como el libro: archivo de verdad y de error. Es como la prensa: vehículo imprescindible de la actualidad de que vivimos y palanca de revoluciones que nos elevan o nos matan. La prensa es el atrio del Cine; es para él como la prehistoria para la historia.

Y aun podrá afirmarse que resume la acción de la prensa, de la escuela, del libro, de la palabra. Es todo y lo hace todo.

Lejos de pensar en suprimirlo, hay que preocuparse de utilizarlo, de sanearlo, de hacerlo nuestro, de hacerlo provechoso, ni más ni menos que la escuela, que el libro y que la prensa. ¿Qué más da que no sea necesario en un sentido absoluto, si lo es en las exigencias actuales de la vida moderna?

Su desenvolvimiento ha de ser regulado como el de esas otras instituciones, que no hay medio de suprimir.

La escuela pública no es absolutamente necesaria. A la escuela se va a aprender, y lo que el maestro enseñe, lo puede enseñar el padre, un hermano, un profesor, cualquier amigo de la casa o pagado por ella.

No obstante eso, la escuela pública es necesaria, porque muchos padres no pueden dedicarse a enseñar, otros no saben y otros carecen de recursos para pagar un profesor particular o una institutriz. Si no quieren tener analfabetos, ha de haber escuelas.

¿Qué se busca y qué se exige en la escuela? Se busca la instrucción, siquiera elemental: leer, escribir, contar, historia, geografía y lecciones de cosas, y en pueblos cristianos, catecismo y buenas costumbres a más y mejor.

Se exige en estos mismos pueblos cristianos, que se respete la fe de sus mayores, que se inculque la moral, que los niños no cursen en la escuela del vicio, ni por las lecciones que reciban, ni por los ejemplos que presencien.

Lo propio hay que exigir en el Cine, sobre todo en el Cine para los niños: ha de ser pasatiempo entretenido, instructivo, nunca corruptor, nunca espejo de dañadas costumbres.

El Cine hace veces de prensa, de prensa retrasada; de revistas, más bien; puesto que la prensa ha de ofrecer la noticia del momento, y el Cine no puede darla tan aína. El Cine, como la prensa, reproduce la

vida de los pueblos, y con más viveza todavía que ella. Si recoge de ellos el aspecto inmoral o simplemente criminoso, se convierte en baluarte enemigo, en impugnador de los ideales patrios, tanto como pueda serlo la prensa más sectaria.

La libertad de prensa, aunque llevamos proclamándola más de un siglo, no puede ser completa. No puede, no debe consentirse que ataque lo que es vital entre nosotros: la religión, la moral, la patria; la patria religiosa y moral.

La libertad del Cine, como la de la prensa, ha de estar condicionada por el respeto a estos ideales sagrados de la religión, la moral, la patria, la justicia misma, que puede y no debe ser lesionada en las exhibiciones cinematográficas.

La prensa diaria debe ser sometida a un severo estatuto, pero no a una censura previa, fuera de casos extraordinarios, como el de la guerra en que estamos metidos; porque la prensa es esclava de la última noticia, del último momento y éste había de hipotecarlo a los censores. El Cine puede muy bien tener censura previa.

En el Cine de Mutualidad Infantil de Oviedo, sometido a censura eclesiástica, todas las películas se revisaban la víspera, para retirar o cortar las que no fuesen pasaderas.

La censura previa, que la prensa no puede normalmente tener, debe tenerla normalmente el Cinematógrafo, si ha de ser instrumento de buenas costumbres.

El Cine se puede comparar al armamento, terrible para que pueda concederse sin reservas, y necesario para que nadie piense en proscribirlo. Sin el armamento no sería posible la defensa contra las agresiones injustas; y éstas menudearían, contando con la impunidad, y harían imposible la vida de los ciudadanos honrados. Por eso las armas son lo más terrible y lo más necesario que hay en la sociedad. Terriblemente peligroso para las buenas costumbres es el Cine, como que puede envenenarlas todas y hacernos connaturales las de los pueblos más disolutos; y prácticamente necesario, por ser un medio de instrucción gráfica que ahoga todos los otros por su interés y por su baratura. El Cine sólo necesita una sola selección de buen gusto y unos censores de severidad de costumbres, por una parte; y de comprensión y humanidad, por otra.

Aquí en España necesita otra cosa. Necesita una sociedad industrial productora de películas dentro de la nación. Una Sociedad que repro-

duzca nuestra historia, nuestras costumbres, nuestros anhelos; y que nos redima de ser tributarios de empresas extranjeras, que no sólo nos caricaturizan, sino que nos explotan, haciéndonos dos veces miserables.

Digo dos veces miserables, y mejor debiera decir, tres; ya que por una parte nos desfiguran, por otra nos sacan el dinero, y por otra nos hacen a sus propias maneras, despojándonos de nuestro propio ser, a fuerza de mostrarnos los usos y estilos de sus gentes, de gentes de más bajo metal, generalmente, puesto que nuestros mayores se distinguían por una austeridad de costumbres, que contrasta con las de otros pueblos. Ya es bastante mengua la preterición de nuestras cosas y la exhibición sistemática de las suyas. Mengua que por sí sola rebaja la idea de la Patria ante los niños. La producción cinematográfica que se exhiba en España debe ser de producción española, tan española como el trigo que se come y como el vino que se bebe.

La organización industrial para el Cine es puramente fotográfica, y en su forma elemental carece de esas dificultades técnicas invencibles que ofrece la producción de ciertos instrumentos de óptica, que aquí no hemos podido construir. Películas ya se han hecho muchas. Lo que no se ha emprendido es producción en grande. Ocho o diez casas trabajaban película en España cuando ya tenía París unas 90 de mayor postín y Berlín 112. Nosotros necesitamos filmar siquiera para el consumo nacional.

Si en España no tuviéramos tan buenos fotógrafos como en el extranjero o no gozáramos de tan hermosos y variados paisajes como el país en esa parte más afortunado, ni un historial que se las apuesta al de mejor blasón, tendríamos que aceptar la servidumbre de otros pueblos y pagarles el tributo en material de Cine. Mas como no es así, la España Nueva debe sacudir ese yugo por tantos capítulos ominoso de la constante importación cinematográfica.

Una comisión de químicos y fotógrafos, historiadores y arqueólogos, dramaturgos y comediógrafos, pintores, escultores y arquitectos, industriales y banqueros solventes, dará cima a esta situación vergonzosa de recibir de fuera un material que nos cuesta tantísimo, que nos cuesta varios millones cada día y nos sirve para envenenarnos. ¡Bonito negocio el de los españoles con el Cine!

Se trata de una industria esencialmente reproductiva y de grandes ganancias, que sólo en el primer momento necesitará ayuda del Estado. Al poco tiempo sostendrá ella un ejército de obreros y oficinistas que

se pueden escoger entre los parados; e impedirá la salida de tantos millones como nos cuesta el surtido nacional de películas, de los millares de películas, que cada día se desenrollan ante las cabinas de nuestros dos mil salones de recreo, con un número mayor de Cines familiares. Aun costándonos más, hecho en casa, como queda torlo el dinero en ella, para la nación resulta igual economía. De este costo vivirán miles de obreros y empleados. No menos de cuatro millones de empleados tienen las empresas productoras de películas, con sueldos que a veces llegan a los 500.000 dólares anuales.

Lo temible es tener que sacar el dinero—y más teniendo poco—y los productos naturales o artificiales que nos hagan falta. Esas dos sangrías hay que taponarlas en cuanto sea posible.

De lo contrario, nuestras diversiones, nuestros goces se empalmarán con nuestras lágrimas. *Extrema gaudi, luctus occupat.*

En el Cine hay que ver no sólo lo que es, sino lo que está llamado a ser muy pronto, sobre todo en las Escuelas, combinado con la radio. Sin dar suelta a la imaginación, se comprende que ambos inventos coordinados constituirán la palanca de la instrucción y aun de la educación; que colocados en las Escuelas, darán a la formación de los niños una uniformidad maravillosa y podrán proporcionarles, bien utilizados, una altura sorprendente verdaderamente insospechada.

El Cine suplantó al teatro y absorberá la acción pedagógica del maestro y neutralizará hasta la influencia del hogar. Está llamado a ser el médico portentoso, que cambie en poco tiempo la ideología de una nación.

Hoy mismo neutraliza ya la acción de los padres, y no sé si algunas veces fuera decir mejor, que la anula. Las lecciones que reciben los niños en el Cine les quedan grabadas como a fuego, sean de orden moral, sean de orden científico.

El Cine moldea los cerebros juveniles; el Cine cambia su psicología; el Cine enciende el patriotismo y presenta las obras de virtud como dignas de elogio y los vicios como merecedores de abominación. Dios nos libre de que sus confeccionadores quieran tomar el vicio por virtud y la virtud por vicio.

¿Es posible que nosotros klejemos las lecciones de amor a la virtud y a la patria en manos de extranjeros, que no nos aman, y que serán capaces de traficar con los sentimientos de nuestros niños?

Bastante vergüenza es ya que los films, que en otras naciones se

representan acerca de España nos calumnien fuera de casa sin una réplica adecuada. Que no llegue nuestra miseria a que en casa mismo nos vejen...

Y sobre todo, que no hipotequemos en manos de los extranjeros los medios de enseñanza más irresistible que hoy se usan en el mundo, que son los de película cinematográfica. Un país que en esto se somete por mucho tiempo, pierde enteramente la independencia espiritual y hasta la conciencia de su propio valer, y acaba por perder el amor a su pasado, a su personalidad en la historia; y por lo tanto, al concepto mismo de unidad de la patria, que no consiste tanto en una unidad geográfica, cuanto en una convivencia ideológica, o en un ensamblamiento del pasado con el presente y con los augurios del porvenir.

Para que éste sea nuestro, ha de ser nuestra la educación. Y hoy toda educación está mediatizada por el Cine. Ahí están los cañones de retaguardia, ahí las trincheras de la post guerra, ahí los pesados tanques de fuerza ciega, ahí los invisibles y rápidos aviones de la lucha espiritual. Ahí se embosca hoy todo; y si esa producción no es Española, antiespañola llegará a ser muy pronto. Recordad algunos puntos del programa diabólico, consignado en los *Protocolos de los sabios de Sión*.

Uno de ellos consiste en "introducirse en el interior de las plazas, apareciendo como sus defensores, no salir de ella hasta que esté arruinada por entero". Otros en aceptar "el sistema de enseñanza por imágenes, que transforman los cristianos en animales dóciles, que no discurren y que esperan la representación de cosas por imágenes, para comprenderlas. La campaña la llevan bien adelantada, pues los documentos estos judío-masónicos nacen en otro lado. En los países que se llaman adelantados hemos creado una literatura loca, sucia y abominable".

España es uno de los campos de cultivo por medio de esa literatura loca, sucia y por imágenes. Vaya un caso reciente, que manifiesta la urgencia del remedio:

Hace pocas semanas pasé yo un día en una ciudad española dominada desde el principio por los blancos.

El Prelado diocesano había nombrado una junta de censores que diariamente tenían que hacer una cartelera censoria de las películas anunciadas en los cines locales, distribuídas en cuatro grupos: *películas buenas*, que todos pueden ver; *películas de algún cuidado*, que no conviene vean los niños; *películas malas* y *películas reprobables*.

El día que yo paré en aquella ciudad no había ni una sola película en los primeros apartados de la cartelera. Es decir, que a juicio de la junta, en ningún cine se exhibía aquel día ni una sola película que no fuese inmoral.

Bien pudo ser una excepción, bien pudo la junta haber seguido un criterio estrecho en demasía. Se presta, en todo caso, a hondas meditaciones la rudeza del caso; la inconsciencia y despreocupación en los Directores de aquellos espectáculos. En la España roja no me hubiera extrañado. Allí la moral dicen que sistemáticamente se proscribe. En la zona blanca, donde profesamos la vida cristiana, donde ponemos la honradez por encima de nuestras cabezas, no podemos consentir tal desmoralización, que nació mucho antes de la segunda República y pudo contribuir a su alumbramiento.

Estamos ganando la guerra material contra los rojos; nuestro principal objetivo en la retaguardia ha de consistir en ganar la guerra moral para toda España. De lo contrario, aun ganando la guerra material, sería un fracaso la totalidad de la lucha. Porque, económicamente, como los rojos nos han robado tanto, queda España más pobre; y en valores humanos habremos perdido cientos de miles de hombres y mujeres; y al terminar la lucha, millones acaso.

Todo nos señala pérdidas intolerables, si no encontramos compensación en una España moral y cristiana. Este es el gran tesoro, que revalora todo lo español. Por nuestra religión, por nuestra moral, por nuestras tradiciones se puede gastar dinero, se puede entregar la vida. Sólo por eso y para eso.

España, por lo tanto, ha de poner muy alto estos valores y no consentir que nadie los malverse. Son el patrimonio sagrado que se recupera en esta galerna deshecha en que naufragaron tantos otros tesoros y estaba en riesgo éste...

¿Es que podemos consentir la exhibición constante en la pantalla de divorcios vinculares destructores de la familia, que se propinan como un entretenimiento sin importancia? ¿Es que la pornografía, el robo, el asesinato y toda la plaga detectivesca no requiere un freno, una censura, un alambique purificador? ¿Es que el hecho mismo de la ausencia de temas españoles no engendra ambiente derrotista? ¿Es que educar a los niños indefensos en ese ambiente irreligioso, inmoral, antipatriótico, no se parece a un crimen de omisión? Yo puedo hablar de esto con alguna autoridad, pues dirigí dos años un Cine con censura ecle-

siástica. Y recuerdo muy bien que nuestros niños, los que sólo a ese Cine asistían, aplaudían siempre la virtud y silbaban a los criminales y viciosos. Uno de los encantos del Cine era ver el noble corazón de los pequeños reprobando lo innoble y acariciando con sus aplausos y sonrisas lo honrado y valeroso.

En cambio, cuando llegaban los niños con callos en el alma, hechos a representaciones de vileza y crueldad, se mofaban de la virtud y se explayaban en ironías incompasivas, indicio claro de una inocencia agostada, de una perturbación precoz tristísima. La escuela del Cine había sido para ellos escuela de corrupción.

Bien estará que añadamos al concluir que, a pesar de que manejábamos la tijera sin compasión, había días en que las casas no nos mandaban bastante película blanca. Casi toda la que producían era subida de color.

Una sociedad cristiana tiene que poner coto a estos abusos y levantar una barrera infranqueable a las demasías de los organizadores de espectáculos públicos.

El problema de la producción nacional de películas ha de llevar algún tiempo; el de la moralización hay que resolverlo enseguida.

¿Cuándo? Antes con antes. Sin esperar que concluya la guerra.

¿Cómo? Muy sencillo: con la censura previa.

¿Quiénes van a ser los censores? Más sencillo todavía. Para la censura militar, se nombren militares; para la censura moral deben nombrarse moralistas.

Existe una censura de Cine, con representación de la Jerarquía Eclesiástica (1).

Y no olvidar en los reglamentos de espectáculos públicos que aquellos donde concurran los niños deben pagar un tanto por ciento para la Mutualidad de la Juventud española.

Esto último es ya una idiosincrasia mía.

FR. LUIS GETINO, O. P.

(1) Afortunadamente el Caudillo tomó ya medidas conducentes a la resolución de todos estos delicados problemas el 2 de noviembre de 1938.

Boletín de Sagrada Escritura

Introducción general

El año 1823 apareció el primer tomo de una versión castellana de la Biblia, hecha—a juzgar por el frontispicio—por el ilustre canónigo señor don Félix Torres Amat.

Pero sucedió con esta versión un fenómeno singular, y fué que al punto empezó a circular el rumor de que Torres Amat presentaba al público español como propia una obra que pertenecía a un eximio humanista salmantino, el jesuita exclaustrado P. José Petisco.

No debió de llegar este rumor a oídos del P. Hurter, ni de Vigou-roux, ni del autor del artículo "*Torres Amat*" en la Enciclopedia "*L'Es-pasa*", ya que todos ellos—sin la menor alusión al mismo—dan por cierto que "la célebre versión española de la Biblia" es obra de Torres Amat. Quizá haya influido en ellos la autoridad del P. Uriarte, que concluye sus investigaciones sobre este asunto con esta rotunda afirmación: "La versión del P. Petisco permanece inédita y engañanse los que, por falta de examen, la confunden con la impresa de Torres Amat" (1).

El peso de esta afirmación arrastra también al P. Pérez Goyena y le impulsa a escribir en *Razón y Fe* que "queda en pie el dictamen de que Amat no fué plagiario de Petisco". No se muestra tan categórico, sin embargo, aun siguiendo la corriente general, el P. Prado. Al hacer relación de las más notables versiones castellanas, dice así: "Felix Torres Amat, qui novam translationem—magna ex parte, ut quidam suspicantur (2) a Joseph Petisco, S. J., exaratam—evulgavit" (3).

Más afortunado el P. March en sus investigaciones que su correligionario el P. Uriarte, ha logrado reunir numerosa documentación—inédita en gran parte—, a la luz de la cual resulta suficientemente

(1) URIARTE: *Catálogo razonado de obras anónimas y pseudónimas de autores de la Compañía de Jesús*. Madrid, 1906. Tom. III, pág. 291.

(2) Subrayamos nosotros.

(3) PRADO: *Propaedeutica Biblica, sive Introductio in universam Scripturam*. Taurini, 1931, pág. 185.

establecida la paternidad del P. Petisco con respecto a la famosa versión castellana de la Biblia publicada por Torres Amat (4).

De tres partes y un apéndice consta el libro del P. March. En la primera, después de un rápido bosquejo biográfico del P. Petisco, nos refiere la historia del manuscrito de su versión castellana de la Biblia desde sus orígenes, hacia el año 1786, hasta el momento en que es rechazada por una Junta de censores reunida en Madrid el 23 de julio de 1807 bajo la presidencia de Félix Amat.

Las diversas vicisitudes que sufre el manuscrito de la versión castellana desde el momento en que fué repulsado por la Comisión madrileña de censores hasta que se lo apropió, valiéndose de toda suerte de artimañas, Torres Amat y diversos documentos que acreditan su bajeza de alma constituyen el argumento de la segunda parte.

En la tercera, muestra a las claras el papel de vulgar plagiaro en que incurre Torres Amat al presentar como suya una obra que pertenece de lleno al P. Petisco y a Mgr. Antonio Martini, arzobispo de Florencia, autor de una traducción italiana de la Biblia.

Tal es el esquema de este interesante libro del P. March, cuyas conclusiones principales vamos a presentar rápidamente a nuestros lectores.

El P. Petisco nació en Ledesma el 28 de septiembre de 1724. A los catorce años ingresó en la Compañía de Jesús en Villagarcía de Campos. Fué enviado más tarde a Lyón a perfeccionar sus estudios, especialmente el griego y el hebreo. El año 1763 vino a Salamanca a ampliar sus conocimientos exegéticos, "llamando la atención de los hombres más distinguidos de la Universidad" (pág. 18).

En 1767, decretada la expulsión de la Compañía, salió el P. Petisco para Italia, donde continuó por espacio de varios años consagrado a la enseñanza de la Sagrada Escritura.

Hacia el año 1786 emprendió, en su retiro de Bolonia, el trabajo de componer una traducción de la Biblia al castellano y lo continuó durante doce años. Por el P. Luengo sabemos que a la vuelta de éste a la Patria el año 1798, quedaba en Bolonia el P. Petisco "para dar la última mano a su traducción". Quebrantada notablemente su salud, le obligaron a venir a España, llegando a Salamanca en diciembre del mismo año 1798. De momento "se corrigió mucho de su mal y se estable-

(4) MARCH (P. J. M.), S. J.: *La traducción de la Biblia publicada por Torres Amat es substancialmente la del P. Petisco*. Un vol. en 8.º, 328 págs. Editorial RAZON Y FE, Madrid, 1936. Precio en rúst., 15 ptas.

ció en su villa natal de Ledesma". Allí falleció el 27 de enero de 1800.

El manuscrito de la traducción quedó en poder de uno de sus sobrinos, quien se lo presentó al obispo de Salamanca y a otros distinguidos letrados que la aprobaron y alabaron. Animarlo con tan felices comienzos y, quizá apoyado por alguno de ellos de influencia en la Corte, determinóse a presentársela a S. M., quien "la recibió con mucha estimación y agrado, diciéndole que ya tenía noticia de tan excelente traducción" (pág. 20). Carlos IV entregó la obra al Ministro de Gracia y Justicia, exhortándole a que "se imprimiese sin dilación, a sus expensas, en la imprenta real. Esto acaeció en abril de 1807" (ib.).

¿Qué pasó después? Que el Ministro nombró una junta de revisores, a la que hizo entrega del manuscrito. A ella pertenecía, entre otros, don Félix Amat, "confesor del rey, jansenista y enemigo de los jesuitas"... (ib.). Al enterarse de ello, escribía el P. Luengo: "¡En tales manos ha caído la grandiosa obra del P. Petisco! ¿Cuál será el resultado? Dios lo sabe. Mas si llega a ser favorable y se hace la impresión a expensas de la Real Hacienda, yo confesaré humildemente que me he engañado y que el éxito ha sobrepujado mis esperanzas... El joven militar, sobrino del traductor, que emprendió con tanto empeño la impresión de la obra de su tío, no se habrá descuidado de recoger el original... y quién sabe si lo habrá logrado, o si algún bribón le ocultará para hacer su negocio en los tiempos adelante..." (pág. 21).

Desgraciadamente, las sospechas del P. Luengo se confirmaron. Pero "por fortuna, se conserva el expediente secreto que se formó en torno a esta traducción, que nos va a revelar no pocas cosas ignoradas hasta ahora, y bien seguras" (pág. 23).

En efecto, por este expediente sabemos:

1.º que con fecha 12 de marzo de 1807 recibió el Ilmo. Sr. D. Félix Amat, de manos del Sr. Patriarca, inquisidor general, el texto autógrafa de la traducción al castellano de la Biblia, del P. José Petisco, "bien conocido por su literatura" (pág. 24);

2.º que para que se verificara la revisión "con acierto y con la posible prontitud" se hizo el reparto conveniente de los diversos tomos entre los nueve censores señalados al efecto;

3.º que éstos fueron presentando diversas excusas, alegando en especial la falta de tiempo para cumplir dignamente su cometido. Santa Clara confiesa además su desconocimiento de las lenguas orientales. Canseco se lamenta de "la escasez de sus conocimientos para la inteligencia del Viejo Testamento";

4.º que, ello no obstante, el 15 de julio del mismo año pueden reunirse en Madrid y dictaminar que la obra “distaba mucho de llenar las esperanzas que inspira la fama del autor. Por lo cual entendemos que no conviene que esta traducción se imprima como está y sin que se enmienden los defectos insinuados” (pág. 42);

5.º que habiendo sido Torres Amat uno de los dichos censores, porque dijo en su “censura que se hallaban en aquella versión manuscrita algunos pasajes felizmente trahucidos, al lado de los defectos que justamente notaban los censores”, se le encargó a él la corrección;

6.º que fué entonces—al verse con el texto autógrafo en su poder—cuando sintió el dulce señuelo de publicar una traducción de los libros sagrados formando “un cuerpo de lectura útil al común de los fieles... Voy a emprender este trabajo, pues me inclina a él mi genio y natural deseo” (pág. 47);

7.º que, “emprendida la tarea por Torres Amat, se puso en juego una doble táctica: mientras la obra se hallaba en prensa, procuróse divulgar la especie de que era en el fondo la misma del P. Petisco, corregidos tan sólo sus pequeños yerros; más tarde—terminada ya totalmente la impresión—proclamóse la como completamente extraña a la que se dice del P. Petisco.

Tenemos, por consiguiente, que la traducción de Torres Amat nació de la del P. Petisco. Que para hacer la suya tuvo siempre a su disposición la de éste, a fin de que—según la gráfica expresión de su tío—aprovechara los *golpes felices* en que abundaba.

Esta conclusión se halla corroborada por los datos de la crítica interna y la conducta observada por Torres Amat con Martini, cuyas *advertencias* se las apropió también con una tranquilidad ultraestoica. Pero “el hecho más significativo para comprender la psicología de Torres Amat y su tendencia a aprovecharse en favor suyo de los trabajos ajenos y hacerlos servir a su gloria”, nos lo suministra el “*Diccionario de Escritores Catalanes*”. Sabido es que se trata de una obra publicada con la colaboración de varios autores, bajo la dirección y acción preeminente de D. Ignacio Torres Amat, bibliotecario del Colegio Tridentino de Belén, en Barcelona. Pues bien, murió D. Ignacio el 16 de mayo de 1811 y, al publicarse la obra en 1836, apareció con el siguiente título: “Memorias para ayudar a formar un Diccionario crítico de los Escritores Catalanes... ESCRIBIOLAS el Ilmo. Sr. D. Félix Torres Amat”.

Con razón escribe el P. March: “Quien así procedió con su *digno*

hermano, ¿cómo había de proceder con el pobre jesuíta muerto en el rincón de Ledesma durante la supresión de la Compañía?" (pág. 253).

Magnífica suerte la del P. March, que en su ingrata tarea de recorrer archivos y desempolvar legajos tiene la dicha de dar con documentos de tan "alta importancia", que le suministran los instrumentos necesarios para entonar el himno triunfal de la verdad.

* * *

El año 1935 reseñaba el P. Colunga el primer tomo de la monumental Geografía de Palestina, escrita por el P. Abel, y decía: "que pronto tengamos el placer de poseer el segundo tomo, dedicado a las ciudades de Palestina" (5).

Yo no sé si a conocimiento del eximio geógrafo palestinense llegó este ruego del boletinista; lo que sí sé es que los que sienten la pasión de los estudios escriturísticos están de enhorabuena, porque con los dos volúmenes de la incomparable Geografía de Palestina ha puesto el Padre Abel en sus manos una nueva llave para abrir las puertas de ese templo misterioso, que es la Biblia (6).

En el volumen anteriormente editado, nos ofrece el eminente geógrafo dominico un tratado completo de la geografía física de Palestina, tanto en el aspecto geológico como en el histórico. Dibujado así el terreno, importaba dar digno remate al trabajo emprendido, describiendo también el paso del hombre por él y su actuación a través de los siglos. Es lo que hace el P. Abel en este segundo volumen, consagrado al estudio de la geografía política de Palestina.

Dos partes tiene este nuevo libro, continuación lógica de las dos partes del volumen anterior: La primera parte (tercera de la obra) contiene la geografía política de Palestina y consta de diez capítulos, que marcan la situación del país en cada uno de los momentos más señalados de su evolución histórica.

Siguiendo el orden alfabético, tenemos en la parte final un recuento completo de las ciudades y lugares históricos de Palestina.

El segundo milenario a. de J. C. es cuando se forma el ambiente abigarrado, en que, por derecho de conquista, o por asimilación, se asientan arameos, israelitas y filisteos, olas postreras de una agitación étnica que, desde hacía seis o siete siglos, estaba removiendo el antiguo

(5) COLUNGA: Boletín del Antiguo Testamento. C. T., n.º 155, pág. 220.

(6) ABEL (P. F.-M.), O. P.: *Géographie de la Palestine*. Tome III: *Géographie Politique. Les villes*. De la colección de Etudes Bibliques. Un vol. en 8.º mayor, de X-540 págs. y 10 mapas. Precio 150 francos.

fondo semítico estabilizado en el tercer milenario bajo los nombres de Amurru y Canaán.

El paso de las grandes transmigraciones norteañas en dirección al Delta y su retroceso ante la vigorosa reacción faraónica han influido también en la estructuración política del país.

Fuentes de información para todo este período son los Tratados hititas, los relatos de las campañas faraónicas y las cartas de Tel-el-Amarna, compulsado todo ello con los resultados de las exploraciones arqueológicas que añaden nuevos datos referentes al número, condiciones de existencia, etc., de los lugares que encuentran los advenedizos que vienen decididos a intercalarse de grado o por fuerza entre las agrupaciones preestablecidas.

En las cartas de Tel-el-Amarna, Kinaha (Canaán) significa principalmente el klistrito costero que va desde Sidón al Carmelo, integrado por pequeños estados sometidos a la vigilancia de uno o más comisarios egipcios, y el *hinterland* correspondiente hasta el Valle del Jordán, en que, al lado de instalaciones anteriores, establecieron los fenicios multitud de colonias, al declinar el segundo milenario principalmente (página 135 s.).

Los *Perizzim* (fereceos) habitaban en las regiones pobladas de bosques de la montaña. Aparecen con frecuencia asociados con los amorreos, raza de gigantes, de los que dice Amós que eran grandes como cedros, robustos como encinas.

El clan *hiuita* (heveos) ocupaba la región situada al noroeste de Jerusalén, cuya capital probable, Mispa, podría aclarar los orígenes de Tel-en-Nasbe (pág. 25 ss.).

El origen amorreo de Jerusalén se halla atestiguado por los nombres de sus famosos reyes Malki-Sedeq y Adoni-Sedeq. El príncipe que la gobierna en la época de las cartas de Tel-el-Amarna es también amorreo. Pero... "si tu padre es amorreo, tu madre es hitita", dice Ezequiel (7). Estas palabras contienen una realidad etnológica, pero son al mismo tiempo una alusión al grupo hitita de los jebusecs, restos de una invasión más reciente que ha venido a entroncarse en el grupo amorreo. Jerusalén figura en esta época como un centro político importante, cuya hegemonía irradia hasta Jafa y Qe'ila (pág. 31 ss.).

Por la estepa meridional (el Negeb) vagan amalecitas, cusitas,

(7) Ezeq. XVI, 3. 45.

me'unitas y auitas, llegando en ocasiones a fijar sus plantas en las últimas estribaciones de la montaña y en la llanura de Gaza (pág. 33).

En el período de transición del Bronce al Hierro, sufre Palestina hondas modificaciones. Moab y Edom se estabilizan, los reinos de Hesebón y de Edre'i sucumben ante el impulso hebreo, Damasco y la región septentrional de Canaán viven expuestas a las amenazas de los arameos. En Galilea y en la costa fenicia permanece el cananeo, pero se nota—en densidad desigual—la presencia de los israelitas. "Aser y Neftalí moran en meklio del cananeo, el autóctono; pero en cambio el cananeo vive en medio de Zabulón" (pág. 44).

Esta mescolanza y el peligro originado por las constantes incursiones de los nómadas del Oriente y del Mediodía agudizó el instinto de conservación, favoreciendo la cohesión interna y externa de las Tribus, fundada ya, en principio, en el reconocimiento de una misma Divinidad. Sin embargo, el autor del libro de los Jueces termina su obra con una exclamación que parece reflejar un estado de ánimo poco optimista: "en este tiempo, dice, no había rey en Israel y cada cual obraba a su antojo" (8). Los enemigos del pueblo crecían, el batallar era continuo y no había esperanzas de triunfo decisivo, porque faltaba la paz y la armonía que era de esperar entre las tribus. Fué lo que intentó—y tampoco lo consiguió—la Monarquía.

Saúl llegó a movilizar a todo el pueblo contra sus seculares enemigos. Consiguió que Israel y Judá se congregaran en Gilga a presentar las ofrendas rituales a Jahvé; pero, demasiado aferrado a su tribu de Benjamín, careció de la talla necesaria para llevar a feliz término sus propósitos.

La tenía David, que empezó a dar pruebas de su habilidad política al escoger para capital del Reino un lugar que no había pertenecido hasta ese mismo momento a Israel, una ciudad que hubo que arrebatarse al enemigo e incorporarla a la nación: ¡Jerusalén! Al proponerla al pueblo, que se extendía de Dan a Bersabé, como centro de la comunidad y del culto a Jahvé, pensaba David en poner término a las susceptibilidades de las tribus y en reforzar su unión. A conseguir tales intentos cooperaron también, y muy poderosamente, sus brillantes campañas contra los enemigos tradicionales de Israel. No anduvo tan acertado en el sistema de la organización general que esbozó, alcanzada la paz, porque, al dejar a Judá, según la gráfica expresión de Alt, "como una

(8) Jud. 21, 25.

cantidad aparte con su organización propia", dotó a la nueva nación de un dualismo muy acentuado, que si de momento quedó como adormitado por el canto de sus victorias y el prestigio de su nombre, des-pabilará más tarde y originará la gran escisión política que Jeroboam procurará acentuar descentralizando el culto y proponiendo el santuario de Dan para la región nortea y el de Betel para los distritos del Sur. Benjamín quedará en una situación ambigua. Y fué acentuándose en forma tal, con el correr de los años, esta desavenencia, que, ni ante el serio peligro que suponían las repetidas embestidas de Asur, hubo manera de encontrar la fórmula que pudiera restablecer el acuerdo y la armonía entre los dos reinos. Así se facilitó a Sargón la empresa de acabar para siempre con la independencia del reino de Israel haciendo prisionero a Oseas, su último monarca, y apoderándose de Samaria, la magnífica capital levantada por Omri para centralizar la vida de la nación y terminar con la anarquía. Era el año 722, cuando el reino de Israel quedaba convertido en una de tantas provincias del formidable imperio asirio. Cerca de 30.000 israelitas fueron deportados, lejos de la Patria, para siempre, siendo suplantados por colonos procedentes de Hamat y Sefaruaim el 720, de árabes de Tamud y de Madián el 715, y por gente de Babilonia y de Cuza el 709. Así quedó formada y constituida la provincia asiria de Samaria, tan odiosa a los judíos por sus orígenes y su culto (II Reg. 17, 24 ss.).

Ciento treinta y seis años más tarde toca el turno a Judá. Nabucodonosor, sediento de extender sus dominios, no desperdicia la ocasión que le depara la infidelidad de Sedecías para emprender la guerra contra Judá y, luego de un asedio terrible, entra a sangre y fuego en la capital en el año 586. Mientras Sedecías sufre cruel castigo en Ribla, el general Nebuzaradán pasó un mes destruyendo a Jerusalén y seleccionando a los principales para deportarlos, no como en otra época fueron los samaritanos en plan de colonos, sin esperanza de retorno, sino como prisioneros de guerra, conducidos a campos de deportación. Detalle muy significativo que permite presagiar la especial situación política de los judíos y de su país en la época persa (pág. 106).

Las conquistas de Alejandro Magno no modificaron la estructura política de Palestina. Sufrió en cambio hondas mudanzas en la época seléucida.

El año 64 fundaba Pompeyo la provincia romana de Siria, con Antioquía por capital, quedando incorporada a ella Palestina. Su organi-

zación, hasta llegar a la transformación en *provincia imperial* el año 27, atravesó un período de crisis provocada por la guerra civil, la invasión de los Partos y las reivindicaciones de Cleopatra.

Aristóbulo II vió en la invasión de los Partos una ocasión para sacudir el yugo romano. Herodes supo huir a tiempo. Se presentó en Roma y recibió del Senado el título de rey de los Judíos. Hijo de un idumeo y de una princesa árabe, quiso ligarse estrechamente al Judaísmo y contrajo matrimonio con Mariamne el año 37, el mismo en que se apoderaba por asalto de Jerusalén, ocupada por Antigono.

Entre conquistas y donaciones imperiales, quedaba constituido su reino el año 20, en la forma siguiente:

a) *Judea*, dividida en estas once toparquías: Jerusalén, Idumea, Engadi, Herodium, Jericó, Pel-le, Emaús, Lida, Tamma, Gofna y Akraha.

b) *Samaria*, cuya magnífica capital, Sebaste, había él levantado sobre las ruinas de la antigua Samaria el año 27.

y *Galilea*, la región más rica del reino y cuya capital era Séforis.

La región *transjordánica*, dividida en estas seis toparquías: Golanítida, Batanea, Oranitida, Iturea, Perea y Traconítida, que mejor que distrito podía decirse una Delegación de Orden Público, ya que el oficio de gobernador de Traconítida consistía en impedir a sus súbditos que se dedicasen al robo y a las razzias en las toparquías colindantes y en Damasco.

Ajeno a los dominios de Herodes se hallaba la *Decápolis* o región de las diez ciudades, creada por Pompeyo, según la teoría de Smith, como una liga antisemítica destinada a oponer un dique a los elementos árabes y judíos que no querían doblegarse ante el poder de Roma.

Nuevos cambios sufre Palestina a la muerte de Herodes. Judea con Idumea y Samaria forman una *etnarquía* bajo el gobierno de Arquelao. A los diez años—6 después de J. C.—Arquelao es condenado al destierro y su etnarquía, incorporada a Siria, queda sometida a un *Procurador* con derecho de espalla y residencia habitual en Cesárea.

Galilea y Perea constituyen la *tetrarquía* de Herodes Antipas. La región transjordánica forma otra tetrarquía gobernada por Filipo, que transforma a Páneas, situada en las fuentes del Jordán, en Cesárea de Filipo.

Tal es el estado político del país, reflejado en los Evangelios.

En los dos capítulos últimos de esta tercera parte describe el Padre

Abel la división eclesiástica y las rutas de Palestina en sus distintos períodos históricos.

La parte final contiene la lista más completa y documentada de todas las ciudades bíblicas y localidades históricas del país.

Una decena de mapas y dos índices dan realce a esta monumental obra del P. Abel, que contribuirá poderosamente a una mejor inteligencia del Texto sagrado y que recibirán con vivo entusiasmo todos cuantos sienten interés y simpatía por los estudios bíblicos.

La exploración arqueológica en el Este de Palestina, llevada a cabo por una expedición formada por la A. S. O. R. de Jerusalén, en unión con el Departamento de Antigüedades de Transjordania, en la primavera y el verano de 1933, tuvo por principal campo de acción la comarca del antiguo reino de Moab. Al año siguiente tocó el turno a Edom y la expedición fué integrada por miembros de la A. S. O. R. de Bagdad, en colaboración con el "Hebrew Union College", la A. C. L. S. y el sobredicho D. A. T.

La cosecha recogida no ha sido pequeña, aunque es cierto que, concerniente a la historia temprana de Edom, no ha podido encontrarse ninguna inscripción de importancia análoga a la famosa estela de Moab.

La presencia de tribus beduinas edomitas en la frontera noroeste de Egipto se halla atestiguada por un documento de la época de Mernefta y de Ramsés III, que refiere el saqueo de las tiendas de Se'ir. Fuera de esto, sólo tenemos la Biblia, que continúa siendo la fuente principal de información cotejada con la exploración arqueológica del país. Esta exploración demuestra que en cada uno de los distintos períodos de establecimiento en Edom existieron numerosas fortalezas, ciudades y pueblos entrelazados mutuamente por importantes caminos reales. La agricultura, la industria, las artes y el tráfico alcanzaron gran desarrollo. Además, por lo que se ve, parece ser más que probable que Edom y Moab fueron ocupados simultáneamente.

La historia detallada de tan interesantes exploraciones, relatada en forma de diario desde el 19 de marzo al 12 de julio por el Dr. Nelson Glueck, constituye el XV volumen del Anuario de la Escuela Americana de investigación oriental (A. S. O. R.), magnífica y lujosamente editado por la Universidad de Pensilvania, ilustrado con abundantes y hermosas fotografías y un plano del campo explorado (9).

(9) *The Annual of the American Schools of Oriental Research*. Vol XV for 1934-1935. Published by the A. S. O. R. New Haven under the Jane Dows Nies Publication Fund. University of Pennsylvania Press, 1935.

Como resultado de dichas exploraciones establece el autor las conclusiones siguientes:

a) Edom y Moab, cuya historia corre siempre curso paralelo, fueron pobladas simultáneamente.

b) Una civilización próspera floreció en Edom desde el siglo XXIII al siglo XVIII antes de J. C., en que desapareció completamente. Este hecho viene a ser una nueva confirmación de la historicidad del capítulo XIV del Génesis. Probablemente fueron los Hicsos los causantes de la destrucción de esta civilización que remonta a la Edad del Bronce.

c) Con el siglo XVIII se advierte un corte muy pronunciado en la historia de las comunidades asentadas en Edom, que se prolonga hasta el siglo VIII. Ni una sola localidad, ni un resto arqueológico ha sido descubierto que pueda ser considerado como perteneciente a este período, que va del Medio al final de Bronce II. Idéntico corte se había observado anteriormente en la historia de Moab, que durante este mismo lapso de tiempo aparece habitado únicamente por el errante beduino. Es significativo también el hecho de que, tanto en las listas egipcias de ciudades, como en las cartas de Tel-el Amarna, no aparezca ninguna referencia a esta comarca de la Palestina oriental en la misma época.

d) Edom llegó a disfrutar de una civilización elevadísima, alcanzando su grado de máximo esplendor en el período comprendido entre los siglos XIII-VIII antes de J. C. A partir de este último siglo se nota una rápida desintegración del poder de Edom. La civilización de Esau no fué ciertamente inferior a la de Jacob.

e) Otro tajo se nota en la historia de las comunidades establecidas en este país. Es a fines de la época del Hierro II, en general, porque hay muchos lugares en que esto ocurre en las cercanías del siglo VIII. Dura hasta la aparición de los nabateos, quienes adoptaron los métodos de organización y defensa que los edomitas habían desenvuelto y practicado. Levantaron también muchas instalaciones nuevas y fortalezas y atalayas por propia iniciativa. Sucumbieron ante el poder de Roma, desapareciendo rápidamente después de su conquista por las huestes de Trajano el año 106 después de J. C.

La serie de problemas que se plantean en torno al carisma de la profecía continúa siendo tema de actualidad, tanto en el campo católico, como en el racionalista.

Si su perfecta inteligencia resulta de difícil alcance para quien la

analice bajo los resplandores que proyecta la luz de la fe, compréndese fácilmente que ha de resultar sumamente difícil, hasta el punto de constituir un problema inexplicable para quien lo intente fiado tan sólo en la débil luz de la razón humana. Una prueba de esto que decimos nos la suministra el fatigoso (10) y erudito opúsculo del Dr. Abraham Heschel, titulado "La Profecía" (11).

Su trabajo tiene por objeto investigar la noción de la profecía a través del análisis de la conciencia profética.

No ciñe, por tanto, su tarea a una agrupación y exposición de visiones y doctrinas proféticas, de proposiciones y de ideas, sino a la relación de estas últimas, que son las que señalan la índole del hecho profético definido. Escudriña los hechos, no por la importancia que en sí mismo tengan, sino en cuanto son fenómenos de la conciencia formada en los profetas.

La teología dogmática ha elaborado no sólo una creación personal, sino también una experiencia o estado de vida personal—en todo el rigor de la palabra—en los profetas. La crítica moderna, por el contrario, cree que no son comprobables los motivos personales, especialmente humanos, en la escritura profética. De donde se sigue que el mundo interior del profeta ha permanecido hasta el momento actual una *terra incognita*. Adentrarse, pues, por los vericuetos de ese "mundo desconocido", explorar sus abismos, entrar en posesión de sus tesoros, en una palabra, llegar a ponerse en íntima comunicación con el alma del profeta, desdeñando tanto las afirmaciones del objetivismo teológico como las del subjetivismo psicológico, he ahí el intento del afanoso investigador polaco-judío-racionalista, Dr. Abraham Heschel. "Nuestra labor consiste, dice en el prólogo, no en juzgar de la veracidad de las manifestaciones proféticas, sino en sondear su esencia; únicamente queremos esclarecer e ilustrar este punto. El objetivismo y el subjetivismo que, en sustancia, son de utilidad para el dogma teológico o psicológico, no pueden—en su unilateralidad—dar razón del fenómeno" (pág. 2).

En tres partes divide el autor su opúsculo. En la primera, la más interesante y en que hay mayor cantidad de datos y de consideraciones aprovechables para la recta inteligencia del carisma profético, estudia

(10) El calificativo procede del mismo autor en el prólogo: "Die vorliegende Untersuchung müht sich..."

(11) HESCHEL (A): *Die Prophetie*. Un vol. de VI-194 págs. Verlag der Polnischen Akademie der Wissenschaften. Kràcow, 1937.

las relaciones que—al decir de la escuela extática—existen entre la conciencia profética, el acto extático y la concepción poética.

Establece, ante todo, como hipótesis fundamenal del carácter espiritual de los profetas la plena convicción que poseen de ser inspirados por Dios. El justo medio para poner en claro la actuación profética, esa pretensión al valor decisivo de su palabra, reside en el hecho de la inspiración. No son sus cualidades estéticas, lógicas u otras inmanentes las que les suministran palabras, consideraciones y prestancia, sino su origen trascendente, que ellos mismos procurarán acentuar en múltiples formas (12).

Esta íntima e incommovible persuasión de los profetas será el punto de partida de las indagaciones del autor.

Los estudios sobre el fenómeno profético datan de tiempos lejanos.

Filón, uno de los primeros en tratar sistemáticamente de la profecía bíblica, no receló en aplicar a la misma las descripciones y notas características de los misterios helenísticos. De los oráculos griegos, tomó el concepto del éxtasis y lo señaló como la nota distintiva de los profetas. Su axioma: *no hay profecía sin éxtasis*, lo redactó haciendo referencia, precisamente, a Moisés.

El Talmud no se hizo cargo de estas doctrinas filonianas, antes bien—fiel intérprete de la Biblia—enseñó que el éxtasis calificaba a los falsos profetas.

Reseña a continuación H. la teoría del éxtasis en la teología cristiana, comenzando por los Apologistas y finalizando con San Agustín, cuya exposición—dice—predominó durante toda la Edad Media.

En los tiempos modernos ha sido Hengstenberg (13) quien ha comunicado recio impulso a esta teoría del éxtasis, estableciendo el aserto de que "das verständige Bewusstsein bei allen Propheten nur das sekundäre, hinzutretende war; dass sie sich im Geiste in einem von dem Gewöhnlichen durchaus abgetrennten Zustande befanden". Y unas páginas más adelante escribirá que "a los ojos de los hombres del mundo pasaban los profetas como unos insensatos. De donde se sigue que es necesario llegar a la admisión de un punto de contacto entre el estado profético y la locura". Comentando estas palabras, escribe Gieselbrecht: "este momento (de la locura) es el que sitúa a los profetas ante la mi-

(12) Ezeq. XIII, 2, 17; Am. III, 8; VII, 14; Is. VI, 5 ss.; Jer. I, 5, 9; XV, 16, 19, etc.

(13) HENGSTENBERG: *Christologie des Alten Testaments*, 1854-57.

rada de todos los demás pueblos. Los profetas emplean generalmente todas sus facultades en transplantarse al estado del éxtasis”.

Lombroso, con su aserción de que hay honda afinidad entre el genio y la locura, contribuyó a la propagación de la teoría del éxtasis en la segunda mitad del siglo pasado, en que llegó a establecerse la tesis de la identificación de la experiencia mística con la locura y a la definición del éxtasis como desvarío pasajero (págs. 19-20).

Hölscher, apoyándose en la psicología fisiológica y en la psicología de los cuerpos del Dr. Wundt, da por cierto que la profecía es producto de un fenómeno anormal, de un estado fisiológico definible, y propone las experiencias proféticas, actos y expresiones como fenómenos del éxtasis. Genésicamente considerado, dirá que el profetismo es un hijo de la magia y de la mántica cananeo-asiática, que posó sus pies en Judá poco antes del año 1.000 antes de J. C.

Las emociones hondamente sentidas de los profetas posteriores, sus animadas gesticulaciones, el lenguaje vehemente y patético de Jeremías, la concentración intensa del pensamiento, etc., etc., constituirán otros tantos síntomas del éxtasis.

Por último, Hölscher asegura que la aspiración del extático sube hasta el extremo de hacerse—en su estado de exaltación—una misma cosa con la esencia de la divinidad. “Los profetas—dice—no hablan solamente en virtud de la misión que han recibido de Dios y según sus mandatos, no recapitulan únicamente palabras y revelaciones que Dios les ha cuchicheado o mostrado en visión, sino que hablan como Dios mismo y se identifican con El. ¡Mientras hablan en éxtasis, identificados en absoluto con El!” (pág. 22)

Las relaciones subsistentes entre el *nabíismo*, o profetismo antiguo, y el clásico se explican de la manera siguiente: En los escritos anteriores al siglo IX se establece una distinción marcada entre el *Nabi*, o profeta, y el *Ro'eh*, o vidente. (Cfr. I Sam. I, 1-10, 16). Esta distinción se halla ya algo atenuada en los escritos de los grandes profetas del siglo VIII y desaparece totalmente en los posteriores (Cfr. II Sam. XXIV, 11; II Reg. XVII, 13; Is. XXIX, 10). Para los antiguos, *Nabi* era el profeta extático que, en cuanto recibía la revelación sobrenatural, la vomitaba sobre el pueblo; *Ro'eh*, por el contrario, es el hombre que convierte en fuente de sabiduría sobrenatural las múltiples experiencias y observaciones de la vida cotidiana, principalmente las ilusiones de la noche oscura, del adormecimiento y del sueño. *Nabi* es el hom-

bre que, influenciado por una naturaleza superior, viene a hacerse lo-cuaz. No es, como el profeta, escogido y llamado para desempeñar un oficio. *Ro'eh* es el oráculo, enemigo de todo arrebato, que consigue llegar al conocimiento de la voluntad de Dios por la interpretación de señales, como el susurro de los árboles y el vuelo de los pájaros.

Conviene saber que Hölscher llegó a la construcción de su armónico y típico conjunto profético, yuxtaponiendo tanto los datos que pudo recoger relativos a los profetas más antiguos, como los discursos de los clásicos escritores proféticos, la mántica de la estirpe cananeo-asiática y las ficciones poéticas del Apocalipsis (pág. 25).

Durante los quince años últimos (14), se ha debatido acaloradamente acerca de las probabilidades y del valor de la teoría del éxtasis en la forma propuesta por Hölscher (15).

Duhm, Gunkel, Hertzberg, y principalmente W. Jacobi, la aceptan. Baentsch, Hänel, Junker y Auerbach la someten a una crítica muy severa y la admiten aplicada únicamente a los profetas mayores.

En las páginas siguientes, llenas de atinadas observaciones, hace ver Heschel cómo la teoría del éxtasis, en ninguna de las múltiples formas en que ha sido expuesta, explica el fenómeno profético y establece que la conciencia profética tiene su origen y su razón de ser en la íntima comunicación que existe entre Dios y el hombre. El profeta, con relación al pueblo, es su vecero ante la Divinidad y respecto de Dios, es su intermediario y vecero ante el pueblo. Por eso su acto es un acto vital con relación necesaria al pueblo. Está determinado para alguien y para algo concreto y no es, como el éxtasis, un asunto privado de la vida. Rarísima vez tiene el éxtasis un designio ultrapersonal. También la inspiración poética—a causa de su motivo estético-artístico—carece de toda congruencia objetiva. El acto profético, por el contrario, es para los profetas no solamente un acontecimiento psíquico, sino ante todo una acción trascendental (pág. 55).

El éxtasis, en resumen, es un proceso psíquico; el profeta, en cambio, experimenta el acto como un algo trascendente que se impone a la conciencia.

Toda inspiración es una palabra de Dios dirigida al pueblo. ¿Cuán-

(14) El autor tenía concluida su obra en el otoño de 1932 (pág. 6).

(15) Ha sido este escritor quien, en su libro "Die Profeten", editado en Leipzig en 1914, por vez primera intentó—abstracción hecha de Wundt—un ensayo sistemático de las experiencias proféticas a tenor de la psicología moderna (página 20).

les son los momentos constitutivos del acto de la inspiración? Si dirigimos una mirada a la perspectiva de la conciencia profética, veremos que la cuestión viene a condensarse en esta otra: ¿cuál es la última razón y el objeto propio de la inspiración profética?

El autor cree que la lectura y meditación de los textos de Amós, Oseas, Isaías y Jeremías obligan a señalar como "motivo del objeto de la inspiración el *pasos* divino" (pág. 57 ss.).

Renunciemos a seguir al Dr. Heschel en sus análisis e investigaciones, de carácter más filosófico que crítico-exegético.

Baste saber como conclusión de esta reseña—tal vez excesivamente extensa—, que el autor refuta con brillantez y abundancia de datos la teoría del éxtasis y la más moderna de la inspiración poética como fuentes del conocimiento profético; que establece la íntima comunicación con Dios como motivo constitutivo de dicho conocimiento, y que esta comunicación se verifica por la recepción en la mente del profeta del *pasos* divino, que, para los profetas, no es una pasión metafórica, sino real en Dios.

Muchas veces—durante la lectura de este fatigoso opúsculo—se nos ha venido a la mente la tan conocida parábola evangélica. Magnífico edificio el que ha levantado el doctor Heschel, a juzgar por la calidad y cantidad del material empleado y por los esfuerzos ingeniosos llevados a cabo para acoplarlos. Tiene, sin embargo, el defecto capital de "estar edificado sobre la arena de sus extravagantes ideas filosóficas. Se ha propuesto penetrar en "el mundo interior" de los profetas, y, a pesar del titánico esfuerzo realizado, ha fracasado en su intento por haber errado el camino. Dice que ese mundo interior "ist bis jetzt fast eine terra incognita geblieben". Heschel no conoce, sin duda, el excelente tratado de *prophetia* de Santo Tomás; mucho menos, los incomparables escritos de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa. Lo extraño es que no tenga idea de Enrique Susón, Taulero, Eckart y demás representantes de la célebre Escuela mística alemana. Hubiera seguido ese camino y, sin tanta fatiga, habría llegado a alcanzar su objetivo.

* * *

Muy distinto es otro trabajo, con cuya reseña pondremos fin a esta parte de nuestro Boletín. Lleva por título: *La Clef patristique des Paraboles* (16). Su autor es el P. Félix Anizan, Superior de los Misioneros O. M. I. El libro es pequeño, pero bien puede valer por otros muchos de mayor volumen. En él se discute el principio fundamental en la

(16) Editions du "Rayonnement Intellectuel". London (Vienne). 120 pgs. en 8.º

interpretación de las parábolas. Así reza el título, pero el principio se extiende a más, que a las parábolas.

Hemos creído siempre que la exégesis católica actual, a fuerza de querer ser *científica*, viene a caer en ese *cientificismo* positivista, que es la nota característica de la investigación moderna. Mientras que los aviadores tienden siempre a subir a las regiones de la estratosfera, los sabios temen elevarse por encima de la experiencia a las regiones de la Metafísica. Esta subida les da vértigo. Los exégetas no aciertan a desprenderse de los principios históricos y gramaticales, para elevarse a las altas regiones de la Fe, en que los Santos Padres se mueven con tanta holgura y placer. Es un problema que tiene íntima conexión con el tan discutido en otros tiempos y hoy relegado por muchos a la trastera de las cosas inútiles, la multiplicidad de los sentidos en la Sagrada Escritura. Para nuestro autor, las parábolas tienen sentidos múltiples, que se reducen a uno fundamental, como lo tenían para los Santos Padres. Según éstos, por ejemplo, el Sembrador es Jesucristo, pero también lo son los predicadores del Evangelio. El fermento que transforma la masa es Jesucristo, mas lo son asimismo los Apóstoles, la doctrina espiritual, las virtudes cristianas, sobre todo la Fe y la Caridad. La piedra preciosa es Jesucristo, es el Evangelio, es la caridad. El banquete nupcial es todo el orden de la gracia, la Eucaristía, la dicha del Cielo.

Esto, dirá alguno que es caer en el caos. No hay tal. En esta multiplicidad aparente existe una íntima unidad, y el lazo de unión es la analogía, que tan gran papel representa en la ciencia teológica. Veamos el procedimiento. Tomemos la parábola del sembrador. En el Breviario leemos que el sembrador es Jesucristo. Pues bien, reemplacémoslo por un pronombre, diciendo: "El sembrador es todo el que siembra". Este concepto indeterminado se realiza en Jesucristo primariamente, pero también en la Iglesia y en sus ministros que, analógicamente, también siembran. Son aplicaciones diversas de un mismo principio rico en verdades.

Semejante norma exegética es la que siguen los Santos Padres, muy opuesta a la que la exégesis *científica* trata de imponer. Para ésta no hay más que un sentido concreto, incapaz de extenderse más allá de los límites que le señalan las reglas de la gramática. Si el sembrador es Jesús y la semilla la palabra evangélica tal cual cae de sus labios, todo lo que sea pasar más adelante es incurrir en el alegorismo vaporoso,

salirse fuera de los sentidos propios de la Sagrada Escritura. La afirmación de Jesús de que El está con los suyos y habla por ellos, la evidencia de que el Evangelio de los Apóstoles y de la Iglesia no es otro que el de Jesús, no tiene valor alguno para extender la significación de la parábola. El P. Anizan protesta contra esta doctrina y se atiene a la regla que nos dan los Santos Padres, nuestros maestros en la fe y en la ciencia sagrada. Y no podemos menos de aprobar su conducta, que es la de Santo Tomás.

No es esto dar por buenas cualesquiera exposiciones del texto sagrado. Dios, que se dignó hablarnos por los hombres y por su Hijo revestido de forma humana, se sirve del lenguaje humano y se ajusta a las leyes de éste. Pero esto no nos autoriza para echar en olvido que Dios es el autor principal de la Escritura y que el pensamiento de su ministro no alcanza tanto como el divino. "*Quia sensus litteralis est quem auctor intendit; auctor autem Sacrae Scripturae est Deus, qui omnia simul suo intellectu comprehendit*"... (Summa Theol. I, q. 1, a. 10). Con estas palabras dicen las siguientes del mismo Santo Doctor: "*Sciendum tamen est quod, quia propheta est instrumentum deficiens, etiam vere prophetae non omnia cognoscunt quae in eorum visis aut verbis aut etiam factis Spiritus Sanctus intendit*" (II, II, q. 173, a. 4).

Y si esto es verdad de los profetas, ¿quién se atreverá a decir que cualquier lector de los Evangelios, mejor dicho, que ningún lector de los Evangelios pueda abarcar todo el sentido de las palabras de Jesús? Nadie duda que los grandes talentos encierran en sus palabras, al parecer sencillas, sentidos muy hondos, que sus oyentes están lejos de alcanzar. ¿Quién podrá dudar esto del Salvador, el Maestro de todos los siglos? A lo menos no lo dudaba Santo Tomás, que empieza su exposición del Sermón de la montaña con estas significativas palabras: "*Notandum quod hic ponuntur plura de beatitudinibus, sed nunquam aliquis in verbis Domini posset ita subtiliter loqui, quod pertingeret ad propositum Domini*" (Ib. S. Math., 5, 2).

Estos principios tienen para Santo Tomás una virtualidad muy grande, aplicable a toda la Sagrada Escritura, y es un grave pecado de los tratadistas de Introducción General a la Sagrada Escritura echar en olvido semejante doctrina, y los artículos del Aquinatense sobre el progreso en la doctrina de la fe, y en la revelación profética sobre las relaciones entre la ley antigua y la nueva. En la meditación de estos artículos, sacados de la entraña de la misma Sagrada Escritura y de la

exégesis de los Santos Padres, hallarían la grandeza de la virtualidad que tienen las verdades divinas, y adquirirían una idea más amplia del sentido literal de la Sagrada Escritura, mostrándola más fecunda para iluminar las almas.

FR. VICENTE BERECHIBAR, O. P.

Salamanca, 20-X-39.

Actualidad española

LA ALEGRÍA DE LAS COSAS

Con palabra gentil y primorosa dijo el Papa a los marinos españoles que recibió en audiencia especial (6-III-40): "No podemos ocultar el gozo que Nos proporcionáis presentándoos en Nuestra Casa. Vuestra profesión de marinos españoles nos trae a la memoria aquellas providenciales carabelas de España misionera, verdaderas auxiliares de la Nave de San Pedro, las cuales, juntamente con la civilización de Europa, llevaron al Nuevo Mundo las primeras el tesoro incomparable de la fe en Jesucristo y con la Religión católica legaron a aquellos dilatados continentes la sublime y verdadera civilización de las almas, de que es custodio y dispensador el sucesor de Pedro en la Sede Apostólica de Roma.

"Vuestras personas despiertan también en Nos el recuerdo de las gestas heroicas y enormes sacrificios con que recientemente habéis logrado defender, del grave peligro que le amenazaba, el patrimonio sacrosanto de vuestra piedad y creencias católicas. A la luz de estos recuerdos, con decisión hacemos nuestro el pensamiento del poeta cristiano, latino y español, Prudencio: *Hispanos Deus aspicit benignus*, y ahora que, con el favor divino, vuestra Patria despierta pujante a nueva vida, os exhortamos a que sigáis de cerca las enseñanzas de vuestro pasado, cuya mayor grandeza fué fruto del ideal supremo, el mayor de todos los ideales humanos: la Religión de Jesucristo".

La juventud estudiantil, por convencimiento y amor, y por mandato del Ministro de Educación Nacional, que cantó en sentidas frases la valía científica del Angel de las escuelas, celebró su fiesta con ferviente e ilusionado homenaje religioso y cultural, rememorando los días de Olimpiada en que la ciencia tomista comunicó espíritu a las universidades españolas, en las que la fe y la razón iban vida adelante en íntima y fraternal camaradería. Bajo el hábito del hijo preclaro de P. Santo Domingo se abrazaban la ciencia y la santidad, el ímpetu creador de la idea y el acicate agudísimo del bien obrar, y al trabajo personal se unía la tarea armónica de la investigación colectiva. Hechas las salvedades pertinentes, a la ciencia del Doctor Angélico cabe aplicar las palabras de San Agustín: "Est lux Christus, quae fecit hanc lucem. Hanc amemus, hanc intelligere cupiamus, ipsam sitiamus, ut ad ipsam, duce ipsa, aliquando veniamus; et in illa vivamus, ut nunquam omnino moriamur. Ista enim lux est de qua prophetia olim praemissa ita in psalmo cecinit: Quoniam apud te est fons vitae et in lumine tuo videbimus lumen".

Largo y tendido habría que escribir reseñando cuanto se desplaza por los ánditos españoles buscando y repartiendo el pan de la inteligencia a esta generación alimentada con ideas entecas y avellanadas. Mucho y bien se di-

serta del pasado glorioso y hacedor, casi desconocido por la universidad de españoles. Me agrada y lo aplaudo. Mas, he de confesar que acrecerían los aplausos y la complacencia, si con la luz de las ideas, forjadoras del imperio, se aventaran las nieblas que circundan a tantos problemas contemporáneos, cuya acertada solución interesa al resurgir primaveral de la Patria. Dése ciencia, no para que se remanse en el entendimiento, sino para que mueva la voluntad, y tendremos mejor que sabios disputadores, obradores virtuosos.

En la Academia de Jurisprudencia hay un curso dedicado a la vida, obra y muerte de Calvo Sotelo, que se dió con alegría desinteresada al servicio de nuestra raza y nuestro pueblo. En la Delegación Provincial de Educación Nacional, sacerdotes seculares y regulares hablan de iniciación a los estudios religiosos. En Madrid y provincias se dan clases de divulgación sanitaria a las afiliadas a la Sección Femenina de F. E. T. y de las J. O. N. S., capacitándolas para llenar la consigna del Caudillo: Sanear las habitaciones rurales y enseñar a las madres cuidar de los niños conforme a los modernos postulados de la Puericultura. Se metió con los "Problemas de Derecho público planteados por la guerra civil española ante los tribunales extranjeros" el señor Gascón y Marín. Discursaron sobre: "Influencia del cristianismo en el Derecho Romano", el señor Ursicino Alvarez, y don Mariano Puigdollers: "Humanismo y Jurisprudencia.—Luis Vives y sus libros *Aedes legum* y *Legis Ciceronis praelectio*". Los señores Gazapo, Azcárraga, González Gutiérrez, Díaz de Villegas, Carrero Blanco y Fuentes Cervera, jefes de Estado Mayor, Ingenieros y Armada, recorrieron este ciclo de conferencias trazado por la Sociedad Geográfica Española: La Cartografía militar.—La Meteorología y la guerra.—La economía en la guerra.—La Geografía militar.—La Geografía en la guerra naval.—La Geografía y la Historia.

Recibió el Generalísimo las conclusiones del Congreso celebrado en El Escorial por los 50.000 estudiantes incriptos en el S. E. U. Notemos algunas: Centro Politécnico preparatorio para ingresar en las Escuelas de Ingenieros, Ayudantes y Academias militares.—Residencias masculinas y femeninas en todas las Universidades hasta que resurjan los Colegios mayores y menores.—Crear en todas las Universidades la Facultad de Teología Fundamental.—Una escuela de estudios coloniales.

Utilidad y bondad lleva la simplificación de los cuestionarios vigentes en la Enseñanza Media tocante a estas disciplinas: lengua y literatura españolas; lenguas latina, francesa y griega; Geografía, Historia, Filosofía, Matemáticas y Ciencias cosmológicas. En el Doctorado se han metido las disciplinas de Historia Eclesiástica y Derecho Canónico. Sin ambas no es hacedero explicar certeramente la Historia civil, ni despojarla de las esencias materialistas infiltradas por el Renacimiento, Protestantismo, Revolución francesa y rusa.

Atemperándose a la consigna del FUERO DEL TRABAJO: "La honorabilidad y la confianza, basadas en la competencia y el trabajo, constituyen garantías para la concesión de créditos", la Caja de Ahorros y el Monte de Piedad madrileños conceden préstamos "sobre el honor de los estudiantes" a los vecindados en Castilla la Nueva y que cursen carreras superiores

res eclesiástica, civil y militar, si justifican carecer de medios para seguirla o para ejercerla, una vez terminada con notable aprovechamiento. La cuantía de los préstamos corre de las 1.000 a las 15.000 pesetas, con interés anual del 2,50 por 100 y amortización progresiva a partir del quinto año. La cancelación anticipada goza de bonificación de intereses. La Diputación Provincial de Madrid repartió 25.000 pesetas para libros a los estudiantes necesitados.

Propuso el señor Serrano Suñer y aceptó el señor Federzoni, presidente de la Real Academia de Italia, crear un colegio universitario italiano, por el estilo del Colegio que en Bolonia fundó el cardenal Gil de Albornoz, y que podría levantarse cabe Itálica, de cuyas tierras salió Trajano, gran dilatador del romano imperio. "De aquellas tierras saldrían así jóvenes italianos que cada día aprenderán a conocer y amar más y mejor a este gran pueblo de España, que dió su sangre caudal, unida a la de vuestros voluntarios, para salvar el patrimonio común de una civilización, que para italianos y españoles es un condominio sacro, indivisible y eterno". Federzoni ponderó las glorias del colegio español en Bolonia, "isla estupenda de hispanidad".

AIRES DE LIBERTAD

A todo meter levantamos los Pirineos, rectificando la frase soberbiosa de Luis XIV: "Ya no hay Pirineos; se han hundido".

Remanse CIENCIA TOMISTA dos discursos, de los varios pronunciados en el Instituto de Estudios Políticos. "La industria española y la sindicación industrial", tomó por tema don José María Areilza, conserjero nacional y alcalde de Bilbao. La guerra de la Independencia nos costó medio millón de muertos, la pérdida de la marina, la devastación de los campos y la ruina de nuestras fábricas—al morir Carlos III la industria textil catalana ocupaba 80.000 obreros—, ya que "las tropas inglesas, acaudilladas por Wellington, eran las que con más minucioso furor destrozaban en España todas las industrias que encontraban al paso". "La autarquía es en la esfera económica y en orden al consumo nacional, lo que la independencia en el terreno político... En nuestra ideología es la industria principalmente un instrumento de potencia nacional, cuya eficacia y rendimiento interesa sobremanera al Estado, a cuyos fines ha de servir irrevocablemente la economía... Vuele el espíritu sobre la excesiva industrialización, maquinismo y fetichismo de la técnica... El Sindicato vertical, a través del cual se armonizan los intereses del Estado, empresa y obrero, "ve en el trabajo una creación concreta, tangible, repleta de sentido humano, frente al negocio, que es especulación, cubileteo de cifras, del dinero anónimo, sin patria, judío".

Por el estilo de la catarata, el señor Alarcón de la Lastra, ministro de Industria y Comercio, lanzó pruebas de su tesis: "El triunfo nacional y su repercusión en las orientaciones de la industria y del comercio".

"En los primeros días del Alzamiento era misérrima la capacidad industrial de las provincias leales. Exigía retroceder cientos de kilómetros a retaguardia la reparación de averías pequeñas en las bocas de fuego, cuyo

empleo había que dosificar en forma a veces inquietante, porque los medios de fabricación eran tan escasos, que a veces todas las municiones disponibles eran tan sólo las que iban en los camiones de la columna y las cartucheras de los soldados". Hoy... registremos lo que se ha hecho y se está haciendo.

Las industrias del hierro manipulado son íntegramente nacionales. Cubiertos los pedidos del mercado nacional, restan 20.000 toneladas "y recibirían con gozo muchas naciones hermanas los elementos de trabajo que, fabricados por nosotros, les enviásemos". El cobre en mineral "saldrá al exterior lo que deba salir, sin confusionismos de ninguna especie". El resto se elaborará en las fábricas santanderinas, vizcainas, catalanas, sevillanas y ferrolanas, por citar algunas. Igual criterio se aplica a los minerales de plomo, zinc y ferromanganeso; de éste, en la mina de Estopillán, propiedad del Estado, salen 400 toneladas mensuales. Con el oro y el estaño, no tan escasos como se creía, se entienden técnicos, obreros y dinero españoles. Pele a las devastaciones de los rojos en material y personal minero, se arrancaron en 1939 6.957.330 toneladas de carbón, que, aprovechando, como se hace, el menudo en forma de conglomerados, tocará en el año corriente los ocho millones de toneladas que gastamos.

Sevilla y Málaga ponen en el mercado 20.000 bidones anuales de envases, aparte los elaborados por otros centros dedicados a la manufactura de hojalata y producción de envases. Crecerá esta industria, cuando España rehaga la flora olivarera, tan maltratada por los rojos, que Jaén, vaya por índice, que daba antes 70 millones de kilogramos de aceite, este año, con ser la cosecha buena, apenas ha llegado a la cuarta parte.

Hay establecimientos industriales de: cojinetes de bolas, en Barcelona y San Sebastián; máquinas de coser, en Elgóibar y Eibar; de escribir, en Barcelona; herramientas, en Villabona y Barcelona; maquinaria agrícola, en Alava y Sevilla. Dijo el Generalísimo que la construcción de autos y aviones no era problema y lo ratifica el Ministro de Industria, sentando que "es un hecho la construcción íntegra de aeronaves militares y civiles". Barcelona y Zaragoza ofrecen magníficos modelos de autos. Nos dan aparatos de radio Madrid y Barcelona; material eléctrico variado, industrial y científico, las dos fábricas de Bilbao y las de Valladolid, Madrid, Zumárraga y El Ferrol del Caudillo. Por vez primera se produce en España (Bilbao) papel, placas y películas fotográficas. Nuestros astilleros botan al año 80.000 toneladas. En Pasajes y El Ferrol, las factorías pesqueras, por nuevos métodos, secan y salan el bacalao y aprovechan sus derivados.

Los talleres de material ferroviario, sitos en Barcelona, Zaragoza, Vizcaya y Guipúzcoa, tras reparar y producir máquinas y vagones, entregarán en el plazo de dos años 160 trenes automotores, compuestos de motor, remolque y dos coches; llevan 200 plazas para viajeros; los motores Diessel, con aceite pesado, desarrollan 1.200 C. V. y una velocidad de 130 kilómetros por hora, con lo que siete horas se tardará de Madrid a Irún. Cuesta cada tren 1.800.000 pesetas y 400.000 el modelo con un solo coche, ochenta viajeros, 250 C. V. y velocidad de 120 kilómetros. La dirección, la mano de obra, los planos y los materiales salen del terruño.

Obtener a diario tres millones de litros de gasolina—consumimos un millón al día—lo teníamos muchos como piedra filosofal cristalizada en los casos de arbitrista megalómano. Pues bien, donde hay tesis y datos huelgan hipótesis y comentarios: la patente está registrada; en tiempos anteriores, seis meses gastaron la nueva gasolina los camiones de pescado que venían del Norte; en los términos de Coslada y San Fernando de Jarama, y en terrenos expropiados por mandato del Gobierno, se levantan los edificios precisos, más viviendas para 300 obreros, con iglesia y escuelas; las fábricas se terminarán en noventa días, y la Compañía se titula F. I. L. E. K. El inventor es don Alberto Elder von Filek, austriaco de nacimiento y tan español de corazón, que padeció mucho bajo el imperio rojo. Las materias empleadas en el nuevo carburante son: agua destilada o filtrada, 75 por 100; hojas y fermentos de plantas muy comunes en España, 20 por 100, y el 5 por 100 restante es secreto del inventor, que no va descaminado, ya que paternidad vegetal se asigna al petróleo. Tiene el carburante susodicho 11.500 calorías, densidad del 0,650 al 0,750; por sus grasas lubrica al motor; no deja residuos, ni engrasa las bujías; limpia los electrodos, facilita el arranque en frío y acelera las explosiones del motor.

Seleccionando la raza ovina, tan notable en tiempos anteriores, va cubriéndose el cupo de lanas precisas a las necesidades nacionales. Para el algodón, que se cultiva "con posibilidades reales y efectivas" en Andalucía y Marruecos español, prestan sucedáneos las fibras artificiales celulósicas conseguidas en los establecimientos de Barcelona y Aranda de Duero. En Cieza trabajan sin descanso diez fábricas—pronto se duplicarán—que sustituyen en el saquerío el yute con esparto mezclado con cáñamo, ramío y retama; en proporciones del 60 y 80 por 100 con el primero, pesa igual que el yute y le supera diez veces resistiendo choques. El eucalipto, la paja de cereales y la caña común se trata en las fábricas sitas en Santander, Castilla la Vieja, Huelva, Lante y Barcelona para dar rayón y seda artificial en cantidades que permiten satisfacer el consumo nacional y exportar.

Caerá casi verticalmente la importación de pastas químicas (celulosa-papel), aprovechando, como se aprovechan ya, los pinos insigne y marítimo, eucalipto, las maderas de baja calidad de la Guinea española, bambú, helechos, palmito, esparto, bagazo de la caña de azúcar, plátano y paja de cereales y arroz, en Castilla, Vascongadas, Galicia, Cataluña, Levante, Andalucía y Canarias, que proporcionan 30.000 toneladas anuales y 55.000 la Guinea. Se montan talleres destinados al caucho sintético o artificial y a regenerar los desechos del natural, de cuya regeneración se sacan ochocientas toneladas anuales. Nueva Montaña (Santander) aprovecha íntegra la producción resinera española y echa al mercado aguarrás, pez, colofonia, aceites, negro de humo, celuloide y alcanfor suficiente para las industrias militares y civil.

La hidrogenación del aceite de orujo, uva y algodón, más la de los aceites bajos, viene en ayuda de las grasas industriales, de las que Sevilla fabrica 2.500 toneladas. Lo propio se aplica a las semillas del lino, ricino y cáñamo, que tan alto historial gozaron en nuestra industria pasada. Dos mil to-

neladas anuales es el rendimiento de Santa Cruz de Tenerife tratando el coco, cacahuet y ricino.

En Castilla y Levante viven empresas cuyo fin es cubrir el cupo de productos nitrogenados para la agricultura e industria de guerra. Se han autorizado varias industrias dedicadas a perfumería y varios productos químicos. Santander, Madrid y Bilbao lanzan al mercado nacional productos farmacéuticos valorados en 5,5 millones de pesetas oro. La teoría del doctor M. Llopis sobre la hemofilia y enfermedades del mismo entronque y los específicos inventados por él, echaron por tierra procedimientos patológicos y de la farmacopea moderna. En las Facultades de Medicina, Clínicas y Hospitales de Alemania, Italia, Suiza, Finlandia, Noruega, Checoslovaquia, Austria... se usan los productos "Llopis", que en nuestra Cruzada salvaron miles de vidas y los adoptaron los ejércitos italiano y francés.

Tal andadura lleva la ley de "Ordenación y defensa de la industria" (24-XI-39), que estatuye: la industria es autárquica y netamente española; directores, presidentes, técnicos, administradores, apoderados, todos españoles; si faltaren técnicos españoles, podrán serlo tres años los extranjeros, pero sin funciones directivas; tres cuartas partes del capital activo será español y el resto pueden cubrirlo los extranjeros en divisas cotizables en España o en maquinaria que no se produzca aquí. Si las industrias se ordenan a la defensa nacional, todo el capital debe ser español.

LA SEGUR A LAS RAICES

El recaudo que la ley humana ha de tener sobre los a ella sometidos, debe imitar al de la divina Providencia: alumbrar los entendimientos, mover y guiar las voluntades, premiar a los buenos y castigar a los malos. Hablando en la Academia de Jurisprudencia, dijo el Ministro de Educación Nacional que España "recobra para sí, derogado el viejo formulismo de un Derecho sin alma, el imperio definitivo de la Justicia ideal, absoluta, pero justicia humana, con efectiva emoción en las prácticas y en las virtudes políticas del Estado: justicia distributiva para la atribución de trabajos y servicios; justicia conmutativa para la más justa ordenación del contrato civil y de la relación comercial entre los hombres. En suma, justicia que sea arte de lo bueno y de lo justo".

No se plegaba a este criterio Chamberlain, al decir por Enero: "Después de todo, las cuestiones jurídicas no son las que influyen en la vida de las naciones y en los corazones de los hombres". Si tal pensaba, ¿por qué impulso al Uruguay la salida del belicísimo acorazado alemán "Graf Spee", a las setenta y dos horas de llegar con averías, mientras había permitido que desde el 26 de Agosto al 30 de Diciembre se reparase en Gibraltar el destructor rojo "José Luis Díez", allí emboscado con disfraz de destructor inglés? ¡Cosas de la democracia y del libre examen!

Renovada la Comisión General de Codificación, revisará "con la mayor rapidez, compatible con la máxima garantía de acierto", todos los códigos, leyes y procedimientos judiciales vigentes en España. A esa legislación ins-

piran y animan ideologías y concepciones jurídicas antitéticas de los postulados católicos y nacionales. Saliéndose un tanto por la tangente, se apartan argumentillos que justifican la revisión fundamental de nuestros Códigos, por ley ordinaria receptáculos de leyes que dictaba la pasión política, no la razón recta, ni siquiera la voluntad bien ordenada y movida, y que directamente cuidaban el interés del partido y de soslayo el bien común. En el patio de Monipodio parlamentario el sufragio inorgánico y la vanagloria ambiciosa engendraban los poderes legislativo y ejecutivo. Con una escoba de alambre, movida con la velocidad de los ángeles, hay que barrer los aposentos de Themis en España.

Estampados a fuego perdurarán en la memoria los horrores de la subversión roja española, contra los que no se concebía en lo humano fuerzas bastantes para triunfar en aquellos días infaustos, parejos a los evocados por el poeta: "Días de espanto en que rezan a solas los ateos".

Tal vez la empachosa juridicidad liberalera habría absuelto a las víctimas de la salvajina marxista, si *de modo concluyente* hubiesen demostrado que, aguijados por *miedo insuperable*, se defendieron contra sus verdugos. Andando de ventisca, zozobras, terrores, agruras, odios, alevosías, dinamita y gasolina, armas de fuego y blancas, ¿qué mano se decide a trazar, aun con cartabón, la línea que al miedo insuperable separa del otro miedo?... ¿Qué alquimista psicológico dará la proporción neta de ambos miedos, constreñido por tan variadas, tan frecuentes y tan devanecedoras impresiones, nefandas iniquidades e intenciones aviesas?... ¡Que Dios, elemento y justiciero, al varón constante libre de tamaños y teratológicos conflictos y sobresaltos!

Por mandato de la cacareada legalidad democrática se erguía y reverenciaba a Azaña, quien, oyendo el crepitar de incendios y armas, decía en Julio del 36, con voz y gesto de batracio en acecho afortunado: "España ha dado un gran paso en la Historia", o al espeluznado Cuerpo diplomático: "¿De qué se asustan, señores, si aquí no pasa nada?" Y al afirmar esto, las turbas, reviviendo en un solo cuadro "Los fusilamientos de la Moncloa" y "El entierro de la sardina", relumbres del genio goyesco, iban en aire de romería a los "mataderos", brindaban con churros y aguardiente a los asesinados por la noche, se mofaban de sus gestos agónicos, por irrisión los ponían clavos en la boca y cruces sobre el vientre, bailaban, cantaban y empujaban el codo. ¿No hemos visto ensalzados a los quintiesenciados bárbaros que en la carretera de Alcalá, cabe la plaza de toros, tendían filas de presos y lanzaban sobre esa alfombra humana una apisonadora; o a los que en la checa de San Bernardo metían a los presos en una habitación, cerraban puertas y ventanas, encendían un recipiente con gasolina y carcajeaban con los gritos de los mártires, asfixiados por el humo, derretidos por el calor y socarrados por los surtidores ígneos de la gasolina?...

En buena ley de razón y justicia no vale la exigente del Gobierno: le habían rebasado las turbas incontroladas. El mismo las encandilaba y armó en los parques militares. Ministro hubo que expectoró: "El asesino, el ladrón y el incendiario son, hoy por hoy, los más firmes apoyos de la revolución, porque sus delitos los forzarán a morir en el frente para salvarse del patí-

bulo". No, no vale esa excusa leguleya, porque siendo Director general de Prisiones Melchor Rodríguez, anarquista veterano, defendió y salvó a los presos, a gritos y a puñetazos, como en Alcalá el 8 de Diciembre del 36, y eso que al recibir unos días antes el nombramiento, le recaló García Oliver, ministro faísta: "Que no quede un preso vivo. Tienes cinco días de plazo".

¡Ah! Ministro de Justicia era por aquellas macabras valendas el vasco-separatista Irujo, que siguió en la poltrona al organizarse el S. I. M. = Servicio de información militar, "La santa inquisición marxista", como la voceaban, terror de los mismos rojos e inventor de nuevas formas de delitos, y que al torturar se valía de la Fisiología, Psicología, Física, Medicina y Boxeo.

Suma trascendencia asignó, para constituir el patrimonio familiar, a la ley reguladora de la colonización y laboreo de los terrenos de regadío, secano y marismenios. El Instituto Nacional de Colonización es el órgano que llenará esta función. Ya marcha esa ley en las marismas del Dueso (Santona), en Talavera de la Reina, donde el cardenal Gomá, patrono de la fundación "Santander", dió el cultivo a cuarenta familias, que pagarán del 20 al 30 por 100 de los frutos recolectados, y en Santisteban del Puerto (Jaén) el duque de Medinaceli sorteó entre los obreros 9.100 olivos en parcelas, sitas en su finca de Villajeros.

Ya "Ley sindical" fija las bases de la organización nacional-sindicalista, en la que revive pujante "la tradición católica de justicia social y el alto sentido humano", que dieron vida a nuestra legislación del Imperio, incompatible en absoluto con el capitalismo judeo-liberal y el materialismo marxista, ahnácigas fecundísimas de la lucha de clases y de la enemistad del capital y el trabajo.

Por iniciativa del Sr. Serrano Suñer vive la obra nacional de "Educación y descanso", en la que tres millones de obreros sindicados elevan el nivel de su vida, se educan religiosa, cultural, política y físicamente. Ocho mil camas en las playas marítimas proporcionará este año a los obreros, sus mujeres e hijos, quince días de vacaciones por 130 pesetas, y las empresas reparten para estas vacaciones premios a sus obreros mejores. Por turno vuelan los obreros en aviones oficiales, y para que vayan más cómodamente al trabajo, se han contratado cinco mil bicicletas sólo en Madrid. Los organismos sindicales han colocado desde Abril a Septiembre pasados 503.736 obreros y 93.892 obreras. En el campo de Comillas (Madrid) se han repartido 700 casas con dos dormitorios y cocina a los que vivían en trincheras y refugios; se construyeron por mandato del Caudillo en setenta días, y tiene la barriada, iglesia, escuelas y guardería infantil. Por el Ayuntamiento de El Ferrol del Caudillo se edifican cuatro mil viviendas destinadas a los ocho mil obreros de la factoría naval. Un modelo consta de vestíbulo, retrete-ducha, cocina-comedor, despensa y tres dormitorios de a dos camas cada uno; renta mensual, 31 pesetas; otro, de dos dormitorios como los anteriores, cocina, comedor, retrete, ducha, despensa, y paga de alquiler 28 pesetas mensuales, y 20 los que sirven para matrimonio sin hijos u obreros solteros; 110 los que tienen cocina, comedor, sala, cuarto de baño, retrete, despensa y cinco dormitorios con dos camas. La barriada goza de escuelas, mercado e

iglesia capaz de recibir tres mil fieles a la vez. Los pueblos adoptados por el Caudillo para su reedificación seguirán la pauta trazada para Belchite: el caserío agrupado en manzanas divididas por anchas calles aireadas y soleadas; plazas públicas, una de ellas la religiosa, con iglesia, rectoral y oficinas de Acción Católica.

Se han devuelto a sus dueños las fincas incautadas, more marxistarum, por el Instituto de Reforma Agraria. Los actuales cultivadores continuarán hasta que recolecten la cosecha en curso; si al dueño le conviene, seguirá el régimen actual de parcelas, con la renta convenida; explotándose en régimen de comunidad sin parcelamientos, continuará de igual modo o se transformará en arrendamiento individual, si ello es posible; cuando las fincas, por estar en zonas regables, por su extensión o dominio, se declararán de alto interés nacional y entran en el régimen de cultivo forzoso.

El porqué de la malsinada Reforma agraria marxista, lo declara Azaña por estas palabras: "Examinando (en el Consejo de Ministros) las complicaciones presentes y latentes en el movimiento rebelde (10 Agosto), hemos llegado a hablar del calor y auxilios que le ha prestado la nobleza. El Presidente (Alcalá Zamora) ha dicho: "Hay que hacerles pagar la cuenta" y ha indicado que convenía hacer una ley expropiando las tierras de los nobles. El Gobierno ha encontrado muy en su punto la indicación y el ministro de Agricultura se queda encargado de articular un anteproyecto, que se estudiará en otro Consejo" (*Memorias*, 13-VIII-32).

Ley de defensa de España Nacional merece apellidarse la promulgada contra la Masonería y sus acólitos. Consigna el Preámbulo muy al pormenor los daños gravísimos inferidos a la grandeza y bienestar de nuestra Patria desde el siglo XVIII y que agudizaron "al levantarse en armas el pueblo español contra aquella tiranía... Proporcionan armas, simpatías y medios económicos a los opresores de la Patria; difunden, so capa de falso humanitarismo, las más atroces calumnias contra la verdadera España; callan y escuchan los crímenes perpetrados por los rojos, cuando no son cómplices en su ejecución y, valiéndose de toda suerte de ardid y propagandas, demoraron nuestra victoria final y prolongaron el cautiverio de nuestros compatriotas".

Artículo 1.º Constituye figura de delito, castigado conforme a las disposiciones de la presente ley, el pertenecer a la Masonería, el comunismo y demás sociedades clandestinas a que se refieren los artículos siguientes. El Gobierno podrá añadir a dichas organizaciones las ramas o núcleos auxiliares que juzgue necesarios y aplicarles entonces las mismas disposiciones de esta ley debidamente adoptadas.

Art. 2.º Disueltas las indicadas organizaciones, que quedan prohibidas y fuera de la ley, sus bienes se declaran confiscados y se entiende puestos a disposición de la jurisdicción de Responsabilidades políticas.

Art. 3.º Toda propaganda que exalte los principios o los pretendidos beneficios de la Masonería o del comunismo o siembre ideas disolventes contra la Religión, la Patria y sus instituciones fundamentales y contra la armonía social,

será castigada con la supresión de los periódicos o entidades que la patrocinasen e incautación de sus bienes y con penas de reclusión mayor para el principal o principales culpables y de reclusión menor para los cooperadores.

Art. 4.º Son masones todos los que han ingresado en la Masonería y no han sido expulsados o no se han dado de baja en la misma o no han roto explícitamente toda relación con ella, y no dejan de serlo aquellos a quienes la secta ha concedido su autorización, anuencia o conformidad, bajo cualquier forma o expediente, para aparentar alejamiento de la misma. A los efectos de esta ley se considerarán comunistas los inductores, dirigentes y activos colaboradores de la tarea o propaganda soviética, trotskistas, anarquistas o similares.

Art. 5.º A partir de la publicación de esta ley los delitos de Masonería y comunismo, definidos en el artículo cuarto, serán castigados con la pena de reclusión menor; si concurriera algunas de las circunstancias agravantes expresadas en el artículo sexto, la pena será de reclusión mayor.

Art. 6.º Son circunstancias agravantes dentro de la calificación masónica el haber obtenido algunos de los grados del 18 al 33, ambos inclusive, o el haber tomado parte en las asambleas de la Asociación masónica internacional y similares o en las Asambleas nacionales del gran oriente español, de la gran logia española o de otra cualquiera organizaciones masónicas residentes en España o el haber desempeñado otro cargo o comisión que acredite una especial confianza de la secta hacia la persona que la recibió. Son circunstancias agravantes dentro del comunismo el figurar en los cuadros de agitación, en las jefaturas y en los núcleos de enlace con las organizaciones extranjeras y el haber participado activamente en los congresos comunistas nacionales o extranjeros.

Art. 7.º Quienes en tiempo anterior a la publicación de esta ley hayan pertenecido a la Masonería o al comunismo, en los términos definidos por el artículo cuarto, vienen obligados a formular ante el Gobierno una declaración-retractación en el plazo de dos meses y conforme al modelo que las disposiciones reglamentarias establezcan, en la cual se haga constar aquel hecho, así como las circunstancias que estimen pertinentes y, señaladamente si concurriese alguna de ellas, las determinadas en los artículos sexto y décimo.

Art. 8.º Sin perjuicio de la persecución de otros delitos que hubieran cometido las personas comprendidas en el artículo anterior, aquellas en que no se reconozca alguna excusa absolutoria quedarán separadas definitivamente de cualquier cargo del Estado, Corporaciones públicas u oficiales, entidades subvencionadas y Empresas concesionarias, gerencias y Consejo de Administración de Empresas privadas, así como cargos de confianza, mando o dirección en las mismas, decretándose, además, su inhabilitación perpetua para los referidos empleos y su confinamiento o expulsión. Asimismo serán sometidos a procedimiento para imposición de sanción económica, conforme a la ley de 9 de febrero de 1939.

Se considerará circunstancia atenuante el suministrar información o datos interesantes sobre actividades de la secta, sobre los que iniciaron o fueron jefes o compañeros, en ella, del declarante y en general sobre otros extremos que puedan servir con eficacia al propósito de la presente ley.

Art. 9.º Si no presentasen la declaración-retractación a que se refiere el artículo séptimo, dentro del plazo indicado, o facilitasen datos falsos u oculta-

sen aquellos otros que, conocidos por el interesado, tuviese éste obligación de declarar, quedarán sujetos a las sanciones previstas en el artículo quinto, sin que puedan beneficiarse de las excusas absolutorias a que se refiere el artículo siguiente.

Art. 10. Sin perjuicio de la obligación de presentar la declaración de retractación prevenida en el artículo séptimo, podrán considerarse excusas absolutorias que eximan de las medidas y sanciones del artículo octavo las siguientes:

a) Haber servido como voluntario desde los primeros momentos en que hubiera sido posible en los frentes de guerra, durante más de un año, ya en los Ejércitos nacionales, ya en las Milicias, y con cualquier grado, observando además conducta ejemplar en todos los órdenes, a juicio de sus jefes, y, en su caso, de sus compañeros de arma. En el caso de que se trate de personal en quien haya concurrido estas circunstancias con carácter distinto del de voluntario, como profesionales o movilizados, se podrá apreciar la excusa absolutoria si además se hubieran distinguido especialmente en el frente, a juicio también de los jefes y de los compañeros de armas, en su caso.

b) Haberse sumado a la preparación y realización del Movimiento Nacional, con riesgo grave, y perfectamente comprobado.

c) Haber prestado servicios a la Patria que, por salirse de lo normal, merezcan dicho título de excusa.

Art. 11. Para decretar las medidas a que se refiere el artículo octavo, así como apreciar la concurrencia de excusas absolutorias del décimo cuando se trate de militares profesionales de categoría igual o superior a la de oficial de los Ejércitos de Tierra, Mar o Aire, serán competentes los Tribunales de honor, constituidos y funcionando conforme a las normas de sus respectivos Institutos. Las actas de dichos Tribunales serán elevadas al Consejo Superior del Ejército para su aprobación, a los efectos, no sólo de mantener la pureza del procedimiento, sino también la necesaria unidad de criterio en cuanto al fondo, pudiendo, por este motivo, someter los fallos a revisión de un Tribunal mixto constituido por representaciones de los Ejércitos de Tierra, Mar o Aire. A los fines de este artículo, el Consejo Superior del Ejército funcionará ampliado con un representante del Mar y otro del Aire.

Art. 12. Cuando se trate de otras personas no comprendidas en el artículo anterior, el decretar las medidas indicadas y asociar la concurrencia de excusas absolutorias corresponderá a un tribunal especial presidido por quien libremente designe el jefe del Estado y constituido, además, por un general del Ejército, un jerarca de F. E. T. y de las J. O. N. S. y dos letrados nombrados todos del mismo modo. No obstante, la apreciación de la concurrencia de las circunstancias prevenidas en los apartados b) y c) del artículo 10, corresponderá al Consejo de ministros, a propuesta del tribunal.

El tribunal podrá comisionar la instrucción de expedientes y sumarios a los jueces de la jurisdicción ordinaria y a los del Ejército, Marina y Aire, que se le adscriba a dicho efecto. Y previa celebración de juicio con audiencia de un fiscal y del interesado, dictará sentencia. Contra ella podrá interponerse recurso en término de diez días, ante el Consejo de ministros, por quebrantamiento de forma, error de hecho o injusticia notoria.

Art. 13. La persecución de los delitos comprendidos en los artículos tercero,

cuarto y noveno de la presente ley se atemperará en todo caso a las normas de competencia y procedimientos señalados en el artículo 12.

Art. 14. Quedan derogadas cuantas disposiciones se opongan a los artículos que anteceden.

Así lo dispongo por la presente ley, dada en Madrid a primero de marzo de 1940.—*Francisco Franco.*"

Certeros resultan los preceptos legales anteriores y abundan bien en la pústula infecciosa. Todo es menester, porque el masón es reservón, arraposo, rastrero, mimético, y, como la zorra, antes que las mañas deja la piel. Ya las calles y plazas madrileñas se limpian de rótulos y estatuas dedicadas a los masones, como Mendizábal, el del *inmenso latrocinio*, que fué la desamortización. Antaño, el "mayor ladrón de España, para no morir ahorcado, se vistió de colorado" y dejó el mando. Ogaño, los uñilargos se volgaban el mandil, retumbaban sus nombres en calles, desafiaban sus estatuas a las personas decentes y seguían gobernando.

ORDENA EL MAHDI

El bien dirigido Franco, al terminar la visita minuciosa a las minas de Puertollano, en las que se destila gasolina sintética, enderezó a los vecinos del pueblo industrial esta arenga:

"Sólo dos palabras para agradeceros estas muestras de entusiasmo, que revelan vuestro nervio y vuestro fervor.

Habéis permanecido la mayoría de los manchegos tres años bajo el dominio rojo; habéis visto la dominación de la barbarie; habéis contemplado el término y proceso de las crueldades más horrendas, la barbarie mayor de la Humanidad. Habéis padecido todos los programas y todas las doctrinas, todo aquello con que envenenaban estos campos dilatados y estas viñas y estas tierras.

Todo desapareció; nos costó sangre, nos costó oro y ruinas, nos costó lo más caro de nuestra España; pero estamos aquí, y estamos para que no vuelva a suceder aquello; para unir a los españoles en un espíritu de solidaridad nacional; para dar nuevos bríos al Estado. Y estamos aquí no para soslayar los problemas, sino para enfrentarnos con la realidad, para enfrentarnos con la injusticia, para hacer una España grande, una España unida, una España fuerte. (Una enorme ovación acoge las últimas palabras del Caudillo.)

Mas, para lograrlo, no basta con lo anterior; tenemos que hacer una España nueva; tenemos que enfrentarnos con nuestras tierras; tenemos que desterrar el liberalismo; tenemos que unirnos los "Camisas azules" y los "Boinas rojas" y tenemos que arrollar a nuestro paso cuanto sea cobardía, cuanto sea ruina, cuanto sea innoBLE, cuanto pueda entorpecer en estas tierras, hechas para el arado y para la semilla, para la grandeza, no para la mezquindad; no para odiar al hermano, ni para lo pequeño.

Y por eso exijo de vosotros disciplina y fe, lo mismo que ayer les pedía a los soldados: fe en la victoria. Y os pido a vosotros fe para la batalla de la paz, para la batalla de la producción, para la batalla contra el paro, para dar la bata-

lia para que la justicia resplandezca en esta España una, grande y libre. ¡Arriba España!"

Cerraré estas cuartillas con las puntadas que Calderón, en "El alcalde de Zalamea", hizo dar a Pedro Crespo:

Que cuando en los pueblos miro
Muchos que a reñir enseñan,
Mil veces entre mí digo:
Aquesta escuela no es
Lo que ha de ser, pues colijo
Que no ha de enseñarse a un hombre
Con destreza, gala y brío

A reñir, sino a por qué
Ha de reñir; pues yo afirmo,
Que si hubiese un hombre solo
Que enseñara, prevenido,
No el cómo, sino el por qué se riñe,
Todos le dieran sus hijos.

FR. ANTONIO CARRION, O. P.

Madrid. Oratorio del Olivar. Marzo del Año de la Victoria.

Actualidad extranjera

España en el Oriente

NOTAS DE VIAJE

En el "Victorio" viajan algunos filipinos. Vienen de los Estados Unidos. Desde la dominación americana de aquel país, ha sido norma y empeño de los dominadores llevar a los naturales a su propio "ambiente" por este elemento, el más "filtrable" en la p-íquis por lo que tiene de atractivo y por lo que tiene de incon-viente. Ya en aquel país se le ofrece al neófito cuanto puede interesarle, según sus aficciones; y cuanto puede interesar a su dominio en sus designios ulteriores. El resultado práctico es en su favor; y estos muchachos filipinos saben agradecer y corresponder a sus delicadezas y atenciones con la adhesión a sus idearios democráticos, aunque nunca a sus pretensiones dominadoras. Nosotros trajimos a España en nuestros tiempos a muchos jóvenes a iniciarlos en las logias y en el odio a España.

El tema de la conversación recae sobre nuestro momento actual: sobre Franco victorioso. Hay en el concepto del interlocutor como una admiración profunda al héroe y como una resistencia al triunfo. Quiéralo o no, el filipino está vaciado en nuestra ideología latina e hispana juntamente. Además de su buen espíritu religioso, que le ha moldeado en independencias generosas, porque ha creado en él "personalidad", hecho que no registran ninguna conquista antigua ni moderna, si no es la nuestra, siente, como consecuencia de toda su educación hispana, el sentimiento caballeresco, el ardor de las contiendas, la exaltación del esfuerzo. En este sentido el Caudillo interesa notablemente, como una resurrección moderna de aquellas otras de leyenda y romance de que andan llenas nuestra literatura y nuestra historia, y aunque un poco invisible, Franco, por la distancia y por habérsele visto a través de la prensa y juicios de los pensadores de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, todavía se destaca lo bastante para crear en torno suyo simpatía y admiración.

El obstáculo al reconocimiento puro de su valía y de la variante que ha puesto en el curso de la historia de España, es el mismo que ya conocemos: el "totalitarismo" de su gobierno, que lo traducen en tiranía para la razón y para el cuerpo, y las ganancias de la guerra, que serán la defensa de las clases y de la holgura de los ricos, en menoscabo y ruina total del trabajador. Y véase cómo la propaganda roja ha conseguido el valimiento de la mentira en el mundo, favorecida naturalmente por los enemigos de España.

A las objeciones sucede una pequeña discusión sobre el sistema "totalitario", imperante en el viejo y en el nuevo mundo, sin excluir los Estados Unidos, que gobiernan hace años fuera del espíritu de su Constitución, y de

Francia, el portavoz y gonfaloniero de la democracia, cuyo presidente de ministros pide cada semana "plenos poderes" para gobernar, que es gobernar aristocrática, despótica y dictatorialmente.

El Caudillo, y esto se ha de divulgar por el mundo, no ha hecho la guerra para ninguna clase social, ni menos para los ricos, sino para todos los españoles. Y los españoles hicieron la guerra, todos, para redimirse de su penuria y de las altas y universales injusticias que venían padeciendo. "Pan y justicia. Que no haya un solo hogar en España sin luz y sin pan". Un resumen de las obras sociales redentoras llevadas a cabo por el Caudillo, que impresiona: Ley de trigos, subsidio familiar, atendida en los colegios a la orfandad, elevación de sueldos, etc.

El tema pierde vigor y entusiasmo por la variación que ofrece el Oriente ante los avances japoneses. Los pueblos pequeños ya no miran a Europa, ni a los Estados Unidos. Su derecho a la existencia se ve amenazado por dos fuerzas igualmente poderosas: la de las armas, que marchan triunfantes y arrolladoras; la de la "absorción y desplazamiento", que en el pueblo japonés es tan poderosa como la primera. El pueblo filipino, forjado en los yunques de España, ¿podría ser una fuerza oriental, al modo como lo fué Grecia en el Mediterráneo? Sus hombres, y no le faltan, habrán de decidirlo, adelantándose a los acontecimientos. Tal vez España fuese hoy su defensa, unida, contra el comunismo, al Japón.

LOS JUDIOS EN TURQUÍA

En estos grandes barcos viajan gentes de diversos países y aportan noticias muy interesantes de todos ellos, referentes a temas determinados y concretos, cada uno según su ideología y punto de mira. De todos modos hay temas objetivos, sobre los que hablan con la sinceridad del que nada le importa, y que a otro puede importar mucho. Tal acontece con un señor que llega de Constantinopla, donde ha vivido muchos años, y puede enjuiciar sucesos y vidas, objetivamente—según hemos dicho—. Nosotros, que le hemos oído hablar de la actividad de los judíos en Turquía, aventuramos una pregunta. El viajero la satisface y nosotros la trasladamos al papel, haciendo tan sólo un comentario al final.

"Los judíos en Turquía tienen a gala ser súbditos españoles, se inscriben como tales súbditos en los Consulados de dicha nación y hablan un castellano sui géneris, bastante difícil de entender. Esta lengua es la familiar, que en el transcurso del tiempo y a través de tantas emigraciones se ha alterado notablemente, con la pérdida de muchos acentos y la incorporación a la misma de palabras de otros idiomas mejor o peor aprendidos. Estos judíos son, en su mayoría sefarditas y añoran y se duelen aún de la España perdida. No tienen un solo recuerdo para Palestina, su patria, y hablan con calor y entusiasmo de Murcia, Valencia, Málaga, Zaragoza, Toledo, sin haberlos visto nunca.

Las actividades judías en Turquía son las mismas de todas partes: comercian. Comercian con todo para su medro y aumento de su riqueza. Ese es su primer pensamiento. Cuando la guerra española fueron muchos los

que traficaron en armas y provisiones destinadas a los rojos. En connivencia con los judíos de Rusia, pasaron barcos fletados por los Dardanelos, camino de Barcelona, Valencia y Bilbao. Buceando en el fondo de muchos negocios, no sería difícil dar con la mano de algún judío sefardita de Turquía que contrabandeó a más y mejor en favor de los rojos.

Hoy continúan inscriptos como súbditos españoles de la España de Franco. El triunfo de nuestras armas no ha influido nada en su conducta, y los ayudadores activos y eficaces del gobierno rojo de Madrid disfrutan las libertades, el acogimiento, la protección del gobierno del Caudillo."

El comentario.—En la España victoriosa se ha abierto una información rigurosa a todos los que permanecieron en la zona roja, colaborando o no con el gobierno de Valencia, para depurarlos. ¿No sería conveniente abrir información semejante a los judíos de Turquía inscriptos en nuestros Consulados, para saber quiénes son los enemigos y los amigos de España y del Caudillo? Porque la pesquisa inquisitorial se impone como medio de seguridad para la Patria. Y es asunto que se puede llevar a cabo con relativa facilidad, pues están en sus puestos muchos funcionarios que pudieran averiguarlo.

Y no vayan a creer los hijos de Israel que atentamos en estas líneas contra su nacionalidad española o que pretendemos levantar contra ellos una nueva oleada de odio y de exterminio como en los tiempos pasados se hizo contra sus rapiñas y conjuras antihispanas. Queremos que se examinen y vigilen sus actividades para defender a España de los malos amigos de la misma. El enemigo conocido es menos temible que el amigo falso encubierto, y las contemplaciones y falsas ternuras han de acabar para siempre en un pueblo de soldados y caballeros.

CONFIDENCIAS JUDIAS

Atravesamos el Mar Rojo, que hoy, 18 de Julio, está más azul que una turquesa. Recordamos los hechos bíblicos que en él tuvieron lugar, y hubiéramos querido saber el sitio donde la mole de agua fué rota por la vara de Moisés, amontonándose a ambos lados del camino abierto para el paso de su pueblo, perseguido por los ejércitos del Faraón que allí quedaron sepultados bajo las montañas de agua que vinieron a dar sobre ellos. Pero entonces ni existían Campúas que pudieran comprender los acontecimientos, dándonos, en sus negativas, estado de inmortalidad, ni cronistas de los Ejércitos, como Spectator, Tebib-Arrumi o Sevillano, que escribieran puntualmente el sucedido, adornándolo con las galas de su ingenio: pequeño detalle que suelen olvidar los críticos racionalistas, cuando de juzgar los hechos de la Sagrada Escritura se trata.

Muy cerca de nosotros observa con singular atención el desierto uno de los viajeros. Buscando un punto en el horizonte que reconoce, se acerca a nosotros para preguntarnos en francés: "¿Dónde está el monte Sinaí?"

En los días de mi juventud hablé el francés tal cual; pero desde que co-

menzó nuestro Glorioso Movimiento Nacional lo hablo con una dificultad que me espanta. Alcé el brazo y señalé muy lejos una mole redonda, envuelta en una neblina espesa del color mismo del desierto. El viajero contrajo el rostro, se recogió un momento y su piró quedó, ni sé si una oración, un recuerdo o una esperanza. Agradecido, sin duda, a mi indicación, se mostró efusivo, comenzando por decirme que era un judío expulsado por decretos de Hitler de Alemania. Hablamos entonces de la persecución y de sus causas; y, espontáneamente, sin preparación y menos atisbo de lo que pudiera significar para mí, cuya nacionalidad y religión desconocía, pronunció esta frase:

"Se trata de dos civilizaciones..."

Acometividad y conciencia de su actuación judía. Este judío, que peina canas, que ha perdido, según propia confesión, todos sus medios de vivir; que sale desterrado de Alemania, donde ha nacido, que va a Shanghai a rehacer y comenzar su vida, lejos de dolerse de su suerte, de maldecir sus horas, de lanzar quejas o insultos sobre las leyes y los hombres que lo lanzan al destierro, habla serenamente de dos civilizaciones que se disputan el imperio del mundo y, con ciertas reservas mentales, del triunfo del materialismo sobre el cristianismo. Esta indiferencia a su propia desgracia, que no debe serlo, la participan todos los judíos del "Victorio", que rien, cantan, bailan, beben y dan unos admirables conciertos con obras de Lehar, Thomas, Rossini, Wagner, etc. No he visto hombres más despiertos, hábiles y maestros como ellos lo son. Tampoco los he visto más despreocupados, en cuanto a moral se refiere.

Sabiendo ya mi nacionalidad y profesión, se recata un tanto en el hablar. Sale a la superficie, por fuerza de su misma vitalidad, la guerra española. Conoce sus detalles, sus hombres y sus antecedentes. Me habla en concreto de Ortega y Gasset (don José). ¿Le conoce personalmente? Tal vez sepa de sus libros, muy leídos y divulgados en Alemania y tenidos por los mejores en punto a filosofía moderna española. Conoce igualmente otros escritores españoles de izquierda. No es posible internarse más en su alma, que se cierra a la confidencia y a la discusión. Será posible que en la organización judía cada valor ocupe un lugar determinado y obscuro para sí mismo, y en él actúe eficazmente sin conocer más que de un modo vago la actuación de los otros. Lo que sí llega a todos los sectores judíos es el punto concreto de ataque, la cantidad que cada uno puede poner en su realización y la finalidad perseguida por todos: "Se trata de dos civilizaciones..."

Este proceder de acción individual en obra de conjunto es el método de la masonería, método personalmente judío, del judío de la dispersión. El alto tribunal de los Sabios de Sión es el que guarda las llaves del real secreto. La masa ejecutora acepta el imperativo del Consejo y lo ejecuta ciegamente, sin exigir las razones del mismo. Es tan absoluta su confianza en el odio común al cristianismo que, pudiendo quebrarse todo y aún perderse la organización, el odio no aflojará un punto por eso, ni se detendrá en su camino.

No dejo de admirar la temeridad y el arrojo de estos hombres que, caballeros de una buena causa, la sacarían brillantemente a buen puerto. De

todos modos, y expulsados de Alemania, viajan cómodamente y gastan más que ningún otro viajero, beben champaña en las comidas, toman cockteles diferentes veces al día, caros y en cantidades excesivas, cambian de ropa tardes y mañanas y no les falta ninguno de esos objetos de viaje que sirven de poco y cuestan mucho, como la máquina fotográfica, los prismáticos, etc. Uno de ellos apareció esta mañana dándose aire con un ventilador de bolsillo.

“¡Dos civilizaciones...!” En todas nuestras revueltas de los siglos diez y ocho y diez y nueve, está patente la acción de la masonería y del judaísmo; en todas ellas España ha sido víctima de sus tenebrosas conspiraciones. Que no lo olvide ningún español de raza.

MUSICA ESPAÑOLA

En el “Victorio” toca un cuarteto muy afinado y artista. Siente la música y la lleva al instrumento cargada de ritmo, de delicadeza, de expresión. Los cuatro artistas acometen las composiciones con decisión y empuje de luchadores. Mussolini ha llevado el espíritu guerrero italiano al pentágrama. A Italia, eterna artista de bellezas, le faltaba en la música un soplo de aire combativo. Sus grandes maestros habían encadenado sus notas con hilos de flores y sus composiciones adolecían de ternura, así como las alemanas padecían el defecto contrario: se llenaron de ruidos estruendosos, de choques de aceros, de disparos de miles de cañones, de explosiones de obuses.

El encanto y hechicería de los compositores italianos les hizo un poco tributarios de los públicos, y se notó en ellos una tendencia amable a la complacencia. Esto los llevó a cierta uniformidad rítmica tan conocida, que al escuchar una composición, y no sabiendo aún la patria del autor, se decía: “Esta es música italiana”. El gesto pétreo de Mussolini ha roto la cadencia consagrada en alguno de sus puntos, y conservando el alma de la patria—azul de cielo, oleaje de lago, suave pendiente apenina—hizo saltar sobre la tónica, y a ambos lados, durezas de martillazos sobre yunques de acero, truenos de tempestad desatada y terrorífica. Los nuevos maestros italianos serán más universales que lo han sido hasta el presente, no en la extensión, pues llenan el mundo, sino en el acopio de ritmos universales, que hagan el milagro de que, siendo italianos en la factura, sean universales en el origen.

En los programas de a bordo figuran algunos de nuestros maestros: Sarasate, Falla, Granados, Turina, Serrano... Pocos relativamente. El público no se deleita sino con lo andaluz; y a mí se me figura que no es por percepción de sentido y suboreo de esa melancolía hispano arabesca que empapa sus notas, sino por la idea preconcebida de que en Andalucía hay bellas mujeres y muchas flores, y toreros y zambras y alegría regocijante y cantarina como el agua de las fuentes. Porque para sacar el gusto a la música andaluza hay que haber nacido en Andalucía y residir en ella algunos años. Albéniz hay que escucharlo trasladándose en espíritu a la Alhambra de Granada, recostarse sobre cojines de damasco y, por un ventanal abierto, contemplar el cielo de la vega granadina y el oro y la plata y el aljófár de la vega.

La música es el alma volandera de los pueblos y aquella que puede llevar más lejos el nombre de una patria. Y nosotros, los españoles, que poseemos un sentido de alma universal por haber querido Dios encerrar en el cinturón de oro de nuestra tierra los climas todos del mundo, somos los mejor organizados espiritualmente para crear música universal, con lo cual veríamos en ella florecer canciones de imperio. Los grandes maestros hispanos no han podido apenas escribir óperas, nunca por falta de inspiración, sino por carencia de recursos y protección oficial o protección particular. ¿Por qué no se crea un premio anual, o dos, o tres, de un mínimo de cien mil pesetas para la obra musical más sobresaliente, y otros premios menores para ensayistas y principiantes? Los buenos maestros capaces de producir buena música, se ven obligados a ganarse malamente el pan de cada día para sí y para su familia dando lecciones de cincuenta pesetas. Los que obtuvieron un éxito en zarzuelas, revistas o cosa parecida, se engolosinan con las pesetas y los aplausos y se entretienen en escribir obras, de un día muchas de ellas, para servir a las niñeras, criadas y cocineras, para distraer sus tedios y alborotar la vecindad con sus gritos y picardías. ¡Cuántas musiquitas retozonas llenaron las calles, salones y patios, para caer a las pocas semanas en el olvido eterno! ¡Flores de salón que al primer aire duro de la calle se secaron!

Hoy escuchamos música española andaluza. Los instrumentos la convirtieron en zambra de jazz-band, pareciéndoles que ese había de ser su carácter. Y se equivocaron. La música andaluza es música de ritual, de misal miniado, de pasión y de dolor bebidos en la misma copa, y de un sorbo; mientras que la música negroide es el llamamiento de todo el hombre a la pirueta descoyuntada del saltimbanqui callejero. Uno de los destierros más justos que debieran sancionar nuestros gobiernos es el de dicha música, por darla algún nombre. Nosotros, al escuchar en Ceilán notas de España, nos recogimos al interior del espíritu, pensando en el día en que nuestra música pueda ir del brazo de la italiana, alemana, austriaca y rusa del tiempo de los zares.

INTERMEDIO JUDIO

Las autoridades inglesas de Bombay no permitieron a los judíos del "Victoria" bajar a tierra. Fué para ellos una doble contrariedad, por su confianza en los ingleses, que hace años se vienen preocupando activamente de la raza y buscándoles asilo entre las naciones del mundo; confianza que han visto rota en las autoridades de Bombay, por una reducción geográfica de asilo, ya que poseyendo Inglaterra inmensos territorios, se prevé la exclusión judía de todos ellos. Los alemanes, que desde Alemania, de donde estos judíos proceden, tuvieron la precaución de ponerles en los pasaportes el origen racista. Con esta consigna, las autoridades inglesas de Bombay tuvieron por conveniente prohibírles visitar la población. Tuvieron ellos un pequeño "sanhedrín", que terminó por el acatamiento silencioso de la orden. Dos de estos judíos llevan el bigote recortado a lo Hitler y todos hablan en alemán.

¿Quiénes de entre ustedes son los que provocan las persecuciones?, nos atrevemos a preguntar a uno de ellos, que parece el más dolido de la prohi-

bición y va más triste durante todo el viaje. Con cierto tono duro, de reproche y condenación, comienza a hablarnos de los "judíos liberales". Nuestra sorpresa no tiene límites. ¿Puede haber una división profunda y peligrosa entre los judíos? "Existe ya—nos responde—. Nosotros, los judíos de Israel, hemos procurado, ante todo, como lazo de raza y objetivo común o raíz de existir, el mantenimiento de lo que ustedes llaman "judaísmo": Moisés, el Viejo Testamento, el Talmud o interpretaciones de nuestros padres y sabios, con todos los pormenores familiares y religiosos heredados de nuestros mayores. El propósito y la realidad nos han mantenido por estos medios unidos en todas las naciones; unidos e invulnerables, por lo mismo que todos los golpes venían a dar sobre todo el cuerpo, inmortal aquí, como todo. Los destierros a que nos condenaron algunas naciones no fueron más que un episodio para la vida de Israel. Algunos miles de nuestros hermanos murieron o se empobrecieron. Eso fué todo. En España mismo, cuando se preparaba el 1492 nuestra expulsión nos sublevamos. Tal era nuestra cohesión y voluntad de triunfo por la unidad. Nos atrevimos a conspirar a la luz del día porque nos encontrábamos ciudadanos de los pueblos habitados y poseíamos de sus reyes leyes protectoras y humanas. El mismo papa nos otorgó muchas veces su protección.

"Hoy Israel está dividido; y esa fuerza que se nos atribuye, lo mismo que la otra oculta de perturbaciones sociales no pertenece a Israel como todo ni menos como comunidad religiosa, sino que es obra infernal y cierta de los "judíos liberales". ¿Quién son éstos? Los que no creen ya ni en la ley, ni en Moisés, ni en la cábala; los que han roto con todas las tradiciones judías, sin aceptar otras nuevas, dándose a la ciencias, a las artes, a las negaciones; actuando como directores en toda clase de empresas financieras y buscando siempre la mayor dominación en todo y el mayor interés. Y como no pueden negar su ascendencia judía de rivalidad con otras razas, de aquí los conflictos que provocan y los odios y persecuciones que levantan contra nosotros. Hombres ellos de grandes recursos se pueden defender bien de los golpes; y nosotros, inocentes, somos los que padecemos toda la tiranía y miseria de los perseguidores. Estos "judíos liberales" fueron los que sublevaron a Rusia contra los zares, los que prepararon las revoluciones socialistas y comunistas en Austria, Alemania y España y son los que la mantienen viva en otros países, como Francia".

¿Leon Blum?—nos atrevemos a interrumpir—. "Son judíos liberales, nos responde, todos los que actúan en la política de los pueblos, todos los que financian la prensa, todos los que divulgan, mediante impresos editoriales, las malas ideas socialistas y comunistas y las malas costumbres; Israel los abomina. No tienen escrúpulo en casarse con mujeres de otra sangre, ni de llevar títulos cristianos. El judaísmo para ellos es un signo de lucha, pero nunca de tradición y de fe. Nosotros, sus víctimas, pagamos, en la forma que usted ve, sus grandes pecados. Esperamos venga pronto la redención de Israel. Y este desprecio que de ellos mismos padecemos, porque nos desprecian como seres de una raza inferior, trocará el Señor en nuestro provecho según sus promesas".

He creído en la sinceridad de este hombre, si bien no podré examinar con hechos la verdad de sus palabras. Lo mismo él que algunos compañeros de viaje guardan el sábado y leen el Viejo Testamento.

LA VOZ MISIONERA DE ESPAÑA

Sobre cubierta, un indio de los que han subido a la descarga del buque se nos acerca, hace la señal de la cruz y nos dice: "Católico de Roma". El aditamento "de Roma" obedece a que existe aquí, en Ceilán, la propaganda protestante, rica y poderosa por la protección oficial y extraoficial que se le presta, pero pobrísima en éxitos espirituales. Los conversos al protestantismo tienen más de materialistas que de cristianos. Después de aquella confesión católica y romana me señala algunas capillas, como la de San Antonio, San Andrés, Santa Lucía. Sus compañeros de faenas son budistas.

Nosotros sabemos que en la India tienen una floreciente misión los carmelitas españoles, y que por sus bocas la voz de España va haciendo su obra providencial de extender por la tierra la fe de Jesucristo. Hijos de aquella Santa castellana que a los ocho años se fugaba de casa a las misiones africanas para que allá los moros la "descabezasen" para con su sangre ganar el cielo, ha dejado esta simiente de Evangelio en el corazón de sus hijos, que han sabido realizarlo a las mil maravillas, muriendo cada día a sí mismos en las dificultades y trabajos con que tropiezan para llegar al éxito de su misión. Y llegaron. España tiene en ellos los continuadores de los viejos apóstoles españoles que en santa y romántica cruzada, en los tiempos de nuestras conquistas, fueron más allá de nuestros guerreros, más allá de nuestras leyes, más allá de nuestra dominación, plantando sobre los montes y en las riberas de los grandes ríos la Cruz de Jesucristo y la bandera de España.

Todavía en los países sometidos al poderío espiritual de España, que nunca fué nuestra conquista exclusivamente guerrera, sino más que guerra espiritual, los misioneros podían dar sus quejas, en sus persecuciones, al Rey, en la seguridad de ser oídos. Hoy los misioneros de la India, huérfanos de ayuda humana, han de hacer su obra evangélica puesta su confianza en Dios y en sí mismos, como los Apóstoles, padeciendo muchos la hostilidad brava e implacable de unos, la persecución sañuda de otros y la indiferencia de muchos. Pero, el buscar la ayuda propia es tan español como vencer una batalla. Ellos, los misioneros, encuadrados en las filas de los "caballeros del ideal", llevan adelante sus conquistas, cosechando muchos y floridos laureles.

Esta India, donde hace su siembra el misionero español, es un país inmenso con trescientos cincuenta millones de habitantes, de los cuales sólo cuatro millones son católicos. ¡Qué obra tan grande espera al misionero español y cómo todos los españoles han de ayudar en esta obra misionera española! El Caudillo dijo ya: "El Estado Español tomará muy a pecho nuestra expansión misionera en el mundo, como parte importantísima de la obra civilizadora y del imperio espiritual de España".

En esta India de canela, cabras y elefantes, existen setenta y siete millones de mahometanos. La propaganda de los santones se aviva cada día,

y son muchos los que siguen por la facilidad y las promesas sensuales que se les ofrecen para el futuro. Los budistas también desarrollan una magnífica propaganda basada en la tradición, que pesa mucho en el ánimo de los indios. Gandhi ha dicho que todas las religiones son buenas y que la India posee ya lo que es necesario y bueno para ella, incluso la religión. Las palabras del Mahatma son artículos de fe para la mayoría de los indios. Más aún: ha dicho también "que la acción católica debe reducirse a una asistencia humanitaria, renunciando al intento de las conversiones". El protestantismo, ni le interesa ni le teme.

Los "parsis", por otro lado, siguen tan amantes de sus viejas tradiciones, que al "parsi" convertido le someten a tales persecuciones que apenas hay uno que se atreva a abrazar el Evangelio. Su pensamiento es "razista", en la sangre, en la religión y en las costumbres. En Bombay visitamos la "Torre del silencio", en lo que tiene de visible. Las piras de lecho para las cremaciones de los cadáveres se suceden casi sin interrupción, y en lo más alto de la torre, sobre las históricas parrillas, se depositan, desnudos, los cadáveres de los "parsis", para que los coman las aves del cielo. Centenares de estas aves se aposentan en las ramas de los árboles del bosque que circunda la "Torre del silencio", y al olor de la carne muerta se lanzan sobre ella, batiendo poco tiempo para descarnar los huesos, que caen al fondo de una sima. Este sitio sagrado sólo lo pisan los sacerdotes "parsis".

Esta vuelta feroz de los indios a su religión y tradiciones y a sus viejas costumbres funerarias hace más dificultosa la evangelización y conversión al catolicismo. Hasta el presente, sólo existen cuatro millones de católicos. No obstante, nuestros misioneros españoles continúan su labor que, si tiene amanceceres sombríos, tendrá días de sol espléndido y fertilizante. Dios tiene su hora providencial para que las naciones vayan a El. El Apóstol no ha de aflojar su labor por eso, ni descorazonarse en la espera. El ha combatido, ha guardado la fe, ha consumido sus horas en el combate, ha ganado su recompensa.

DIALOGOS DE A BORDO

Topamos con un periodista filipino que vuelve a su patria después de una larga excursión por los Estados Unidos, Francia e Italia. No ha podido ir a España, y nosotros le aconsejamos lo retarde hasta dentro de cinco años. Viene colmado, que no lleno, de la grandeza de los pueblos visitados, cada uno en su estado. Estados Unidos representan la conquista de la materia; Francia, la conquista de las comodidades y placeres; Italia, la conquista del arte, que en este caso es posesión histórica. Y el diálogo se deriva "hacia lo poco" que hizo España en Filipinas y lo mucho que han hecho los Estados Unidos. Nos ha tocado nuestra niña de los ojos y sentimos al par el dolor y la injusticia. Todo el diálogo se condensa en esta pregunta: "¿Qué hizo España en Filipinas?"

Lo que no ha hecho ningún pueblo en ninguna parte del mundo después de una conquista. En este momento del diálogo suben la escalera del "Vieitorio" hasta más de dos docenas de indios. Van descalzos, sin nada en la

cabeza, desnudos algunos de la cintura arriba, desnutridos, flacos, desfigurado el rostro y los miembros... Yo los señalo a mi interlocutor, el cual reconoce conmigo que el filipino más humilde se encuentra a muchos codos por encima del indio de Ceilán. De todos modos, no bastan algunas comparaciones aisladas; es preciso bajar al fondo del problema, y nosotros bajamos tan holgadamente que sentimos el placer del descenso.

Nosotros, los españoles, hicimos en Filipinas una civilización en los puntos siguientes:

1.º En el mantenimiento íntegro de la raza aborigen, que en nuestras manos mejoró visiblemente por la disciplina moral a que la sometimos mediante la enseñanza del catolicismo. Se retrasaron los matrimonios, se predicó la austeridad fisiológica, se prohibieron los concubinatos, se protegió la infancia contra los abusos corruptores propios y ajenos, se impuso a la mujer un crédito personalista de honradez y pureza que puede figurar como una de las bellezas más estimables y salvadoras de la raza. ¿Quién puede poner en duda las virtudes hispanas de las mujeres filipinas? Creamos, pues, un niño, un joven, una mujer, de caracteres étnicos idénticos, pero tan mejorados y distinguidos, que en el estudio comparativo entre el filipino encontrado por los españoles y el actual existe a favor de éste un valor corporal muy notable.

2.º Nosotros dimos al filipino nuestra misma sangre, favoreciendo las uniones entre los insulares y nosotros. Este valor de sangre es, a la vez que un reconocimiento de razas, en identidad de perfecciones humanas y de destinos, un hecho único en la historia de las conquistas que nos sitúa a los españoles por encima de preocupaciones, legitimismos y geográficos exclusivistas. En América y en Filipinas vertimos en las razas conquistadas, con la sangre, nuestro valor universal en todos los órdenes, ya que en aquel siglo el concepto español era el primero del mundo.

3.º Nosotros, los españoles, incorporamos primero que ningún pueblo las actividades intelectuales filipinas a las nuestras. En la Universidad de Santo Tomás, único centro entonces de saber, enseñaban profesores filipinos gramática que se ha seguido hasta el presente. Esta incorporación honrosa hecha por nosotros abrió el camino al saber que, lejos de cerrarlo, se le abrió ancho cauce en otras profesiones para que pudieran arribar a todos ellos, como así sucedió en efecto. Es cierto que el Gobierno de los Estados Unidos hizo lo mismo pero no fué él el creador de la especie, sino los españoles. Los Estados Unidos se encontraron con un pueblo civilizado y apto para los más delicados cargos y lo utilizaron sin vergüenza ni escrúpulo. ¿Cómo no han hecho lo mismo con los negros? ¿Por qué hay cafés y restaurantes y sitio en los trenes y tranvías para los negros y no los hay para los filipinos?

4.º Nosotros, los españoles, dimos a los pueblos de nuestras conquistas nuestra psicología libre, nuestra psicología rebelde, nuestra psicología de independiente y vida nacional. La sublevación filipina es obra de enseñanza hispana, como lo fueron las sublevaciones americanas. Y en esas sublevaciones fueron cabeza y manos españolas, mestizos e hispanizados principalmente. En la raza nativa no hubiera germinado la rebeldía por hábitos de sumisión al cacique, por desconocimiento de los goces de la libertad. Hacía

falta para una sublevación nacionalista, en masa, en lazo común de conocimiento de independencia, un nuevo factor en la sangre que le enrojeciera y caldeara lo bastante para llegar al heroísmo. ¿De dónde podía tomar el filipino, como el americano, esa chispa, si antes de la conquista española, o vivieron esclavos o vivieron trahumantes, sin más vida social que la vida de familia, y ésta empobrecida por los vicios? Yo no aprobaré la hora de la sublevación por la indefensión a que se condenaban. Un pueblo ha de recabar su libertad cuando pueda sustentarlo y defenderlo. Antes, no.

España dió a Filipinas una religión, acabando primero con las varias, grotescas y a todas luces ridículas supersticiones filipinas, llevando a sus habitantes a la corriente más grande de civilización que ha aparecido en el mundo. Las viejas religiones, instrumentos de casta y de dominación, celaban los misterios religiosos y los reservaban para los adeptos e iniciados, que habían de ser después los continuadores de la explotación salvaje. Esto ha sucedido hasta en aquellas regiones donde no se dió una religión definida. El cristianismo es la religión de la humanidad, porque resuelve todos sus problemas. Llegó a Filipinas, llevado por soldados y misioneros, y se derramó por todas las Islas llamando a todos sus habitantes a la comunidad de una misma fe, de una misma finalidad de destino sobrenatural y de una misma patria terrena: España. Ello sin perder las características de tipo y de raza. La religión católica, predicada a los filipinos, era su redención desde estos puntos de vista: a) igualdad, entre el conquistado y el conquistador, de derechos ante Dios, ante el Rey y ante la conciencia; b) obstáculo ante todo intento de esclavitud y servidumbre; c) convivencia igualitaria en el terreno social. Y todo se cumplió con hidalguía. Porque, ¿con justicia se puede invocar un atropello individual, que se da entre los miembros de los pueblos civilizados? Lo que es imposible hacer, porque no existe, es establecer un hecho general, un hecho colectivo de opresión a la raza. Hasta el problema de los "escarmientos", que produjo grandes disgustos a nuestros misioneros y a nuestros reyes en América, no tuvo lugar en Filipinas, cuyo régimen está todavía más purificado que las Leyes de Indias.

También le dió una lengua; y creemos que el olvido de ella en la actualidad, y aún la imposición de la inglesa por parte de los Estados Unidos, ha sido una equivocación. La lengua española introdujo al filipino en el santuario de sus oraciones, en los cámenes y jardines de su literatura, única en el mundo, en los fuertes castillos y plazas de sus guerreros, en el templo de sus leyes. Los filipinos eran y son hispanos, porque lo es su pensamiento, sus aficiones caballerescas, su literatura... sus artistas. Los mejores escritores filipinos escribieron en castellano; y en castellano escribió Rizal, el símbolo de la raza en codicia de libertades políticas y geográficas. ¿Es que a los futuros filipinos habrá que traducirles al inglés las obras literarias de sus héroes para que puedan leerlas? ¿Es que aquel sentido oculto, aquella sonoridad de concepto, aquella inspiración que les dió calor y los sacó a luz podrá llevarse a la lengua inglesa? Hoy precisamente se trabaja por los eruditos en el conocimiento de las lenguas sabias para poder leer sus poemas en los originales. El pueblo filipino, por necesidad psicológica, por juro de

nacimiento a la vida de la civilización, por amor a sus héroes, ha de conocer y hablar con corrección el español.

Políticamente, Filipinas debiera ser de España; y este punto lo juzgo tan esencial y tan real, que los acontecimientos nos han de dar, y pronto, la razón. No afirmamos el "modo" cómo había de ser España, sino el hecho. ¿Son fuertes los Estados Unidos en Oriente? Indiscutiblemente que lo son menos que Inglaterra, menos que Francia. Inglaterra padece por una crisis colonista terrible en China. Francia está igualmente amenazada en sus posesiones del Tonquín. La ceguera de estas naciones está en sostener una dominación con total olvido, desprecio o despreocupación del vecino. Los Estados Unidos, que tienen a Filipinas a dos días del Japón, y a menos de dos días, de algunas horas, si se trata de aviones, en los que se pueden trasladar regimientos enteros, cierra sus puertas a la emigración japonesa, necesaria, fatal, por una desproporción entre el suelo y el número de sus habitantes. ¿Pretende ahogar la vida japonesa, hacer perecer de hambre sus hombres? El derecho de gentes autoriza la toma de un territorio inhabitado de pequeña y escasa población, cuando se trate de la vida de los ciudadanos de otra. El derecho a la vida es anterior al derecho a la propiedad y más sagrado cuando la propiedad ha sido arrebatada por la fuerza.

El Japón tiene más de latino que de sajón en sus costumbres y en su desenvolvimiento vital. Una alianza japonesa con España, no solamente es posible, sino que es un hecho. Esta alianza pudiera ser la salvación de Filipinas. ¿Lo sería igualmente con cualquiera de las naciones interesadas en el Oriente? Pero el Japón no necesita para apoderarse de Filipinas tomarlas con las armas, provocando una guerra. Japón es el pueblo que puede conquistar "por desplazamiento de la raza aborigen". Unos años de emigración bastarían a la conquista por "desplazamiento". Todas estas son apreciaciones personales, y un tanto doloridas si usted quiere, debidas al amor que todos los españoles profesamos a Filipinas y que bien pudiera ser una "Greco" heroica y libre entre los grandes y poderosos pueblos que las rodean.

LOS SIGNOS DE NUESTRA COLONIZACION

Hace pocos días, un ilustre norteamericano, residente muchos años en Filipinas, dijo que los Estados Unidos habían hecho más por Filipinas en cuarenta años, que España en tres siglos. Una frase bien corta, pero una frase cargada de mentiras y de calumnias. Tuvo su contestación adecuada en un acto público, donde un conferenciante español le contestó cumplidamente. No obstante, es una de esas frases vulgares, emponzoñadas, malignas, que tienden a mantener en el mundo nuestro desprestigio, y que merece un comentario en la prensa española, con el fin de poner de manifiesto el cerrilismo de algunos escritores que creyéndose independientes son, no obstante, esclavos de sus mismas equivocaciones o de las equivocaciones de su nación. Claro está que en esta hora del mundo intelectual, ya no son viables ciertos temas que en el pasado obtuvieron gran resonancia y sirvieron de señuelo para explosivos inauditos y vejaciones sin cuento. Cuando una nación es débil

se ve obligada a callar y paladear, con sus propias desventuras, los desprecios de otros pueblos. Hoy España no se encuentra en semejante situación. Puede hablar alto, en la seguridad de que se la oye. Para muchos escritores actuales, sinceros o hipócritas, España contiene las únicas reservas espirituales de la civilización capaces de sostener la vejez de Europa. Estas reservas las teníamos ayer. Pero ayer no habíamos ganado una guerra mundial, ni teníamos un Caudillo. Lo triste es que los hechos históricos parezcan el agravio de las flaquezas políticas y estén sometidos a la diplomacia de las naciones. Durante un siglo se nos ha dicho en todos los tonos que éramos unos salvajes, que África comenzaba en los Pirineos, y que a los españoles, quitándoles sus toros, sus zambras y su Inquisición, no se le reconocía en el mundo por otros valores.

Nos vamos a encargar nosotros de rectificar estos juicios, llamando a sus autores a los nuestros. Y sin injuriarlos, como ellos hacen con nosotros. Como caballeros. La frase del escritor americano estadounidense es una frase hecha y es una frase de defensa obligada que nadie le pedía. ¿Ha dado acaso alguna prueba de la misma? ¿Ha aducido algún hecho que demuestre su verdad? Porque no vamos a discutir palabras, ni sería cuerdo hacerlo. Hechos, pruebas. Lo mismo acontece con todos los que nos injurian. Nosotros podemos escribir frases gordas, del mismo modo que ellos. Y con su misma verdad. ¿Que África comienza en los Pirineos? Bien, lo mismo pudiéramos decir que la Cañería comienza en París. Las planas de los periódicos de París vienen diariamente llenas de crímenes; crímenes de todas las fisonomías imaginables, desde la fritura de las entrañas de una víctima hasta el descuartizamiento de un mangante, cuyos restos se facturan tranquilamente en una estación del ferrocarril. ¿Y qué me dicen ustedes de los "apaches"? En los Estados Unidos, el linchamiento de los negros estaba a la orden del día. Muy europeo. Mientras nosotros, los africanos, nos portamos como personas decentes. Eramos débiles. Nuestras protestas se recibían con risas, porque no teníamos media docena de acorazados para la amenaza y para la injuria. Hoy nos comían tranquilamente unas islas, mañana un peñón y al día siguiente una firma. Teníamos que callar. ¿Hablabamos por fin? Sí; ya podemos hablar. Se nos oye.

El escritor aludido se olvidó en su loca afirmación muchas cosas. Se olvidó de lo que es una civilización y una colonización; se olvidó de que nosotros, los españoles, con los portugueses, abrimos el nuevo período colonizador, y lo abrimos en treinta naciones a la vez, muy distintas, y sin hombres ni medios para hacerlo; olvidó que nuestra colonización había de comenzar su obra sacando del marasmo del salvajismo a unos, creando personalidad en otros, redimiendo de la ignorancia y la vulgaridad a todos, iniciando a todos los pueblos descubiertos por nuestros navegantes en la civilización cristiana. Es decir: España creó pueblos semejantes a sí misma; España franqueó la selva y en la selva hizo poblados; España tomó al indio en su vida errante y lo trajo a la civilización; España recogió a los nómadas y los Hermanó en las leyes; España dió su sangre, su lengua, su religión, su espíritu a innumerables pueblos poniéndolos en la pista del progreso y em-

pujándolos en carrera vertiginosa para llegar a él. Cuando los americanos llegaron a Filipinas, todo esto estaba hecho hasta tal punto, que ellos, los americanos, no tuvieron más que hacer que utilizar en provecho propio las actividades y los valores creados por nosotros. Que nos digan cuántos negros tienen de profesores en sus Universidades; que nos digan cuántos médicos ilustres de los pieles rojas comparten su laboriosidad y sus descubrimientos; que nos digan hasta qué punto de civilización han llevado ellos a sus colonos. Los españoles, en menos de dos siglos, hemos elevado a treinta naciones a la vida europea, a la civilización europea, a un nivel vital tan enérgico, tan sano, tan moral como el de los Estados Unidos. Y los hombres que se rebelaron contra la metrópoli inglesa, los hombres que echaron los cimientos del gran pueblo americano, no eran razas aborígenes, no eran hombres de selva, no eran tribus errantes por los desiertos y las orillas de los ríos, si bien en la América encontraron los españoles signos de una civilización grandiosa en algunos puntos, pero casi perdida a la sazón. Los creadores del pueblo americano eran europeos, como los ciudadanos de Australia son ingleses.

De esas dos corrientes que se reparten la actividad humana, la espiritual y la material, los norteamericanos no llevaron a Filipinas más que la segunda. La primera estaba allí; la primera, que es la base de la segunda y como su alma. La primera estaba allí con mayor majestad y esplendor que lo está ahora; pues el pueblo filipino no sabía de ciertos vicios ni de ciertas excentricidades hasta que el pueblo americano no entró en las Islas. Cuando el Gobernador Taft llegó a Filipinas, una de las cosas que más llamaron su atención fueron la capacidad, la moralidad y la personalidad del pueblo filipino. Taft pensaba y juzgaba los hechos con la visión y la conciencia de un pensador personalista. Taft sabía la obra de España en los Estados Unidos, antes de la independencia americana; Taft no se dejaba embaucar ni captar por odios de naciones. Aparte de que ese odio no existía ni podía existir entre los españoles y norteamericanos, que apenas nos conocíamos. Nosotros reconocemos de buen grado lo que los Estados Unidos han hecho en Filipinas. Que ellos, a su vez, reconozcan nuestra labor ingente, primitiva, de origen, que es cuando las dificultades son grandes e insuperables en muchas ocasiones. El mérito principal en una obra arquitectónica no es de los picapedreros ni de los batidores de cal, sino del genio que trazó los planos después de haberlos concebido.

ANTONIO GARCIA D. FIGAR, O. P.

BIBLIOGRAFIA

LEO THIRY, O. S. B.: *Speculativum—Practicum secundum S. Thomam*,
Studia Anselmiana, 9.—Herder, Roma 1939. Págs. 72. Pr., liras 16.

Conceptos bien sutiles y complejos y que tantos matices y aplicaciones tienen en Santo Tomás, como la distinción entre lo especulativo y lo práctico, nunca pueden dejar de ser objeto de discusión, de nuevas revisiones y aclaraciones. El padre Thiry somete a análisis y comparación los textos más importantes de Santo Tomás que hablan del carácter especulativo y práctico, en el conocimiento, en las operaciones y en las ciencias.

Entre lo puramente especulativo y lo formalmente práctico hay, dice, muchos grados de ordinabilidad a la acción. Todos éstos suelen llamarse prácticos. Así la ciencia moral es ciencia práctica; los actos previos de la prudencia o deliberación, los juicios de nuestra conciencia y sentido práctico, todo este cúmulo de conocimientos concretos de la vida moral, entran, según todos, en el mundo de lo práctico, pues versan sobre materias aplicables y ordenadas—próxima o remotamente—a dirigir la acción exterior. Si conocimientos prácticos, luego productos no de la razón especulativa, sino puramente práctica.

Pues bien, según el autor, lo formalmente práctico es sólo el orden de ejecución, que comienza con el imperio, con el último juicio práctico: El entendimiento especulativo se hace formalmente práctico por su *aplicación actual* a dirigir la acción, no por la aplicabilidad más o menos remota de sus juicios, que por ser de cosas concretas versan sobre materia operable.

La ciencia moral será esencialmente especulativa. La Lógica y Artes Liberales, sólo se llaman prácticas—y por tanto artes—por analogía y cierta semejanza. Y todos nuestros conocimientos singulares del consejo, de la conciencia moral, etc., son un tipo de saber en su esencia aún especulativo, práctico sólo en acto próximo. Por consiguiente, tampoco hay lugar a distinguir una ciencia práctico-práctica entre la Ciencia Moral y la prudencia, a estilo de Maritain.

No sabemos si esta interpretación tomista logrará los sufragios de los teólogos. En el fondo son solamente precisiones conceptuales y terminológicas, ya que el carácter absolutamente práctico, o, como se dice, práctico-práctico, nunca se ha concedido sino al último juicio de imperio que precede a la acción. En lo que estamos, sí, de acuerdo y felicitamos al autor, es en reducir el esquema de los doce actos parciales que integran el acto humano, suprimiendo algunos, agregados ficticios que no se encuentran en Santo Tomás.

FR. T. URDANOZ.

Das Schriftum der Schule Anselms von Laon und Wilhelms von Champeaux in deutschen Bibliotheken, von Heinrich WEISWEILER, S. J.—(Beiträge zur Geschichte v. Phil. und Theol. des Mittelalters.—B. XXXII, H. 1/2; 409 págs., 14,10 marcos).—Aschendorff Verlag. Münster i. W., 1936.

Este trabajo tan erudito viene a proyectar mucha luz a lo ya conocido sobre la gran actividad literaria de las Escuelas teológicas del siglo XII, en que se incubó y formó la Teología Escolástica. Después de la obra fundamental de Grabmann y los trabajos de Ghellinck, Landgraf y otros, aún quedaba bastante en oscuro una de las Escuelas más interesantes, la de Anselmo de Laon (+ 1117) y Guillermo de Champeaux (+ 1121), la que propiamente dió origen a la literatura de las Sentencias.

El P. Weisweiler descubre la gran riqueza de estas primitivas colecciones de Sentencias, todas anónimas, procedentes de multitud de Abadías, Iglesias y Monasterios de Alemania y Suiza (llegan hasta 59), haciendo ver las características de su formación por medio de sucesivas refundiciones y adiciones a núcleos primitivos de Sentencias, recogidas de aquellos Maestros. Prueba del gran movimiento de cultura teológica, que irradiando de la Escuela de Laon, era recogida y transmitida cuidadosamente por los monjes, contribuyendo éstos así poderosamente a la sistematización de la teología.

Respecto a las dos colecciones de la Escuela publicadas hasta ahora por Blicznietzrieder—*Sententiae Anselmi, Sententiae divinae paginae*—, sostiene W. que ninguna de ellas puede atribuirse en su forma actual al Maestro de Laon, si no son ya refundiciones de discípulos. Dichas Sentencias anónimas culminan en la elaboración de la célebre *Summa Sententiarum*—el autor confirma su antigua tesis de que es obra de Otón de Luca—y por consiguiente, en las Sentencias de Pedro Lombardo, que dependen directamente de aquella. Así la Escuela Sentenciaria de Anselmo de Laon comparte con el gran impulso procedente de Abelardo y la poderosa personalidad teológica y mística de Hugo de San Víctor y su corriente, el movimiento teológico plasmador de la Escolástica en el siglo XII.

La última parte del libro la ocupa el texto crítico de algunos de estos breves Sentenciarios, que muestran la gran variedad de materias teológicas tratadas en ellos. El autor, que se ha destacado así como gran conocedor medievista, anuncia ulteriores frutos de sus investigaciones en el intrincado campo de las Glosas Paulinas.

FR. T. URDANOZ.

Untersuchungen zur theologischen Briefliteratur der Frühscholastik, von LUDWIG OTT (Beiträge z. Gesch. d. Theol. Phil. d. Mitt., B. XXXIV). Münster i. W., 1937. Págs. 675; precio, 22,80 m.

Otra obra dedicada a estudiar la teología naciente del siglo XII en uno de sus aspectos característicos, el de la correspondencia epistolar. Aquella teología en formación llevaba este sello personal de cuestiones vitales y polémicas, que se resolvían por consultas y cambios de impresiones entre los grandes Maestros y

personajes eminentes en doctrina. Por eso el género de epístolas, verdaderos tratados dogmáticos, es tan abundante en esta época y se conserva de casi todos los autores afamados del tiempo.

En la primera sección de esta amplísima monografía—digno trabajo de la gran Escuela de investigación inspirada por Grabmann—el autor recoge en compendio el abundante material de cartas doctrinales de la primera Escolástica. Entre ellas, la serie de escritos polémicos alrededor de los errores de Berengario sobre la Eucaristía, cartas de Anselmo de Canterbury, las conocidas de San Bernardo, de Abelardo, con todas las referentes a la polémica Abelardiana, por no citar sino los principales.

En tres secciones siguientes, el autor trata más detenidamente los escritos epistolares de Gualterio de Mortagne, Hugo y Ricardo de San Víctor, respectivamente, analizando su valor doctrinal y estudiándolos en relación con las opiniones de su tiempo, y en su influjo y vicisitudes en la Escolástica posterior.

Por esto mismo, el presente trabajo adquiere no sólo importancia histórica y literaria—al reflejarse en esa correspondencia lo episódico de los debates doctrinales—, sino gran valor y mérito doctrinal. Téngase presente que muchas discusiones teológicas, antes de cristalizar en el estilo sereno y seco de los Sentenciarios, han pasado por la forma más viva y ardiente de este género de escritos. Y que teólogos tan fecundos como Hugo de San Víctor, nos han dejado muchos frutos interesantes de su labor, en esos tratados secundarios, a veces olvidados, como la carta-respuesta a Gualterio sobre la ciencia en Cristo, en que se muestra semijapolinarista, el tratado de la Virginidad de María, el de la voluntad en Cristo, etc., que tienen cabida en la presente monografía.

FR. T. URDANOZ.

Das Frankreichbild in modernen Spanien, von Hans JURETSCHKE. 1937, Heinrich Pöppinghaus, B.—Langendreer. Págs. 159.

Un gran conocedor de nuestras letras patrias, aunque germano, que ojea y revisa el vasto campo de nuestra literatura moderna, escudriñando en las obras de nuestros escritores literatos "la idea" que se han formado de Francia, o actitud espiritual, de vasallaje o rebeldía, para con el factor francés en ella. Desgraciadamente, como se comprueba por este estudio, todos ellos, quien más, quien menos, han sufrido la influencia francesa. La generalidad no se ha asomado al mundo sino a través de París, no han gustado la cultura europea sino servida y arreglada por literatos parisinos, a la moda parisien.

Con las gracias francesas se han vertido a torrentes en las letras españolas las influencias, deletéreas unas, repugnantes otras, de racionalismos, naturalismos, incredulidad, etc., plantas todas tan de propio cultivo en la bella y democrática Francia. Así se agostaba y sofocaba el genio patrio, y el alma española se diluía y evaporaba en un tinte de modernidad, que era nada más puro francesismo.

El autor divide el estudio en dos períodos: a) Desde el fin del Romanticismo hasta fin del siglo, en que la influencia de las ideas francesas era dominante y aplastante, como ya venía siéndolo siglos hacia. b) La "generación del 98" y el presente, en que el porcentaje de influencia francesa seguía siendo arrollador; no

se sabía escribir ni un artículo periodístico a tono sin adornarlo con una cita de Flaubert, un personaje de Zola o un verso sentimental y obsceno de Verlaine.

La bandera de defensa de la hispanidad y del casticismo fué enarbolada y sostenida con tesón por Valera, defensa que erigió en apostolado de su vida el insigne Menéndez y Pelayo, quien como ninguno supo comprender y decir la esencia de los valores patrios. Pero fueron voces aisladas en el concierto general de cultura afrancesada. Otras grandes figuras trabajaron también por librarse de los lazos de la moda parisién, por casticismo unos, como Unamuno, por espíritu de cultura más universal otros, como Ortega y Gasset, o por reacción, como Pío Baroja, pero sin empaparse del espíritu propio de la tradición española.

El tema, además de bien estudiado y dominado, lleva la nota de objetividad e imparcialidad. Su publicación en español, como el autor lo promete más ampliamente, habrá de sernos útil, para que nuestra adhesión hacia las nuevas formas de cultura patria que se están creando sea más incondicional y completa, con la vista de los yerros pasados.

FR. T. URDANOZ.

GONZALEZ OLIVEROS: *Humanismo frente a Comunismo*.—El primer libro anticomunista publicado en el mundo, obra de un pensador español: Juan Luis VIVES.—Valladolid, imprenta Luis Calderón, 1937.

El señor Oliveros nos presenta un libro antiguo que es toda una profecía de nuestros tiempos. Interesantísimo desde la primera a la última página.

La Introducción—un estudio de González Oliveros, meditado entre las filigranas de la Universidad de Salamanca, cuando en España se abría un interrogante—ambienta maravillosamente el momento en que nuestro gran Humanista Luis Vives, al resplandor de las hogueras alemanas y de Flandes, escribía esta magnífica monografía, que el Profesor de Salamanca ha tenido la felicísima ocurrencia de presentar al público español, ignorante de tantas glorias propias. G. O. no se contenta con esto. Busca las fuentes mismas de aquella hecatombe a que arrastró Lutero en su insania de visionario morbosos. Son los Wiclefitas los que echaron los cimientos de la Reforma Protestante. Y, después de él, todos los demás descontentadizos de Roma, ansiosos de apoderarse de los bienes eclesiásticos. Esas premisas históricas encuadradas en unos centros católicos (!) que miraban con rabia—en su impotencia—a Roma, engendraron aquel laberinto espiritual en Alemania y Países Bajos principalmente. Y, sacada una conclusión por Lutero, vino lo que había de venir: el desconcierto agónico, catastrófico de unos países que renunciaban al Cristo seguido y enseñado por la Iglesia, para adquirir un falso Cristo acomodaticio a todos los caprichos y veleidades. Y, con el desequilibrio religioso, la rotura social y política llevada a los últimos puntos del egoísmo humano.

Vives se sitúa cerca del campo de batalla. Observa y anota. Conocida la realidad, habla a aquellos hombres que se desbordan por donde siempre se desbordan las turbas, continuamente analfabetas, para desembocar en un comunismo abstruso.

Para sanar a los dañados y advertencia de todos lanza Vives su Opusculito, escrito con sencillez de estilo y argumentos, que titula "De Communionem Rerum".

Y como aquellos comunistas de entonces se basan en la misma Santa Escritura para justificarse, allí acude Vives, donde muestra su talento fino, crítico y analista de exégeta. Léase, si no, la explicación del texto de San Lucas en "Acta Apostolorum" (IV, 32), donde se toma pie para hablar del primitivo comunismo cristiano.

En este Opúsculo, primero cataloga los bienes del hombre. Rechaza, por completamente absurda, la comunidad de los bienes espirituales—voluntad, ingenio, ciencia, etc.—y de las fuerzas y cualidades corporales, se plantea la cuestión de los bienes exteriores. Y ve que es imposible que todos sean amos o criados, que ha de haber jerarquías, quien mande y quien obedezca, que la comunidad de mujeres es una monstruosidad. ¿Y las riquezas? "Justo es no solamente evitar el daño del prójimo—escribe Vives—, sino también obrar todos de tal suerte que quien tenga necesidades pueda satisfacerlas. Pero "necesitado" es el que nada tiene, o no puede conseguirlo ya por la edad proveya, la incapacidad o la ignorancia; mas no quien derrochó su caudal y después lo pide o aun lo exige".

Y luego, las consecuencias fatales del comunismo. Mirad a Rusia y a lo que fué España Roja y me ahorraréis el transcribir unas páginas de Vives.

Tenemos motivos más que especiales para felicitar al editor de este trabajo de Vives. La traducción, bien hecha, pulida y vigorosa, como conviene a un escrito de casi polémica que es éste. Mil y mil plácemes al señor González Oliveros. Un ruego en pregunta, que pudiera recoger, por ejemplo, el Departamento de Prensa y Propaganda: ¿No sería conveniente para el pueblo español una larga tirada de esta monografía de Vives? Ella sola vale por todos los folletos y réplicas hechas contra el comunismo en nuestros días.

FR. JESUS ALVAREZ, O. P.

Corporativismo, por Félix RESTREPO, S. J.—Ediciones de "Revista Javeriana". Bogotá, 1939.

Dos conferencias y una especie de conclusión de lo expuesto en ellas contiene este librito del jesuita colombiano P. Restrepo. Aunque pronunciadas en distintas ocasiones, llevan un mismo fin: dar a conocer a los pueblos, y de una manera especial a su Patria el sistema político-económico de nuestro siglo, "*El Corporativismo*". Antes de entrar en materia, en su primera conferencia afirma que no debemos confundir el Estado corporativo con los Estados totalitarios de Hitler y Mussolini, ni tampoco pensar que es una dictadura del proletariado. Ha tenido su existencia anterior en la organización de profesiones. La razón de organizar a las sociedades en Estados de distintos órdenes la encuentra en la tendencia natural del hombre a la asociación, probándolo en sentido histórico, haciendo un recorrido por los pueblos en distintas épocas, con sus fluctuaciones de prosperidad y decadencia. Hace resaltar de un modo especial los gremios de la Edad Media, influenciados de una manera tan directa por el espíritu cristiano y cuya decadencia les vino precisamente al abandonar esa influencia cristiana.

El autor pregunta: "*¿Democracia y corporativismo se excluyen necesariamente?*" Su respuesta es negativa, pero de aquí surge otra pregunta: ¿Puede la demo-

cracia organizar el Estado corporativo? El mismo autor reconoce que las naciones en que está implantado el estado corporativo obedece a "*una intervención directa y a veces violenta*" del Estado, y las democracias de hoy no están en ese plan de intervencionismos directos y mucho menos violentos. Su sostenimiento obedece principalmente al juego continuo a que somete a las organizaciones de distintos órdenes para sacar el provecho acostumbrado. Además de esto les falta la continuidad que para implantar un estado semejante se requiere. Y aunque señale las leyes y organizaciones obreras de naciones demócratas, continúan valiéndose de ellas precisamente para lo que viene a remediar el régimen corporativo.

El trabajo final, titulado "*El corporativismo al alcance de todos*", hace resaltar especialmente los beneficios que el régimen corporativo representa en lo económico y sobre todo en lo social, haciendo desaparecer la lucha de clases para una sociedad bien organizada. Es un trabajo bien hecho y muy bien orientado.

I. F.

GETINO, P. Luis, O. P.: *Santo Domingo de Guzmán, prototipo del Apóstol medieval*. (221 págs.) 4 ptas.

LUENGO, Luis A.: *Santo Toribio, Obispo de Astorga, o un momento de la formación de España*. (180 págs.) 4 ptas.

TOMAS, Mariano: *San Juan de Dios, o la caridad heroica* (170 págs.) 4 pesetas.

P. Silverio DE SANTA TERESA, O. C. D.: *Santa Teresa de Jesús, Síntesis suprema de la raza*. (214 págs.) 4 ptas.

Ediciones de la "Biblioteca Nueva", sección "Vidas de Santos españoles". Almagro, 38, Madrid. 1939.

Acertadísima ha sido la idea de publicar una colección de Vidas de Santos españoles. Son los santos la porción más selecta de la humanidad. Realizan en sí mismos el ideal perfecto del superhombre cristiano. Por esto sus vidas tienen siempre un alto valor de ejemplaridad, por ser modelos de virtudes elevadas a sus más altos grados por el desarrollo interno del principio vital de la gracia. Pero además los santos tienen otro aspecto de valor humano, que la moderna hagiografía tiende a hacer resaltar. En vez de aspirar a convertirlos en unos tipos abstractos, irreales, inaccesibles, envueltos en una atmósfera de milagrería, el método moderno se esfuerza por hacer destacar paralelamente su parte humana, sus luchas, sus dificultades, enmarcándolos sobre el fondo vivo y animado de su medio ambiente. Este nuevo método, lejos de rebajar en nada el mérito de esos hombres extraordinarios, los realza todavía más, y aumenta su sentido, su valor de ejemplaridad, al ponerlos más al alcance de nuestra imitación.

Por lo que toca a nosotros, España ha sido una de las naciones más fecundas en santos. Son la expresión más alta del espíritu de la raza, sublimados sus rasgos

característicos por la santidad. La narración de sus vidas ofrece a un buen biógrafo ocasión para trazar en torno suyo la historia y el carácter de su tiempo; y como en España tenemos figuras cumbres en todas las épocas, desde los primeros tiempos de nuestra historia nacional hasta nuestros días, no pocos de los cuales han ejercido honda influencia en sus principales acontecimientos, leer sus vidas equivale a penetrar profundamente en el espíritu orientador de nuestra nación. Acertadamente se ha escrito que los santos "son el fermento espiritual de nuestra grandeza".

La narración de estas vidas, muchas de ellas salpicadas de bellísimos episodios y dotadas del más sublime dramatismo, da ocasión para convertirlas en verdaderas obras de arte, superiores en interés al que puedan tener las creaciones de la pura fantasía, prestándose para ser adornadas con todas las galas de la literatura.

La nueva colección que presentamos a nuestros lectores responde admirablemente a esta idea y satisface la necesidad de unas vidas de santos escritas en conformidad con este criterio. Las cuatro publicadas son un magnífico exponente de lo que podrá llegar a ser esta sección de la "Biblioteca Nueva", cuando se añadan a éstas las numerosas e interesantísimas que se anuncian en preparación.

La Vida de Santo Toribio de Astorga, debida a la pluma del joven escritor Luis Alonso Luengo, refleja un momento importantísimo de la formación de nuestra Patria, y está escrita en un estilo limpio, depurado, de una agradable modernidad. La belleza de la narración le ha hecho alguna vez olvidar la cronología.

El eminente escritor Mariano Tomás ha trazado hermosamente el cuadro de la vida de San Juan de Dios.

Basta la firma del P. Silverio al frente de una vida de Santa Teresa para garantía de una labor digna del ilustre carmelita.

De carácter un poco distinto es la Vida de Santo Domingo escrita por el padre Getino. Aún sin rebasar el marco obligado en una obra de divulgación, tiene un aire más crítico, y en ella se aclaran puntos no poco discutidos entre los historiadores del Santo español, tales como el primitivo carácter de la Orden Tercera, y se da la debida importancia a la formación española, tan desatendida por biógrafos extranjeros recientes.

Señalaremos finalmente como un acierto más de los editores la pulcra y elegante presentación de los volúmenes, que, junto con su precio moderado, contribuirá al éxito indudable que espera a esta hermosa colección.

S. P.

P. Aemilius NASZALYI, S. Ord. Cist.: *Doctrina Francisci de Vitoria de Statu*.—Romae, 1937.—Venditur apud "Angelicum"). Roma (2). Salita del Grillo, 1.—Pretium: lire 20.

Mucho se ha escrito en estos últimos tiempos sobre el gran Maestro del Renacimiento español fray Francisco de Vitoria, particularmente sobre sus doctrinas políticas, sociales e internacionales. Habiendo caído casi en el olvido el que desde su cátedra de Salamanca llenó el mundo con la fama de su nombre y contribuyó no poco con sus enseñanzas a troquelar el Imperio español en los moldes de la justicia y de la verdad, hoy sale de entre el polvo de archivos y bibliotecas para mostrarnos nuevamente las rutas del Imperio que se está forjando. Y no son españo-

les precisamente los que han descubierto este filón de áureas doctrinas, ni son sólo españoles los que lo explotan. Una buena prueba de ello tenemos en el libro que aquí se nos presenta no de gran volumen, pero muy denso en su contenido.

El P. Naszályi ha estudiado a Vitoria concienzudamente, no sólo en los escritos de él publicados, sino también en los manuscritos todavía inéditos de sus lecciones, y ha leído cuanto acerca de sus doctrinas se ha escrito en diversas lenguas. Y fruto de su estudio profundo es el sólido trabajo que nos ofrece.

El concepto orgánico del Estado, que en Sto. Tomás aparece como en germen, alcanza en Vitoria la plenitud de su desenvolvimiento. Belarmino y Suárez no han hecho otra cosa más que recoger las pepitas de oro que dispersas se encuentran en las enseñanzas vitorianas y presentarlas unidas y pulimentadas con mayor vistosidad y ornamentación; aunque el último de estos autores no siempre ha comprendido el sistema político vitoriano en su nérvea y compacta estructura, y por eso en ocasiones introduce una disgregación montífera y funesta, como cuando se trata del sujeto del Poder y de su transmisión.

La doctrina acerca del Estado es básica para la solución de todos los problemas políticos, sociales y aun internacionales, y el autor la estudia en sus facetas principales según el pensamiento auténtico de Vitoria, a quien constantemente cita, pues no hace afirmación alguna que no vaya comprobada con el testimonio del Maestro. Por eso el autor ha prestado un servicio inmenso a la ciencia del Derecho y a los amantes de Vitoria al ofrecernos formando un cuerpo de doctrina sólido y compacto lo que Vitoria nos ha dejado disperso en multitud de lugares, aunque en su mente formaba un sistema perfecto, de trabazón férrea y vitalidad perenne.

Sólo el retorno a las doctrinas vitorianas creemos podrá librarnos de la anarquía imperante durante los cuatro últimos siglos en la filosofía del Deecho. Su concepto orgánico del Estado, tan desconocido por la mayoría de los autores posteriores, aún tomistas, nos da la clave para resolver adecuadamente, sin exageraciones ni extremismos, la multitud de problemas políticos que hoy se plantean, viniendo a librarnos de ese flujo y reflujo entre liberalismo y cesarismo.

Es de desear, por lo tanto, que este libro se difunda, se estudie por los amantes de la ciencia política y se traduzca a las lenguas modernas, principalmente al castellano, para que más puedan saborearle.

FR. IGNACIO G. MENENDEZ-REIGADA, O. P.

Petrus LUMBRERAS, O. P.: *Praelectiones scholasticae in secundam partem D. Thomae*.—VII De fide.—X De iustitia.—Romae, 1938.

Continúa el docto profesor del "Angélico" publicando sus lecciones de la Suma de Santo Tomás, lo cual prueba la buena acogida que ha tenido su primer volumen. En los dos nuevamente aparecidos trata de dos virtudes importantísimas, cuales son la fe y la justicia, incluyendo en esta última las partes potenciales de la misma o virtudes adjuntas. Con estilo claro y conciso y por el mismo orden de la Suma, va exponiendo el contenido de sus artículos, según la doctrina de los mejores comentaristas, aunque sin entrar en discusiones ni largos razonamientos.

la lectura de estas *lecciones* no excluye en manera alguna el estudio directo del texto de la Suma, pero son un buen auxiliar para su recta inteligencia.

I. G.

Histoire de la Guerre d'Espagne, por Robert BRASILLACH y Maurice BARDECHE. 442 páginas. Librairie Plon. 8, Rue Garancière, París VI. 1939.

Es la primera historia completa de nuestra Cruzada Nacional. Los autores mismos reconocen que para realizar una obra perfecta hacía falta esperar a que sean conocidos datos y documentos que todavía no son del dominio público. Pero, aunque por esta parte, pueda parecer un poco prematura, sin embargo este defecto inevitable está compensado por la ventaja de podernos ofrecer una visión más viva de los acontecimientos, un relato más emocionado de los hechos, que será difícil conservar cuando se emprenda la historia de nuestra guerra con la sola base de los documentos.

Los autores demuestran una información nada vulgar acerca de los sucesos y un exacto sentido de interpretación, tanto más admirable tratándose de extranjeros. En su obra han sabido comprender las verdaderas causas y la profundidad de nuestro Movimiento Nacional, así como el espíritu que ha presidido su desarrollo. Un nacionalista español no hubiera escrito este libro de otra manera. Con fina perspicacia señalan los antecedentes remotos e inmediatos que hicieron inevitable el Aizamiento y con plena objetividad van relatando sus etapas hasta llegar a la victoria final. Es un libro que no dudamos será acogido en España con la simpatía que se merece.

Algunos pequeños errores de transcripción de nombres de personas y de pueblos habrían sido fácilmente subsanados si un español hubiera revisado las pruebas.

S. P.

LOPEZ GALUA, Enrique: *Futura grandeza de España según las profecías*. (Notables predicciones sobre el presente y el futuro próximo de España). 259 págs., 6 ptas. Ribadeo, 1939.

Es de todos los tiempos la curiosidad y el ansia de los hombres por conocer los acontecimientos futuros. Ansia que sufre una exacerbación natural y muy explicable en momentos de grandes calamidades. El sufrimiento del momento presente nos hace proyectar nuestra esperanza hacia un futuro mejor, y aproximarle, en nuestro deseo, como desenlace inmediato de la situación actual.

Existen multitud de predicciones, entre muchas de las cuales se aprecia una coincidencia notable acerca de varios puntos fundamentales. No se puede negar la posibilidad de esas comunicaciones divinas, aunque no sobraría, en la mayor parte de los casos, un análisis crítico profundo sobre su sentido y su autenticidad. Lo que no es tal vez muy prudente es detallar en concreto fechas y acontecimientos, aplicándolos a determinados sucesos de la historia.

De la no escasa literatura a que han dado lugar esas predicciones privadas citaremos solamente dos libros, uno titulado "Historia del Porvenir sobre el Imperio del Gran Monarca y Triunfos de la Iglesia Católica hasta el fin del mundo, según las profecías más célebres antiguas y modernas", escrito por don J. Lascoé, e impreso en el año 1869, que aplica las características del gran Rey del gran Papa a D. Carlos de Borbón y a Pío IX, respectivamente. Otro, aparecido en Francia en 1934, con el título "L'heure va-t-elle sonner?", señala la fecha de los sucesos para 1936, y, naturalmente, basado en las mismas profecías y en otras varias que no menciona el señor Galuá, concreta la persona del gran rey en un monarca francés, descendiente de Luis XVIII, quien habrá de realizar la gran obra de la restauración cristiana del Universo. En su opinión será Francia la nación escogida por Dios para esa gran empresa. En el libro que reseñamos esa misión estará reservada a España y a un caudillo español, procedente del Tajo, que vencerá en la gran batalla de los Pirineos, llevará sus huestes victoriosas nada menos que hasta San Petersburgo y reconquistará Santa Sofía de Constantinopla. Como programa no está mal.

Ciertamente que a Dios todo le es posible; pero ahora y siempre lo más prudente y lo más seguro es la actitud humilde ante sus designios, pues es el único que, como dice Nuestro Señor, sabe los tiempos y los momentos.

FR. G. F.

El P. Cueto, Obispo de Canarias, por Fr. Albino GONZALEZ MENENDEZ-REIGADA, Obispo de Tenerife. 1939.

Más que biografía, es un bosquejo de lo que más ampliamente será quizá una vida completa del Ilustre Dominico P. Cueto, Obispo de Canarias.

Tienen estas páginas aire de intimidad, de algo familiar, que indudablemente no menoscaba nada la figura que historia, pero que limita su lectura a un mundo reducido, a los que gozaron de su intimidad.

Esperemos que esto sea un principio de admiración a tan alta personalidad en la vida dominicana, y se traduzca luego en una obra más perfecta en extensión.

L. D.

Jurisdictionis suppletio ab Ecclesia in errore communi. — Dissertatio P. A. SALVADOR, O. P. Iuris Canonici Doctor.—64 págs. en 4.º. University of Santo Tomas Press. Manila, 1939.

El tema que el P. Salvador desarrolla en su docta disertación es de verdadera importancia entre los muchos que el Código Canónico encierra; y podemos añadir, con íntima satisfacción, que lo expone de una manera digna de su importancia, dando muestras de poseer gran dominio de la materia y amplios conocimientos de la literatura respectiva, así antigua como reciente.

Mal parados quedan los partidarios de la opinión que afirma ser suficiente el error virtual o *de iure* para que la Iglesia supla la jurisdicción, con los recios golpes que descarga sobre los argumentos por ellos alegados en apoyo de dicha teoría.

pero no se limita nuestro autor a rebatir las pruebas de los adversarios; su labor es al mismo tiempo constructiva, que es lo principal, aduciendo razones muy atencibles en pro de su tesis, que si bien no a todos lograrán convencer, a nadie será ciego de dejar de tomarlas en consideración.

Anímese el P. Salvador a seguir publicando monografías sobre otros puntos del Código, que si los trata con la competencia de la presente se hará acreedor al aplauso y gratitud del público.

FR. S. ALONSO.

Consultationes Iuris Canonici. Vol. II. Auctoribus: C. Bernardini, A. Canettri, I. Caviglioli, P. Ciprotti, V. Dalpiaz, F. X. D'Ambrosio, S. Goyeneche, E. Francia, I. Graneris, I. Haring, V. Mocnik, G. Oeterle, A. Pugliese, F. Roberti, I. Revella, I. Teodori, P. Vito.—375 páginas en 4.º; precio, 25 liras. Romae, apud custodiam librariam Pont. Instituti utriusque Iuris. Piazza S. Giovanni in Laterano, 4. 1939.

El año 1934 dimos cuenta a los lectores de esta Revista de la aparición del primer volumen, aplaudiendo a los redactores de la autorizada revista "*Apollinaris*" su resolución de publicar aparte las cuestiones en ella tratadas, con lo cual prestan un valioso servicio al público estudioso, en forma mucho más eficaz que pudieran realizarlo si se limitaran a ponerlas únicamente en la revista; pues a nadie se le oculta que no a todos resulta fácil acudir a ésta cuando se les ofrece alguna duda tocante a los asuntos en ella tratados, al paso que reuniéndolas todas en un volumen se ponen mucho más al alcance de la generalidad.

Contiene el presente volumen la solución a 101 consultas, sobre otros tantos puntos del Código Canónico, y siguiendo el orden de éste, con la amplitud que el asunto requiere, según los casos.

No vamos a decir que en todas y cada una se diga la última palabra, ni creo que sus autores se hayan forjado esa ilusión; pero sí podemos afirmar que, tomadas en su conjunto, ofrecen soluciones muy aceptables, esclarecen puntos oscuros y resuelven no pocas dudas, alegando las razones, con lo cual no sólo ponen de manifiesto los motivos que para ello hay, sino que, a la vez, ayudan al lector a resolver él por sí mismo casos parecidos, cosa muy de estimar.

Descamos mucho éxito al presente volumen, cuya elegante presentación contribuye a realzar su mérito; y que no sea el último de la serie.

FR. S. ALONSO.

Signo de contradicción. Higinio GIORDANI. Traducción española de la segunda edición italiana por M. LLAMERA, O. P., Doctor en Sagrada Teología. Ediciones Ope. Editorial Poliglota. Petritxol, 8, Barcelona. 318 páginas.

"Signo de contradicción" es la nueva obra del insigne y conocido autor italiano Higinio Giordani, tan significado por su estilo polemista y por su intenso amor a la verdad católica. Es—como lo indica su propio título y por la idea que late al través de todas sus páginas—la expresión de esa lucha secular de dramatismo tan

formidable que contra la Iglesia, Cristo—*signo de contradicción*—, han mantenido tantas tendencias e ideologías. El Estado, al chocar con el poder interno de la Iglesia, la filosofía pagana contra la fe, la idolatría contra el monoteísmo, el nacionalismo judaico contra el cristianismo católico, el agnosticismo contra la ortodoxia. Términos todos ellos que “desarrollados o empeorados permanecen en gran parte los mismos. Permanece el Estado pagano, la filosofía anticristiana, la idolatría de las cosas terrenas y los batiburrillos teosóficos del neognosticismo”. Y contra ellos—roca incommovible y *signo perpetuo de contradicción*—“como un acero ahincado en el corazón vivo de la humanidad”, el Evangelio, la Iglesia, Cristo.

Y ante esta batalla ruda, no pueden permanecer indiferentes los que sienten bullir dentro de su alma la sangre caliente de Cristo. Porque el cristiano verdadero “pálida copia de Cristo en Cruz, rodeado de mofadores”. “apóstata del justo medio, desertor de los mediocres y de ser un cualquiera”, ha de ser la oposición más radical del semicristiano que se contenta con “llevar la cruz en la solapa por devoción, o sobre el seno, como las concubinas de los reyes cristianísimos, que se confabulaban con el turco para hacer capitular al Papa; que realizan una revolución de opereta... que pasean sus atributos de cristianos con la misma consideración que el de yapéticos, europeos o burgueses”.

Pero el cristiano verdadero sabe renunciar al mundo, se deja absorber de Dios; se halla cautivado por el afán de lo eterno, “considera su cuerpo... como templo inhabitado por el Espíritu; subordina y orienta todo, intereses, patria, trabajos : hasta sus miserias, al Absoluto.

Así se amplían los horizontes de tantas almas que desean trabajar, que están ávidas de Apostolado. Horizontes de renuncia personal, de cristificación, de ponerse a tono con las circunstancias bélicas del momento. Esta es la verdadera revolución. Así lo entienden—por ejemplo—nuestros muchachos de Acción Católica.

FR. ANTONIO FIGUERAS, O. P.

HISTORIA DE LA CRUZADA ESPAÑOLA.—Dirección literaria: don Joaquín Arrarás Iribarren. Dirección artística: don Carlos Sáenz de Tejada.—Ediciones Españolas, S. A. Almagro, 40. Madrid. 1940.

Con vivo interés esperábamos la aparición de esta Historia de nuestra Cruzada Nacional.

Era precisamente ahora cuando esa historia debía escribirse. Ahora, con la emoción todavía caliente de los hechos acabados de vivir. Más tarde será posible la historia erudita, tejida a base de documentos fríamente estudiados, y que, favorecida por el alejamiento de los años, podrá centrar en una perspectiva más amplia este magno acontecimiento, precisando mejor los contornos de las cosas, enmarcando sus gigantescas proporciones sobre el fondo lejano de otros hechos que por estar todavía demasiado cercanos, nosotros no podemos justipreciar exactamente.

Los historiadores futuros podrán tener de nuestra guerra una visión semejante a la que nosotros tenemos de las guerras napoleónicas, por ejemplo; pero por mucho que sea su objetividad y su penetración, no podrán vivirla como nosotros en toda su dimensión de profundidad.

Sus autores confiesan que será una historia apasionada. Pero pasión no quiere decir falsedad. El amor de una madre es apasionado, pero no falso. La pasión, en este caso, es solamente el acento emocionado que pone sobre la narración de los hechos la circunstancia de haberlos vivido como actores, combatiendo con fe en su verdad y en su justicia.

Hay además otra razón por la que era necesaria la pronta publicación de una historia de nuestra Cruzada Nacional. Las fuerzas de la revolución y de la antipatria han sido derrotadas, pero no aniquiladas, y en la sombra y en el extranjero habrán de proseguir su labor de zapa y deformación del sentido de nuestra epopeya para alterar su visión, oscureciéndola con el velo de una nueva leyenda negra. Para contrarrestar esta campaña venenosa, nada mejor que proclamar ante el mundo desde ahora nuestra verdad, fundamentada en los argumentos irrefutables de los documentos, de las fotografías y de las cifras. Ante un documento semejante, poco podrán la intriga y la calumnia.

Es necesario que el verdadero sentido de nuestra Cruzada no se desvirtúe ni por la perfidia, ni por la distancia. Para eso se publica esta historia. Para evitar la primera, oponiendo a la calumnia la barrera infranqueable de los documentos; y para vencer la segunda, transmitiendo a las generaciones venideras el testimonio directo y sincero de acontecimientos que se han desarrollado ante nosotros, y de los que hemos sido, no sólo espectadores indiferentes, sino actores a quienes ha correspondido una parte más o menos importante, en la realización de los hechos; y para legarles también la emoción viva, la palpitación profunda que han dejado en nuestras almas episodios vividos con la ansiedad del momento, y que solamente pueden tener quienes los han presenciado hora tras hora en toda su dramática intensidad.

Los dos primeros tomos publicados están consagrados a exponer los antecedentes que prepararon y determinaron el Alzamiento Nacional. Idea acertadísima, pues la simple exposición de esos hechos es la mejor justificación de nuestra guerra, que de esta manera aparece en su verdadero carácter de reacción gigantesca de un pueblo agonizante, ante su muerte inevitable como nación.

En el Prólogo—bellísimo, guión del propósito y del espíritu con que esta Historia se redacta, y que se abre, simbólicamente, bajo una reproducción del Pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago—se señalan las causas remotas que, desde fines del siglo XVII, preparan a distancia la decadencia de España. “Su tarea de los siglos XVI y XVII había sido agotadora. Había luchado con medio mundo y dado vida a otro medio. Había despilfarrado generosamente su vida: en Europa perdiéndola y dándola en América... Al perder sus fuerzas físicas, España admitió su propia calumnia, dudó de sí misma, y se avergonzó súbitamente de su historia, como de su desnudez nuestros primeros padres. Y atropellada y rápidamente quiso improvisarse un vestido de corte nuevo que cubriera su vergüenza. Con afares de novedad se probó atolondradamente todos los figurines del escaparate europeo: filosofismo, enciclopedia, liberalismo, afrancesamiento, irreligión, socialismo, anarquismo”.

Pero los autores se fijan concretamente en unos acontecimientos más inmediatos. Esta Historia se abre con una fecha: 1900. Sobre un fondo de inconsciencia y de frivolidad—zarzuelas, verbenas, toros—se destacan trágicamente dos hechos:

la guerra de Marruecos, que comienza con su carácter de sangría suelta, ante la indiferencia de una nación que había perdido su espíritu conquistador y misionero; y la Semana Sangrienta de Barcelona, primer estallido organizado de la revolución, en cuya preparación interviene un hombrecillo insignificante, de nada limpia historia, dominado por unas pocas ideas indigeridas que tienen en su estrecho cerebro una extraña potencia de alucinación, y que aprovecha cobardemente la indefensión circunstancial de la ciudad, debida al envío de tropas a Melilla. La Semana Sangrienta de Barcelona era un latigazo violento revelador de un estado latente de descomposición, era el primer fruto de una siembra de principios revolucionarios, un aviso enérgico de la magnitud del mal que se iba incubando en las entrañas de la nación. Los siete días de la Semana Sangrienta son un resumen, con todos sus repugnantes caracteres, de lo que más tarde habría de ser la revolución roja en toda su plenitud: huelga general, incendios de iglesias y de conventos, asesinatos de sacerdotes y de religiosos, asaltos de tiendas, tiroteos en las calles. Hasta la macabra exhibición de las momias desenterradas, que hace ver en la repetición del hecho una inclinación morbosa inspirada por quién sabe qué freudiano subconsciente.

Dos hechos que hubieran debido bastar para abrir los ojos a los inconscientes que no se daban cuenta del peligro gravísimo que revelaban, y que por el contrario sirvieron para ser utilizados como banderín de combate por todas las fuerzas turbias al servicio de la antipatria que ya bullían en España y se manifestaban desvergonzadamente en la charca hedionda del Parlamento.

“Era el primer escalón de la caída pendiente abajo”.

Sigue después la larga teoría de años que van desde 1910 a 1923, en los que asquea la pequeñez enteca de la vida nacional, sin una idea noble, sin una empresa grande, ni un ideal elevado. Años de zancadilleo rastrero, de navajeo político en que aún hombres que, como Maura, hubieran podido significar una esperanza fundada de saneamiento y renovación nacional, quedan anulados, asfixiados por la atmósfera saturada de virus liberal. Desfile histriónico de políticos menudos y de hombres de la situación, gobernantes de coto cerrado, que representan el divorcio más profundo entre el Poder y la nación, a la que no consideran más que como una suma aprovechable de votantes o de contribuyentes. Años a los que prestaba un brillo engañoso, de falso esplendor oficial, la institución monárquica, minada ya en su base por los mismos principios liberales aniquiladores, que incapacitaban su eficacia, y que habían de ser los mismos que precipitaran en fecha no lejana su derrumbamiento. Páramo desolado, en que no germinan más que plantas raquílicas, alimentadas de bajas pasiones, que pone de manifiesto la decadencia vergonzosa de una gran nación, bajo cuyo suelo, minado por la perforación astuta y certera de las fuerzas ocultas, brama cada vez con más furia el torrente revolucionario.

De 1914 a 1918 pasa sobre Europa el oscuro fantasma de la guerra. España se mantiene alejada del conflicto. Incluso le sirve para un florecimiento fugaz de su economía. Pero no sabe aprovecharse de la lección terrible que acababa de presenciar, ni aún con la sacudida revolucionaria de Agosto de 1917. Y la vida nacional prosigue su proceso de empequeñecimiento, mientras que la agitación revolucionaria se recrudece, y se suceden los crímenes, las huel-

gas, los sabotages, creando un ambiente de inseguridad en ciudades entregadas a la acción del terrorismo impune.

1921. Catástrofe de Arual, y principio de otra guerra, que se prolonga, consumiendo sangre, vidas y dinero, en medio de la incomprensión popular y de la torpe inacción de los políticos que continúan en las alturas su vida pequeña de intrigas y mentiras. La disolución nacional parece haber llegado a su término.

Todo este panorama aparece en las páginas del primer tomo de esta historia, en visión rápida, evocada por una prosa recia y labrada, a través de la cual se van dibujando con exacto perfil los principales acontecimientos de estos años, certeramente calificados de "años precursores".

Un hombre sonriente, asomado al balcón de la Capitanía General de Barcelona, cierra este primer tomo con una aurora de esperanza. La Dictadura del General Primo de Rivera que, por la coyuntura en que se produjo, por la acogida fervorosa que obtuvo de la parte más sana de la nación, por las mismas dotes personales del dictador, pudo haber sido la liquidación definitiva de aquel pasado de vergüenza y el principio de un sólido resurgimiento nacional, queda reducida a los límites de un corto paréntesis de paz, de prosperidad, de dignidad nacional y prestigio internacional, cerrado demasiado pronto por la acción de las mismas fuerzas que el Dictador despreciara, tal vez por haber sido su triunfo inicial demasiado fácil e incruento.

Entonces se desaprovechó "la más robusta suma de posibilidades que nunca conoció España"—según expresión de José Antonio—, y la Dictadura cayó por una bien conocida suma de factores, de los que no es el menos importante el prejuicio liberal con que el mismo Dictador la ejercía, considerándose en una situación forzada y anormal, con conciencia de poder interino, como puente de transición, cuando lo que él representaba era la última posibilidad normal de salvación de un Régimen, de un Estado y de un Pueblo.

La magna labor de la Dictadura, llena de trabajo fecundo y de buena voluntad, ocupa la primera mitad del tomo segundo de esta historia, en la que se hace un juicio exacto y una valoración serena de sus virtudes y de sus defectos, de sus aciertos y de sus errores.

Después de Primo de Rivera, la carrera precipitada hacia la catástrofe. El mortífero prejuicio liberal, asentado en la representación más alta de la nación, continúa inficionando toda tentativa de gobierno. Las fuerzas revolucionarias, hostigadas, pero no vencidas, y con frecuencia halagadas y favorecidas en los años de Dictadura, habían aprovechado bien el tiempo y los medios que imprudentemente se pusieron a su disposición, organizando sus cuadros, extendiendo su campo de acción, engrosando sus masas con el aluvión turbio de los eternos inacomodados e insatisfechos, infiltrándose en medios que por solo instinto de conservación deberían haberles sido hostiles.

Y entretanto, en las alturas, una postrera proclamación de palabrería vacía, de pensamientos huecos: "la pacificación de los espíritus", la "vuelta a la normalidad", "las garantías constitucionales"... Tópicos gastados, de una ineficacia absoluta para conjurar el gravísimo peligro que se avecinaba.

Después... las desdichadas escenas que preceden al advenimiento de la Re-

pública. El ambiente enrarecido, el vacío desorientador en torno a las altas representaciones nacionales. La inmensa mentira de unas elecciones, cuyo resultado real, adverso al régimen republicano, es hábilmente explotado por los enemigos de la Monarquía para derrumbarla. Y un monarca que antepone su sentimentalismo liberal, su deseo personal de que no se vierta una sola gota de sangre por su causa, a la gran responsabilidad histórica de dejar hundirse una institución secular, una herencia de siglos, último baluarte que quedaba contra la revolución.

El segundo tomo de esta historia se cierra con el jolgorio verbenero del 14 de Abril, y sus ilustraciones recogen estampas crudamente realistas de aquella efervescencia populachera, en que se volcó sobre el primer plano de la vida nacional todo el hediondo contenido de los garitos y de los burdeles, mezclando en una camaradería soez y chocarrera a "estudiantes, guardias, soldados, obreros, burgueses y prostitutas". Los que el 14 de Abril no supieron descubrir el verdadero sentido de aquella bullanga callejera, calificada después hasta el vómito de "fervor republicano", de "espíritu cívico", de "entusiasmo popular", pudieron darse cuenta de su significado cuando, antes de un mes, negras columnas de humo oscurecían el cielo de España y en gesto retorcido de blasfemia se alzaban las lenguas rojas de las hogueras sacrílegas del 11 de Mayo.

Pero era ya demasiado tarde, y el drama final comenzaba, con todas las malas pasiones desatadas, con los resortes del poder en manos de cuadrillas de bandoleros, sin que apenas se dibujara en el horizonte la más leve esperanza que hiciera posible la fe en un resurgimiento nacional.

Con la narración serena y objetiva de estos hechos termina el segundo tomo de esta magnífica historia de la Cruzada nacional, que permanecerá como un monumento de hondo sentido ejemplar y aleccionador, que invita seriamente a la reflexión ante los cuadros vivos de años todavía muy cercanos que llevaron a España al borde de la ruina, de la que solamente la salvó la espada victoriosa de nuestro Caudillo. En su composición no se ha escatimado nada. Al alarde fastuoso de presentación material responde perfectamente la redacción, que revela las plumas más eminentes de nuestras letras. Sólo nos resta expresar nuestro deseo de que una obra tan grandiosa llegue pronto a su término.

FR. GUILLERMO FRAILE, O. P.

G. W. F. HEGEL: *La Phénoménologie de l'Esprit*. VII-358 págs. Traducción francesa de Jean Hyppolite: Tomo I. 60 francos (Colección "Philosophie de l'Esprit").—Aubier, Editions Montaigne. París. 1939.

El traductor aspira a suministrar a los lectores franceses un texto, ya que no fácil, por lo menos legible, de la Fenomenología de Hegel. Si siempre es difícil hacer una buena traducción de un autor cualquiera, esta dificultad aumenta al abordar la de filósofos que, como Hegel, poseen una nomenclatura propia, en que los mismos términos del lenguaje corriente adquieren un sentido peculiar que debe determinarse siempre en función de su ideología. Por esto la

traducción de un filósofo tiene siempre mucho de interpretación, ya que no se trata simplemente de una sustitución material de palabras, sino de una versión del pensamiento.

En la traducción presente de una de las obras más características de Hegel el traductor ha sabido desempeñar fielmente su misión. Su labor revela una información exacta sobre el pensamiento hegeliano, demostrada en la superación de las dificultades que lleva consigo, no sólo la versión material del texto alemán, sino la precisión de los términos con que vierte al francés pensamientos de no sencilla interpretación. Esta labor se completa con notas muy acertadas que aclaran puntos que un lector poco acostumbrado a la filosofía hegeliana podría encontrar demasiado oscuros.

La traducción está hecha sobre la última edición alemana de la Fenomenología (G. Lasson, *Gesammelte Schriften*, tomo II, 1937). Este primer volumen comprende lo que propiamente debería constituir la Fenomenología según el plan primitivo, tal como lo ha demostrado Haering en el III Congreso hegeliano de Roma, ya que el desarrollo de la segunda parte se refiere más bien al "espíritu objetivo", que cae fuera del objeto propio de la Conciencia individual que Hegel estudia en la primera.

Esta traducción viene a sumarse ventajosamente a la excelente serie de estudios que integran la colección "Philosophie de l'Esprit" publicada por la Editorial Aubier.

G. F.

CAMPANELLA, Tommaso, O. P.: *Quod reminiscuntur*.—Edición de Romano Amerio.—Tomo I: VII-273 págs., 45 liras.—(Colección "Pensiero e civiltà". Biblioteca de cultura.—Testi inediti e rari). CEDAM, Padova, 1939.

Bajo la dirección de Carmelo Ottaviano y de J. Flores d'Arcais, comienza a publicar la Editorial CEDAM de Padua una interesantísima Biblioteca de Textos raros e inéditos. El primer volumen, consagrado al dominico Tomás Campanella, da buena idea de lo que habrá de ser esta magnífica Biblioteca.

La elección del *Quod reminiscuntur* de Campanella para iniciarla, aparte de su oportunidad circunstancial para conmemorar el tercer Centenario de su muerte, ha sido un acierto de la Editorial por el alto valor intrínseco que tiene para penetrar en el pensamiento del inquieto dominico. Su idea fundamental es la proximidad del Reinado del Mesías, cuya inminencia prueba por testimonios de la Sagrada Escritura, de los sabios antiguos, de los filósofos árabes, y por señales aparecidas en el cielo, que él interpreta en conformidad con sus preocupaciones astrológicas.

Pero, como antes de la venida del Señor se habrán de convertir a Dios todas las naciones de la tierra, para facilitar esta conversión, o "reminiscencia", escribió esta obra, en forma de mensaje ecuménico dividido en cuatro

partes: primera, "legationes ad caecicolas et christianos sacerdotes et reges"; segunda, "legationes ad praecipuos reges gentilium"; tercera, "legationes ad iudeorum synagogas et procures"; cuarta, "legationes ad machometianos reges et sectas". En ellas no deja a nadie, ni en el cielo ni en la tierra, sin su correspondiente misiva: a los demonios, a los ángeles, a los cristianos en general, a cardenales, clérigos, monjes, laicos, príncipes cristianos y no cristianos, herejes, gentiles, japoneses, indios, abisinios, tártaros, etc., etc. Parece como preocupado por la idea de ser él el gran profeta de esa "reminiscencia", o conversión universal. Idea que contrasta tristemente con las miserias de su prisión, desde la que clama a Dios en una sentidísima oración en que le pide la conversión del mundo: "...carceres carceri meo ardidisti, ut carcerem non amare perdiscerem; tormenta saevissima diuturnaque, et per annos 19 in profundo lacu cum araneis, salamandris et scorpionibus, habitaculum in tenebris et umbra mortis victo in mendicitate et ferro tribuisti; ...nec datur videre, nec solem et lunam cacteraque caelestia templa suspicere, unde culicibus, muscis et feris ferusculisque tantam invideo gratiam" (p. 23-24).

Para los españoles tiene particular interés la misión que asigna al Rey de España, "Messiae brachium sicut in prophetis scriptum est". Canta la gloria y la grandeza de su reino, y le considera llamado a desempeñar el papel de monarca universal, aplicándole los vaticinios de Isaías. Le excita a consagrarse a esta magna misión, abandonando las empresas particulares en Europa, para dedicarse a unir a todos los pueblos bajo la fe en Cristo: "Si ergo tantam molem verbi Dei inspectas, nonne contra proprium nomen agis, dum non sagtagis, ut convertantur ad Dominum universi fines terrae? Contra Christianos tuos gladium ne moveas, et qui congregare et vivificare debes, dispergere et mortificare ne velis membra Christi". Con vehemencia no exenta de alguna ironía, intenta hacerle comprender esta misión providencial por la desproporción entre su grandeza y las posibilidades que él cree ver en los españoles: "Dic, oro, quandonam Hispania, tot saeculis subdita Tyriis, Carthagirensibus, Romanis, Gothis, Vandalis, Arabibus, sperare potuit tantam monarchiam? Nunquid manus vestra excelsa, et non Dominus fecit haec omnia?... Quando in cor Hispanorum id ascendere potuit?..." (p. 76-77). Le propone la creación de un Senado Universal en Roma, presidido por él, para enviar emisarios a todos los reyes de la tierra: "Ut autem huic malo occurras, non sufficiunt matrimonia prospere coniuuncta, uti vides: unicum remedium est illud, *ut fiat senatus Romae communis toto Christianismo*, ubi primas habere non dubitabis, et tutus esse intus, et per orbem foris vagari et Evangelium disseminare, et Deo caeli ex cunctis nationibus templum unum constituere" ... "Si tuum non est, cuius erit munus, ut reminiscantur et convertantur ad Dominum universi fines terrae? Tibi dedit ubique viam et dat augetque, ut vere catholicus vereque universalis rex mundi sub Messia fias" (p. 77). Revela su patriotismo herido al decirle: "Cur ergo tam bene meritam Italiam vexas?... Paterisque Mahomettum regnare in pace, dum Christo in Italiam bellum infers?)" (p. 78). Y termina haciéndole ver el desinterés con que le dice estas cosas, estando retenido por él en prisión: "Neque enim a te ditatus, sed tuo nomine (non dico abs te) vexatus, neque aliquid sperans, eos scripsi commentarios..." (p. 79).

La edición, cuidadísima, no deja nada que desear en cuanto a exactitud crítica y en lujo de presentación. Expresamos a la Editorial nuestro deseo de un éxito bien merecido a esta magnífica Biblioteca.

G. F.

TIMOTEUS ZAPELENA, S. I.: *De Ecclesia Christi*. Pars Apologetica.—440 págs. en 4.^o. Pr. 37 liras. Romae. Apud aedes Univ. Gregorianae. 1940.

Nadie que esté un poco versado en la materia ignora lo difícil que es confeccionar un *buen manual* o libro de texto; y esa dificultad la superó, y de una manera brillante, por cierto, el P. Zapelena en la obra que hoy tenemos el gusto de presentar a nuestros lectores. Resplandecen en ella el orden y la claridad, sin incurrir en la prolijidad. No queremos decir con esto que todo en ella sea tan perfecto y acabado que nada le falte ni le sobre. ¿Qué obra humana puede alcanzar semejante perfección? Mas las deficiencias son tan insignificantes, sobre todo si las relacionamos con la bondad del conjunto, que en obsequio a éste no merecen ser mencionadas.

Reconociendo el autor que el tratado *De Ecclesia* puede ser estudiado y expuesto de diversas maneras y siguiendo diferentes métodos, él adopta el sistema de separar la parte apologética de la dogmática, y dejando ésta para otro volumen, se ocupa en el presente de aquélla, que distribuye en cuatro secciones, a saber:

I. De Regno Dei a Christo *annuntiato*. interno simul et externo, colectivo, universalis seu internationalis, hisce in terris inchoato, in stadio eschatologico consummando.

II. De Regno Dei a Christo *instituto* in forma stricte sociali, visibili, perenni ac indefectibili.

III. De Regno Dei a Christo *constituto* in forma hierarchica, monarchica, item perenni, seu de institutione cum *apostolatus* in Collegio duodecim, tum *primatus* in Petro.

IV. De Regno Dei *realizato* in ecclesia Romano-Catholica...

Si a lo anteriormente dicho añadimos que la parte material, por su nitidez y discreta elegancia, no desdice de la formal, queda hecho el mejor elogio de esta obra; y no nos resta sino desearle mucho éxito, felicitando al autor y rogándole que no tarde en proporcionarnos la satisfacción de reseñar la parte dogmática de tan interesante tratado.

FR. S. A.

PADOVANI, Umberto: *La Filosofia della Religione e il Problema della vita* (XI-263 págs. 25 liras).—Pubblicazioni della Università Catt. del Sacro Cuore. Scienze filosofiche, vol. XXV. Milano.

El eminente profesor de filosofía en la Universidad del S. C. de Milán aborda en este libro el difícil problema de la vida, en la filosofía de la religión. Des-

pués de determinar de una manera clara y original en qué consiste la filosofía de la religión y de establecer las bases metafísicas sobre que debe sustentarse, el autor hace un recorrido sobre las diversas soluciones filosóficas que se ofrecen en la historia del pensamiento humano para resolver este problema vital y angustioso. En distintos capítulos examina y discute la solución dualista (clásica), la teísta (cristiana) y la immanentista (moderna). El resultado de su exposición crítica es la insuficiencia de la pura filosofía para resolver el problema de la vida, porque en el fondo de este problema late el hecho del mal, al que la razón humana no puede encontrar una solución exacta y adecuada.

Es sumamente aleccionador este desfile de sistemas considerados desde este particular punto de vista. Hay sistemas y teorías que pueden deslumbrar considerados en sí mismos, pero que muestran inevitablemente su vacuidad cuando se los aplica a la solución de un problema concreto. El autor demuestra una información exacta en la historia de la filosofía, y una penetración profunda para hacer ver la parte de verdad o de falsedad que se contienen en los distintos sistemas.

Como conclusión de su obra, propone una solución del problema de la vida, que no es otra que la cristiana, con el reconocimiento de la existencia del mal, el pecado original, la necesidad de la Redención, el ascetismo como consecuencia doctrinal y como práctica necesaria, y por último, la realización viviente en los "superhombres" cristianos, en los santos, que son la cumbre de la perfección humana. Solución verdadera, pero que sin duda está por encima del campo de la pura filosofía.

Es un libro que por su profundidad de exposición y de crítica, y sobre todo por el contraste que ofrece entre las tentativas inútiles de la mayor parte de los sistemas filosóficos y la solución clara y precisa del cristianismo, puede hacer un bien inmenso en espíritus sinceros que buscan con nobleza la verdad.

G. F.

JUNYENT, Eduardo, Dr. Pbro.: *La Iglesia: Construcción, Decoración, Restauración*. — 331 págs. 18 ptas. — Editorial Balmes, Durán y Bas, 11, Barcelona. 1949.

Obra magnífica y oportunísima, que viene a satisfacer una de las necesidades más hondamente sentidas en nuestro tiempo. La destrucción de innumerables iglesias por la barbarie roja plantea el problema de la restauración en unos casos, y de la nueva construcción en otros muchos. Para ello es necesario que presida un sentido profundo de lo que debe ser una iglesia, por su carácter sagrado y por su finalidad destinada al culto público de Dios. Son lamentables los extravíos y las extravagancias a que en los últimos años han conducido el afán de novedad y de modernismos desbocados. Hay iglesias que lo mismo pudieran servir para salones de cine, para bares o para garages. En su construcción no se ha tenido en cuenta para nada el sentido espiritual y simbólico que debe presidir siempre en un edificio consagrado al culto de Dios. La Iglesia posee estilos muy variados, que han tenido su realización perfecta a lo largo de su historia, y no

excluye la creación de nuevos tipos, pero siempre que se produzcan dentro de su verdadero espíritu de culto y de oración.

La obra del Dr. Junyent responde admirablemente a esta necesidad de orientación en la reconstrucción de nuestras iglesias destruidas o en la erección de otras nuevas. En ella se analizan minuciosamente, con absoluto dominio de la materia, todos los elementos que intervienen en la construcción de una iglesia. Sus críticas son juiciosas y aleccionadoras. Sus sugerencias, sumamente atinadas y fundadas. Aquellos a quienes incumbe la responsabilidad de acometer la reparación o la construcción de una iglesia, podrán documentarse en ella con seguridad de acierto.

G. F.

SIMETERRE, Raymond: *La Théorie Socratique de la Vertu-Science selon les "Memorables" de Xenophon.*—(Textes et Etudes d'Histoire de la Philosophie; T. I, fasc. 1.^o).—Pierre Tequi; 82, Rue Bonaparte. París.

Es acertadísima la idea que ha inspirado esta nueva colección, cuyo primer fascículo presentamos a nuestros lectores. En toda historia la base fundamental de trabajo son los documentos, y en la Historia de la Filosofía los documentos principales e indispensables son las obras de cada filósofo. Pero el estudio directo de los textos originales de los filósofos no siempre está al alcance de los discípulos, por su dificultad. Necesitan un comentario, una explicación, y ésta por lo común han de buscarla en manuales, donde, por su carácter de compendio, no se puede hacer otra cosa que referirse a textos que se suponen conocidos. De aquí resulta con frecuencia un círculo vicioso, que hacen notar los editores de esta nueva colección: "o textos sin explicación, o explicación sin textos". Para obviar este inconveniente se proponen la publicación de una biblioteca de textos escogidos y característicos de cada filósofo, acompañados de amplios comentarios que permitan determinar perfectamente su doctrina. Aspiran, no a una simple labor de vulgarización, sino a estudios eruditos redactados por especialistas en la materia.

El primer fascículo de esta nueva colección responde admirablemente a este propósito de los editores. Se debe a la pluma del Profesor del Instituto Católico de París, R. Simeterre, quien desarrolla la doctrina socrática de la "Virtud-Ciencia", basándose en los textos de los Memorables de Jenofonte. Es un estudio breve, pero muy bien desarrollado, que precisa exactamente el sentido que tiene en Sócrates la virtud identificada con la ciencia, dos palabras que son inseparables en el vocabulario socrático. Como conclusión final de su trabajo, el autor establece los cinco aspectos diferentes bajo los cuales se puede considerar la virtud como ciencia: "elle est science du bonheur; on prouve son valeur grace a science des concepts; on conclut grace a la science de soi; on passe ensuite a l'action par la science des devoirs; on excelle par la science de la pratique").

Nuestra felicitación a los editores y nuestro sincero deseo de que una obra tan hermosa y tan útil pueda continuar su curso de publicación, a pesar de las dificultades ocasionadas por la guerra.

G. F.

MARIN NEGUERUELA, Nicolás: *Lecciones de Apologética*. 5.^a edición.— Tomo I: XV-276 págs.; Tomo II: 478 págs.—15 ptas. los dos tomos. — Exclusiva de venta: Librería Internacional, Churruca, 6. Apartado 115. San Sebastián. 1939.

El hecho de alcanzar con esta su quinta edición la conocida obra del señor Marín Negueruela, es la mejor prueba de su aceptación y de su éxito. Exitó ciertamente merecido por sus cualidades de exposición clara, sencilla y metódica, que deben ser las esenciales en todo buen libro de texto. En materia tan extensa, y que comprende cuestiones tan difíciles como la Apologética, cuestiones que se relacionan con las ciencias más diversas, es necesario un tacto exquisito para saber elegir debidamente los argumentos sin recargar demasiado la memoria de los estudiantes. En un buen libro de texto basta con establecer sólidamente los fundamentos de nuestra fe, y los motivos que la hacen racional, sin tocar otras cuestiones que no pueden tratarse convenientemente sin entrar en el campo de los especialistas. En las tres grandes partes, Espiritualismo, Cristianismo y Catolicismo, en que se divide el libro del Sr. M. N. encontrarán los estudiantes de Apologética lo que necesitan para una formación suficiente, y los profesores una buena base para ajustar a él sus explicaciones. Será también muy útil para otras personas que, no disponiendo de tiempo para emprender estudios muy profundos acerca de nuestra religión, desean informarse sobre los fundamentos de nuestra fe.

S. P.

DOMINGUEZ BERRUETA, Juan: *Isabel de Castilla*.—128 págs. 4 pesetas. Imprenta de Calatrava. Salamanca. 1939.

Un libro escrito con el corazón; limpio, claro, sencillo, rezumando finura y espiritualidad. El señor Berrueta siente profundamente el amor a España y el amor a la Reina santa, símbolo y síntesis perfecta de Castilla. En las páginas de este libro se va dibujando la figura excelsa de esa mujer excepcional, a través de relatos sencillos y agradables, escritos en un estilo terso y transparente, en que se ha evitado todo lo que pueda trascender a erudición fatigosa que sobrecarga la narración sin contribuir a la claridad. La noble estampa de nuestra gran reina aparece en toda su grandeza y en toda su sencillez, enmarcada en el fondo sobrio y austero de la España de su tiempo. Felicitamos muy de veras al señor Berrueta por este libro, al que deseamos el éxito que se merece.

S. P.

NIHIL OBSTAT

Dr. Franciscus Ramos, Censor

IMPRIMATUR

† HENRICUS, Episcopus Salmantinus

LAMPARA DE CERA "GAUNA"

PARA EL ALUMBRADO DEL TABERNACULO

De CUATRO días de duración, fabricada con sujeción al Canon 1.271 del vigente Derecho Canónico, que dice así:

«Delante del Tabernáculo en que se reserva el Santísimo Sacramento, brille una lámpara continuamente día y noche, alimentada con aceite de oliva o cera de abejas.»

LIMPIEZA ABSOLUTA

¡TRANQUILIDAD COMPLETA!

Se venden en cajas de a 24 Lámparas

Hijo de Quintín Ruiz de Gauna. VITORIA (Alava).

P. SABINO ALONSO, O. P.

LA EXENCION DE LOS RELIGIOSOS

Han aparecido en folleto aparte, los artículos publicados en «Ciencia Tomista» con este título. — Obra sumamente útil a todos los Superiores. — *Precio 5,00.* Pedidos al autor. *Apartado 17 Salamanca.*

P. LUIS GETINO, O. P.

Doce sillares para la reconstrucción de España

Conferencias pronunciadas en Radio Nacional, en que se abordan los problemas más importantes que se plantean al nuevo Estado español.

I.—Mutualidad. II.—Las carreras. III.—Salario familiar. IV.—Participación en los beneficios. V.—"Hogar Dorrego". VI.—Embriaguez. VII.—Blasfemia. VIII.—Cine. IX.—El problema del agua y el poema hidrológico. X.—Colonias penales. XI.—El soldado en tiempo de paz. XII.—La Iglesia española y la Beneficencia.

Editorial FIDES, SALAMANCA

